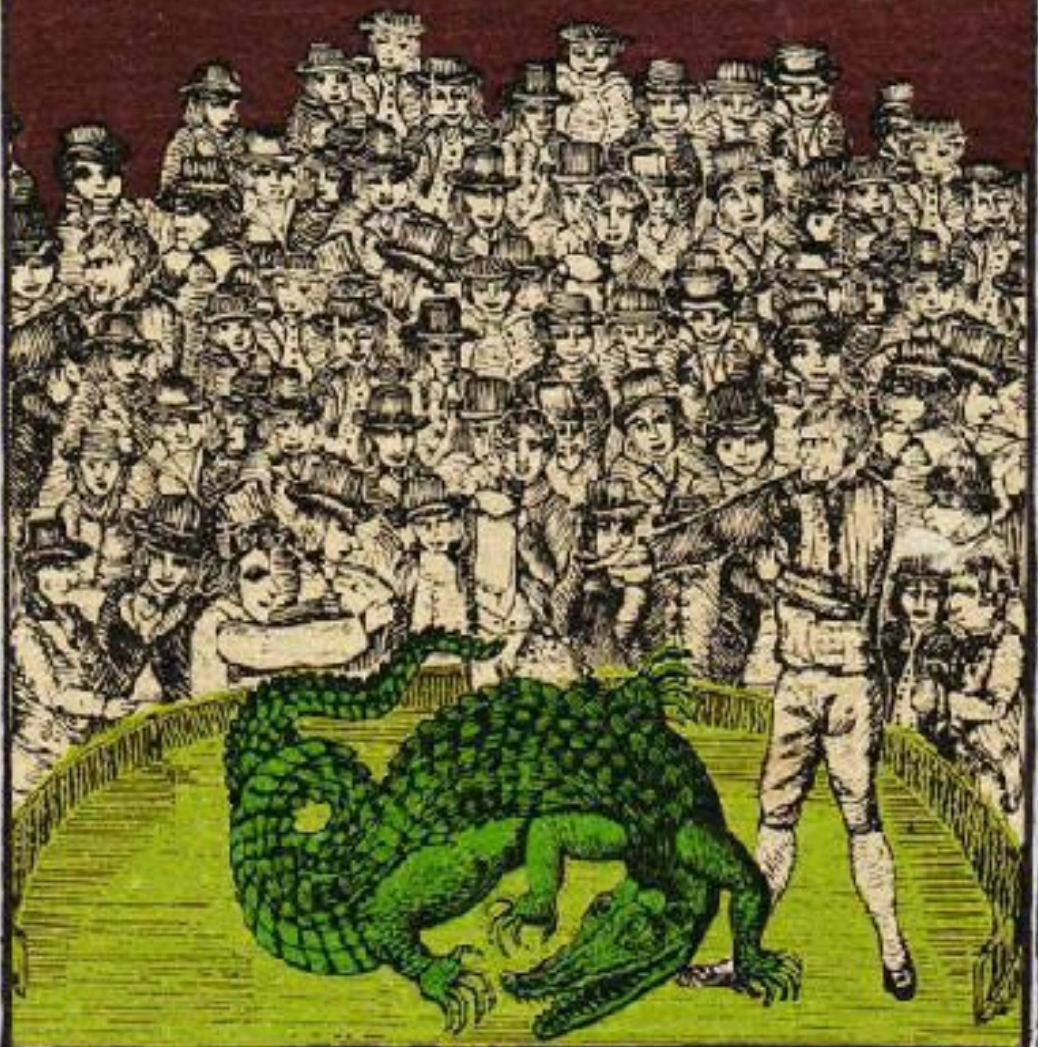
CUENTOS RUSOS



La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas

dirigida por Jorge Luis Borges

La minuciosa burocracia, exaltada satíricamente, es el tema esencial de la inconclusa fantasía de El cocodrilo. El ambiente es de sueño y está a punto de caer en la pesadilla, pero no se hunde en sus repetidos abismos gracias al tono de humorismo y a lo deleznable y trivial de los protagonistas.

Lázaro, admirable relato, que puede, como si fuera un hecho personal, modificar nuestro concepto del mundo, refleja, en su cristal, el doloroso destino de Andréiev.

En La muerte de Iván Ilich de León Tolstoi la revelación sobrenatural nos llega al final, inevitable y asombrosa, como la última experiencia de un alma.

Jorge Luis Borges

AA. VV.

Cuentos rusos

ePub r1.0
orhi 24.09.14

Títulos originales: *Едеа3ар (F. Dostoyevski)*
Крокодил (L. Andreiev)
Смертъ Ивана ИАвиуа (L. Tolstoi)
AA. VV., 1865
Traducción: Isabel de Vicente

Editor digital: orhi
ePub base r1.1

Prólogo

Fatalmente imaginamos a Dostoyevski (1821-1881) como un personaje de Dostoyevski. Su vida incluye la pobreza, la conspiración, la condena, el encarcelamiento en Siberia, la humillación, el alcohol, el juego, la epilepsia y, como la de todos los hombres, la ventura y la desventura, pero tales hechos, que parecen confirmar nuestra primera imagen, quedan anulados por uno solo: su vasta y múltiple labor literaria. El típico héroe de Dostoyevski pasa de la angustia a la culpa, a la efusiva confesión y al arrepentimiento; no lo pensamos entregado día tras día a la compleja ejecución de ficciones. Si Dostoyevski fue Raskólnikov, lo fue en la medida en que Shakespeare fue las Tres Parcas o fue Hamlet o en que Cervantes fue Alonso Quijano, que quería ser don Quijote. Lo vemos a través de sus sueños que son, al fin, lo que perdura del extraño destino del escritor.

Diríase también que nuestro tiempo atribuye una desmesurada importancia a las vicisitudes políticas; la burocrática y jerárquica Rusia que nos muestran los libros de Dostoyevski no es acaso muy distinta de la de ahora. Cuando habla de la estepa nos parece que habla de la pampa; las grandes y ramificadas familias que imaginó podían ser las del sur de este continente.

La minuciosa burocracia, exaltada satíricamente, es el tema esencial de la inconclusa fantasía de El cocodrilo. *El ambiente es de sueño y está a punto de caer en la pesadilla, pero no se hunde en sus repetidos abismos gracias al tono de humorismo y a lo deleznable y trivial de los protagonistas. El lector sospecha que Dostoyevski no supo salir de su cocodrilo y ello explicaría por qué sus páginas no han logrado su desenlace y se dispersan en episodios circunstanciales. Es curioso que Rafael Cansinos-Assens, en el proemio de la traducción española, parece no haber advertido que la obra es un fragmento. Prefigurando a Kafka, la situación gira sobre sí misma y es de hecho una sola que nos va revelando los caracteres. Lo mismo ocurre en* El Quijote, *que consta de una sola aventura con variaciones que van presentando y profundizando en las almas de Alonso Quijano y de Sancho.*

Puede ser juzgada arbitraria la vecindad, en este volumen, de Andréiev y de Dostoyevski. Cabría, sin embargo, observar que los dos coinciden en el patético ímpetu y en la desconsolada visión de un mundo enemigo.

Es habitual hablar de la polémica del realismo y del simbolismo. Se olvida que esas escuelas antagónicas asumieron forma distinta en cada país y significan en cada caso cosas diversas: el realismo ruso, digamos, tiene poco o nada en común con el italiano. Leónidas Andréiev (1871-1919) fue, a su manera eslava, un eminente devoto de ambas capillas. Al realismo corresponden Savva *y* Anfisa; *al simbolismo,* La vida del hombre, Anatema, El océano *y* Las máscaras negras.

Hemos elegido para este libro el cuento que se titula Lázaro. *En 1855 el escritor inglés Robert Browning había tratado el mismo tema en un curioso y largo poema. El* Lázaro *de Browning redescubre, como un niño asombrado, las cosas mínimas y evidentes del mundo; el de Andréiev, después de haber estado en la muerte, siente que todo aquí es deleznable y que la aniquilación es el término. Desolado y aterido rehúye la compañía de los hombres; en su mirada atroz, que para los demás es intolerable, parece estar escrito ese fin. Este admirable relato, que puede, como si*

fuera un hecho personal, modificar nuestro concepto del mundo, refleja, en su cristal, el doloroso destino de Andréiev. Conoció muy de cerca la pobreza y fue acosado por la voluntad del suicidio. El éxito literario que lograron Los siete ahorcados *y* El abismo *estuvo oscurecido por las persecuciones, políticas que sufrió. Partidario de la Revolución e incomprendido por sus camaradas, huyó a Finlandia urgido por la amenaza de que lo asesinaran. Murió allí en la pobreza, despojado como Lázaro, su protagonista, su doble, de toda esperanza.*

No es una hipérbole afirmar que el último cuento de nuestra serie es uno de los más admirables que la literatura pueda ofrecernos. En términos teológicos cabría decir que su tema esencial es la salvación por la gracia, no por las obras. Pero esta afirmación abstracta corre el albur de profanar la certidumbre y el inesperado esplendor de las últimas páginas.

En los dos textos anteriores, lo fantástico es notorio desde el principio; en La muerte de Iván Ilich *de León Tolstói (1828-1910) la revelación sobrenatural nos llega al final, inevitable y asombrosa, como la última experiencia de un alma.*

No debemos privarnos de la lectura de esta excelente pieza de Tolstói, tan justicieramente famoso, donde se conjugan el conocimiento del hombre y la perfección literaria.

Jorge Luis Borges

El cocodrilo

Fiódor Dostoyevski

I

Eran las doce y media del trece de enero del presente año de mil ochocientos sesenta y cinco cuando Elena Ivánovna, esposa de Iván Matvéich, erudito amigo mío, colega y algo pariente, aunque lejano, manifestó el deseo de ir a ver el cocodrilo exhibido en el Pasaje por un módico precio de entrada. Iván Matvéich, que tenía ya en el bolsillo el billete para emprender un viaje al extranjero (no tanto por motivos de salud como por afán de instruirse) y, por consiguiente considerándose ya de permiso, estaba totalmente libre de obligaciones aquella mañana, Iván Matvéich, lejos de oponerse al vehemente deseo de su esposa, se sintió también embargado por una ardiente curiosidad.

—¡Magnífica idea! —exclamó muy orondo—. Iremos a ver el cocodrilo. A punto de salir para Europa, no está de más ir conociendo aquí ya los indígenas que la pueblan. Con estas palabras, y tomando del brazo a su esposa, se dirigió inmediatamente al Pasaje en su compañía. En cuanto a mí, siguiendo mi costumbre, emprendí el camino a su lado en calidad de amigo de la casa. Nunca había visto yo a Iván Matvéich de mejor humor que aquella mañana, memorable para mí. ¡Bien es verdad que nuestro destino es un arcano!

Nada más entrar en el Pasaje, Iván Matvéich manifestó inmediatamente su admiración por la munificencia del edificio y, cuando llegamos al local donde era mostrado el monstruo recién traído a nuestra capital, expresó el deseo —cosa que nunca le había sucedido antes— de abonarle por mí al cocodrilero los veinticinco *kopeks* del billete. Dentro ya del local, que era de reducidas dimensiones, advertimos que, aparte del cocodrilo, había allí loros de la especie extranjera llamada cacatúa y, además, un grupo de simios en un armario especial empotrado en un hueco. Justo al lado de la puerta, a lo largo de la pared izquierda, se encontraba un gran recipiente de cinc parecido a una bañera, cubierto por una sólida tela de alambre y con una pulgada de agua en el fondo.

En aquel charco insignificante era mantenido un tremendo cocodrilo que yacía como un tronco, totalmente inmóvil y, al parecer, privado de todas sus facultades naturales debido a nuestro clima, húmedo y desapacible para los extranjeros. Al principio, aquel monstruo no despertó particular atención en ninguno de nosotros.

—¡Con que esto es un cocodrilo! —exclamó Elena Ivánovna decepcionada. Pues, yo me lo había

figurado distinto…
Lo más probable es que se lo hubiera imaginado hecho de brillantes. Un alemán que había salido a recibirnos, el amo, el propietario del cocodrilo, nos miraba muy orgulloso.
—Se comprende —me susurró Iván Matvéich—: sabe que es el único que exhibe ahora un cocodrilo en toda Rusia.
Esta absurda observación, la relaciono yo también con la extraordinaria euforia que embargaba a Iván Matvéich, sumamente envidioso en otras ocasiones.
—A mí me parece que este cocodrilo suyo no está vivo —profirió de nuevo Elena Ivánovna que, molesta por la sequedad del dueño y recurriendo a una maniobra muy propia de las mujeres, le habló con amable sonrisa para rebajarle los humos a aquel grosero.
—¡Oh, perdón señora! —protestó el alemán desollando las palabras y en seguida levantó un poco la tela de alambre y se puso a pincharle levemente en la cabeza al cocodrilo con una varita.
Entonces, para dar señales de vida, el pérfido monstruo agitó un poco las patas y la cola, levantó el hocico y exhaló una especie de prolongado resoplido.
—Bueno, bueno, no te enfades, *Kárlchen* —pronunció cariñosamente el alemán, cuyo amor propio había quedado satisfecho.
—¡Qué odioso es este cocodrilo! Incluso me ha asustado —gorjeó Elena Ivánovna con mayor coquetería. Ahora, seguro que se me aparece en sueños…
—Pero en sueños no morderá él a usted, señora —observó el alemán con galantería horteril, y fue el primero en reírse la gracia, pero nadie le secundó.
—Mejor será que vayamos a ver los monos, Semión Semiónich —dijo Elena Ivánovna dirigiéndose exclusivamente a mí—. Me encantan los monos. Algunos son tan graciosos… En cuanto al cocodrilo, es horrible.
—¡Oh, no temas, querida! —gritó detrás de nosotros Iván Matvéich dándose el gusto de echárselas de valiente delante de su esposa—. Este soñoliento habitante del reino de los faraones no nos hará nada.
Se quedó junto al recipiente. Por si fuera poco, agarró uno de sus guantes y con él se puso a hacerle cosquillas al cocodrilo en la nariz para obligarle a resoplar de nuevo, según me confesó más tarde. En cuanto al alemán, siguió a Elena Ivánovna, por tratarse de una señora, hacia el armario de los monos.
Así, pues, todo marchaba a la perfección y no era de prever ningún contratiempo. Elena Ivánovna se divertía locamente con los monos y parecía dedicada enteramente a ellos. Pegaba chillidos de alborozo, dirigiéndose siempre a mí como si recalcara que no le prestaba la menor atención al alemán, y reía a carcajadas al descubrir cierto parecido entre los animalitos y algunos conocidos o amigos. También yo me divertía, pues los parecidos que señalaba eran indudables. El propietario alemán, que no sabía si reír o no, acabó muy enfurruñado. Fue en ese preciso instante cuando estremeció la estancia un grito pavoroso y yo diría incluso que sobrenatural.
Sin saber qué pensar, primero me quedé petrificado en el sitio; pero, al advertir que gritaba también Elena Ivánovna, di media vuelta rápidamente y ¿qué vi? Pues vi —¡oh, Dios mío!— al desdichado Iván Matvéich que, apresado por la mitad del cuerpo entre las terribles mandíbulas del cocodrilo y

mantenido así horizontal mente en el aire, pataleaba desesperadamente. Un instante después, había desaparecido. Pero lo referiré en detalle ya que, habiendo permanecido todo el tiempo inmóvil, pude contemplar el proceso entero de lo que sucedía delante de mí con una atención y una curiosidad que no recuerdo haber experimentado nunca. «Porque ¡menudo contratiempo —pensé en aquel instante fatal— si todo eso me hubiera ocurrido a mí y no a Iván Matvéich!». Volvamos a los hechos. El cocodrilo empezó por darle la vuelta al pobre Iván Matvéich entre sus espantosas fauces de manera que las piernas estuvieran enfiladas hacia ellas, y primero se tragó las piernas; luego, eruptando un poco a Iván Matvéich, que pugnaba por escapar y se aferraba al borde del recipiente, volvió a engullirlo, esta vez hasta más arriba de la cintura. De nuevo lo eruptó un poco y tragó otra vez, y otra… De este modo fue desapareciendo Iván Matvéich ante nuestros ojos. Finalmente, con un último movimiento de deglución, el cocodrilo se engulló a mi erudito amigo, esta vez sin dejar nada. Sobre la piel del cocodrilo se podía observar, según las formas que adquiría, cómo pasaba Iván Matvéich por su interior. Estaba yo a punto de gritar nuevamente, cuando el destino quiso gastarnos otra pérfida broma: el cocodrilo hizo un esfuerzo, al parecer atragantado por la enormidad del objeto engullido, abrió de nuevo sus espantosas fauces, y de ellas emergió de pronto por un segundo, como último erupto, la cabeza de Iván Matvéich con una expresión desesperada en el rostro; y en ese preciso momento, sus anteojos se deslizaron por la nariz y cayeron al fondo del recipiente.

Era como si aquella cabeza, de expresión desesperada, sólo hubiera emergido para lanzar una mirada postrera a todos los objetos y despedirse mentalmente de todas las alegrías de este mundo. Pero, no le dio tiempo a realizar su propósito: el cocodrilo, que había recobrado fuerzas, hizo otro movimiento de deglución, y al instante desapareció la cabeza, esta vez para siempre. El hecho de la aparición y la desaparición de una cabeza humana, aún con vida, había sido tan espantoso, pero al mismo tiempo encerraba algo tan risible —quizá por lo imprevisto y sorprendente o quizá debido a la caída de los anteojos—, que yo solté de pronto la carcajada; pero, al percatarme de que, en mi calidad de amigo de la casa, no me cuadraba reír en tal momento, en seguida me dirigí a Elena Ivánovna, diciéndole con aire de condolencia:

—¡Ahora, *kaput* nuestro Iván Matvéich!

No intentaré siquiera describir la intensa emoción de que fue presa Elena Ivánovna a lo largo de todo lo ocurrido. Al principio, nada más lanzar el primer grito, se quedó como petrificada en el sitio y contempló el barullo que se desarrollaba delante de ella con aparente indiferencia, pero con los ojos extraordinariamente desorbitados; luego estalló de pronto en un alarido desgarrador, pero yo la tomé de las manos. En aquel momento, también el propietario del cocodrilo, que al principio se había quedado igualmente sobrecogido de horror, juntó de pronto las manos y gritó mirando al cielo:

—¡Oh, mi cocodrilo! ¡Oh, *mein allerliebster Kärlchen! Mutter, Mutter, Mutter!*

A sus gritos se abrió la puerta del fondo y apareció la *Mutter*, mujer entrada en años, subida de color, con el cabello revuelto debajo de la cofia, que corrió hacia su hijo chillando.

Entonces fue cuando se produjo la gran barehúnda: como enajenada Elena Ivánovna corría del alemán a la *Mutter* repitiendo «¡Al potro con él! ¡Al potro!» y dando así la impresión de que, en su locura, pretendía que alguien fuera llevado al potro y sometido a tormento por alguna razón. En cuanto al alemán y a la *Mutter*, no nos hacían el menor caso a ninguno: berreaban como chotos junto

al recipiente del cocodrilo.
—¡Está perdido! ¡En seguida estará reventando porque tragó un funcionario todo entero! —gritaba el alemán.
—Unser Kärlchen! Unser allerliebster Kärlchen wird sterbenl —*aullaba la* Mutter.
—¡Quedamos sin amparo y sin pan! —se lamentaba por su lado el dueño.
—¡Al potro! ¡Al potro con él! —vociferaba Elena Ivánovna, aferrada a la levita del alemán.
—Él molestaba al cocodrilo. ¿Por qué su marido molestar al cocodrilo? —gritaba el alemán tratando de desasirse. Usted pagar si *Kärlchen wird* reventado: *das war mein Sohn, das war mein einziger Sohn*!
Confieso que yo estaba terriblemente indignado viendo tamaño egoísmo en el alemán forastero y tanta aridez de corazón en su despeinada *Mutter*. Sin embargo, los gritos de «¡Al potro con él! ¡Al potro!», constantemente repetidos por Elena Ivánovna, aumentaban mi inquietud y terminaron por captar toda mi atención hasta el punto de sobresaltarme… Dejaré sentado que yo había dado una interpretación totalmente errónea a dichas extrañas exclamaciones: me pareció que Elena Ivánovna, enajenada por un instante pero deseosa, sin embargo, de vengar la muerte de su amado Iván Matvéich, exigía como satisfacción que ataran al cocodrilo al potro de tormento y le diesen de azotes. En realidad, lo que ella pretendía expresar era una cosa muy distinta. Mirando hacia la puerta con bastante preocupación, rogué a Elena Ivánovna que se tranquilizara y, especialmente, que no empleara una palabra tan peliaguda como «potro». En efecto, la manifestación de semejante deseo retrógrado, allí, en el corazón mismo del Pasaje y de un público erudito, a dos pasos de la sala donde quizá estuviera el señor Lavrov dando una conferencia pública en aquel preciso instante, no era sólo inadmisible sino incluso descabellada y podía exponernos, de un momento a otro, a la rechifla de las personas ilustradas y a las caricaturas del señor Stepánov. Pronto comprobé, con horror, que no iba descaminado en mis temores: la cortina que separaba el local del cocodrilo del tabuco de entrada, donde había que abonar los veinticinco *kopeks* del billete, se descorrió de pronto, descubriendo al otro lado del umbral a un señor de barba y bigotes que, con su gorra de uniforme entre las manos, inclinaba cuanto podía hacia nosotros la parte superior del cuerpo, aunque procurando muy precavidamente mantener los pies fuera de la cocodrilera para conservar el derecho de no pagar la entrada.
—Un deseo tan retrógrado, señora mía —profirió el desconocido, siempre cuidando de quedarse al otro lado del umbral y no caer fortuitamente del lado donde nos encontrábamos nosotros—, no hace honor a su desarrollo intelectual y está condicionado por la escasez de fósforo que contiene su cerebro. Será usted inmediatamente vapuleada en la crónica progresista y en nuestras publicaciones satíricas…
No pudo concluir su tirada: viendo, horrorizado, a una persona que hablaba dentro de la cocodrilera sin haber pagado nada, el alemán se recobró y arremetió contra el progresista desconocido, echándole de allí a puñetazos. Ambos desaparecieron de nuestra vista detrás de la cortina, y sólo entonces caí yo por fin en la cuenta de que todo aquel barullo se había formado sin razón. Elena Ivánovna era totalmente inocente. No había estado en su ánimo —como he señalado más arriba— imponerle al cocodrilo el retrógrado castigo de azotes: quería, simplemente, que le ataran a un potro

para abrirle la barriga con un cuchillo y extraer así a Iván Matvéich de su interior.
—¡Cómo! ¡Usted querer que mi cocodrilo era muerto! —rugió el alemán volviendo a la carrera. *Nein!* ¡Mejor el marido suyo primero era muerto y luego el cocodrilo!… *¡Mein Vater* mostraba el cocodrilo, *mein Grossvater* mostraba el cocodrilo, *mein Sohn* mostrar después el cocodrilo y yo mostrar ahora el cocodrilo! ¡Todos mostrar! A mí conoce *ganz* Europa, pero a usted *ganz* Europa no conoce y me pagará multa.
—*Ja, Ja* —intervino la alemana furiosa—. Ustedes no escapar. ¡Multa cuando *Kärlchen* era reventado!
—Además, que sería inútil abrirle la barriga —añadí yo con calma, buscando el modo de llevarme cuanto antes a Elena Ivánovna de allí—, pues lo más probable es que nuestro querido Iván Matvéich se encuentre ya en los empíreos.
—Amigo —profirió en ese momento, y de la manera más inesperada la voz de Iván Matvéich, dejándonos totalmente sorprendidos—: en mi opinión, hay que recurrir directamente a la comisaría, pues este alemán es incapaz de comprender la verdad sin ayuda de la policía.
Estas palabras, pronunciadas con entereza y convicción, y que expresaban una extraordinaria presencia de ánimo, nos sorprendieron tanto al principio, que nos resistíamos a dar crédito a nuestros oídos. Pero, como es natural, corrimos al recipiente del cocodrilo y escuchamos al desdichado cautivo con tanta devoción como incredulidad. Tenía una voz apagada, débil e incluso destemplada, como si llegara desde una distancia considerable. Era igual que cuando algún bromista, retirado a una estancia contigua y con la boca pegada a una almohada, se pone a gritar, imitando para las personas que permanecen en la otra habitación, el diálogo a distancia entre dos hombres que se hallan en un desierto o están separados por un profundo barranco, espectáculo que tuve ocasión de escuchar una vez por Navidad en casa de unos conocidos.
—¡Iván Matvéich, querido mío! ¿De manera que estás vivo? —gorjeaba Elena Ivánovna.
—Sí, estoy sano y salvo —contestó Iván Matvéich—. Gracias al Altísimo, he sido tragado sin sufrir el menor daño. Lo único que me preocupa es pensar en cómo estimarán este episodio mis superiores al enterarse de que, teniendo ya en mano el billete para viajar al extranjero, he ido a parar a la panza de un cocodrilo, hecho que ni siquiera tiene gracia…
—¡Querido mío, no te preocupes por si tiene o no gracia! Ante todo, lo que hace falta es encontrar el modo de arrancarte de ahí —le interrumpió Elena Ivánovna.
—¡Arrancar! —gritó el alemán. ¡No dejaré arrancarle nada al cocodrilo! Ahora, *publicum* vendrá muy mucho, yo cobraré *fünfzig* y no veinticinco *kopeks* de un billete y *Kärlchen* dejar de reventar.
—Gott sei dank! —*exclamó la* Mutter.
—Tiene razón —observó Iván Matvéich con calma—: el principio económico es ante todo.
—Amigo mío —grité yo—: corro ahora mismo a las debidas instancias y formularé una queja, pues presiento que nosotros solos no saldremos de este atolladero.
—Lo mismo pienso yo —observó Iván Matvéich—; pero, en estos tiempos nuestros de crisis comercial, es difícil hacer abrir la panza de un cocodrilo de balde, sin compensación económica. De modo, que se plantea la cuestión inevitable de cuánto pedirá el amo por su cocodrilo y, tras ella, la de quién va a pagar, pues bien sabes tú que yo no poseo medios…

—Si acaso, con un anticipo sobre el sueldo —aventuré tímidamente.
Pero el alemán me interrumpió en seguida.
—Yo no vender el cocodrilo. Si yo vender cocodrilo, tres mil rublos; si yo vender cocodrilo, cuatro mil rublos… Ahora *publicum* vendrá muy mucho. ¡Si yo vender cocodrilo, cinco mil rublos!
En una palabra, que se había puesto por las nubes. La avidez y la sórdida codicia ponían destellos de alegría en sus ojos.
—Voy ahora mismo —exclamé indignado.
—¡Y yo! ¡Y yo también! Llegaré hasta el propio Andréi Osipich y le conmoveré con mis lágrimas —dijo Elena Ivánovna compungida.
—No, querida, no hagas eso —se apresuró a interrumpirla Iván Matvéich, pues hacía tiempo que estaba celoso de Andréi Osipich y sabía que su mujer iría encantada a lloriquear delante de un hombre culto, ya que el llanto la agraciaba—. Y tampoco a ti, amigo mío, te aconsejo que vayas así, de golpe y porrazo —continuó dirigiéndose a mí—; podría ser contraproducente. Mejor será que te acerques hoy a casa de Timoféi Semiónich en plan de visita particular. Es hombre chapado a la antigua y de escasos alcances, pero tiene una buena posición y, sobre todo, es franco. Le saludas de mi parte y le pintas todas las circunstancias de lo ocurrido. Y como le debo siete rublos de la última partida que jugamos, aprovecha la ocasión para dárselos: será una manera de ablandar al viejo. En cualquier caso, podremos atenernos a su consejo. Y, ahora, llévate de aquí a Elena Ivánovna… Cálmate, querida —prosiguió dirigiéndose a su esposa—. Estoy fatigado de tanto grito y tanta chinchorrería y quisiera echar un sueño. Porque aquí hace buena temperatura y se está blando, aunque todavía no he tenido tiempo de inspeccionar este inesperado albergue…
—¡Inspeccionar! ¿Es que hay alguna claridad ahí dentro? —exclamó muy contenta Elena Ivánovna.
—No. Me rodea una oscuridad absoluta —contestó el desdichado cautivo—: pero, puedo palpar y, en cierto modo, inspeccionar con las manos… Adiós, pues. No te preocupes ni te prives de distracciones. ¡Hasta mañana! En cuanto a ti, Semión Semiónich, vuelve a verme esta tarde. Y como eres distraído y se te puede olvidar, hazte un nudo en el pañuelo… Confieso que me encantaba la idea de marcharme, pues estaba ya muy cansado y aburrido también. Por eso, tomando en seguida el brazo de Elena Ivánovna, triste pero embellecida por la emoción, la saqué inmediatamente de la cocodrilera.
—Esta tarde, otra vez veinticinco *kopeks* por entrada —gritó el alemán a nuestra espalda.
—¡Dios mío! ¡Qué interesada es esta gente! —profirió Elena Ivánovna, que iba mirándose en todos los espejos del Pasaje y parecía satisfecha de comprobar que estaba incluso más guapa.
—El principio económico… —dije, algo emocionado y presumiendo de acompañante.
—El principio económico —repitió ella con voz agradable—: no he comprendido nada de lo que acaba de decir Iván Matvéich acerca de ese odioso principio económico.
—Se lo explicaré —dije, y me puse inmediatamente a hablarle de los beneficiosos resultados de la inversión de capitales extranjeros en nuestro país, según lo que había leído aquella misma mañana en «Noticias de San Petersburgo» y en «El Cabello».
—¡Qué extraño es todo eso! —me interrumpió a las pocas palabras. Pero, no sea odioso y deje de contar esas tonterías… Dígame: ¿estoy muy sofocada?

—Está usted preciosa y no sofocada —observé, aprovechando la ocasión para decirle un cumplido.
—¡Qué pícaro! —gorjeó ella halagada—. ¡Pobre Iván Matvéich! —añadió al momento, inclinando con coquetería su cabecita sobre un hombro—. De verdad que me da pena de él. ¡Dios mío! —exclamó luego de pronto—. Diga: ¿cómo podrá cenar hoy ahí dentro y… y… cómo se las arreglará, si siente alguna necesidad?
—Ésta es una cuestión imprevista —contesté preocupado también, pues la verdad es que no me había pasado aquello por la imaginación. ¡Y es que las mujeres son mucho más prácticas que los hombres a la hora de resolver las cuestiones de la vida cotidiana!
—¡Pobrecillo! ¡Mire que ir a parar ahí dentro!… Sin ninguna distracción, a oscuras… Siento que no me haya quedado ninguna fotografía suya… De modo que ahora estoy como viuda —añadió con una sonrisa encantadora, y al parecer intrigada por aquella nueva situación suya—. Hum… ¡De todas maneras, me da pena de él!
En una palabra, aquello era la expresión de la congoja, muy comprensible y natural, de una mujer que ha perdido a su esposo. La acompañé finalmente hasta su casa, logré tranquilizarla, comí con ella y, después de una aromática taza de café, a las seis de la tarde me dirigí a casa de Timoféi Semiónich con la idea de que, a esa hora, todo hombre que tuviese un hogar y ejerciera determinadas actividades se encontraría tranquilamente en su casa o estaría incluso descansando acostado.
Habiendo escrito este primer capítulo en el estilo adecuado al suceso que relato, tengo la intención de emplear en adelante un estilo menos elevado, pero sí más natural, y así se lo anuncio de antemano al lector.

II

El respetable Timoféi Semiónich me recibió como aturulladamente y algo azorado. Me hizo pasar a su angosto despacho, y cerró la puerta herméticamente: «Para que no molesten los niños», explicó con evidente desasosiego. Luego me ofreció una silla junto a su mesa escritorio, tomó él asiento en un sillón, cruzó los faldones del batín acolchado y, a todo evento, adoptó un aire oficial, incluso casi severo, aunque él no era jefe mío, ni tampoco de Iván Matvéich, y hasta entonces le habíamos considerado como a un simple colega, como a un conocido.
—Ante todo —comenzó—, tome usted en consideración que yo no soy un superior, sino una persona subordinada, exactamente igual que usted y que Iván Matvéich. Yo soy parte, y no tengo el propósito de inmiscuirme en nada.
Yo me sorprendí de que, al parecer, lo supiera ya todo. A pesar de ello, volví a referirle toda la

historia con detalle. Me expresé incluso con vehemencia, pues en aquel instante cumplía con mi obligación de auténtico amigo. Él me escuchó sin especial sorpresa, pero dando inequívocas muestras de desconfianza.

—Pues, ya ve usted —dijo después de oírme—: yo siempre supuse que habría de ocurrirle eso.

—Pero, ¿por qué, Timoféi Semiónich? El hecho, de por sí, es sumamente extraordinario…

—De acuerdo. Pero, a lo largo de toda su carrera, Iván Matvéich ha tendido precisamente a un resultado como ése. Mucho desparpajo; yo diría incluso engreimiento… Siempre a vueltas con el «progreso», amén de ciertas ideas… ¡Vea usted adónde conduce el progreso!

—Sin embargo, este caso es de lo más inusitado y no se puede tomar, de ninguna manera, como regla general para todos los progresistas…

—Así es, no obstante. Todo esto, ¿sabe?, proviene de una ilustración excesiva, créame. Y es que la gente excesivamente ilustrada se mete en todas partes: primordialmente, allí donde nadie la llama. Aunque, quizá sepa usted más que yo —añadió como resentido—. Yo no tengo tanta ilustración; además, soy viejo. Hijo de soldado era cuando comencé mi carrera en la administración, y este año se ha cumplido mi cincuenta aniversario de servicio.

—¡Por Dios, Timoféi Semiónich! Me habré explicado mal. Iván Matvéich, por el contrario, ansia que usted le aconseje, que usted le oriente. Lo implora con lágrimas en los ojos, diría yo.

—¿Con lágrimas en los ojos? Hum… Bueno, esas son lágrimas de cocodrilo y no se les puede dar mucho crédito. Vamos a ver: ¿quiere decirme por qué se le ha ocurrido hacer un viaje al extranjero? ¿Y con qué dinero, además? Porque él no tiene fortuna, ¿verdad?

—Con lo que había ahorrado, Timoféi Semiónich, con lo de su última gratificación —repliqué con acento dolido—. Sólo se proponía hacer un viaje de tres meses… a Suiza… la patria de Guillermo Tell.

—¿Guillermo Tell? ¡Hum!

—Deseaba presenciar la llegada de la primavera en Nápoles. Quería visitar museos, conocer las costumbres, los animales…

—¡Hum! ¿Los animales? Pues, a mi juicio, era simplemente por orgullo. ¿Qué animales? ¿Los animales? ¿Acaso tenemos aquí pocos animales? Hay Casas de Fieras, museos, camellos. Tenemos osos a las puertas mismas de San Petersburgo. Incluso, ya lo ve, el propio Iván Matvéich se encuentra actualmente dentro de un cocodrilo…

—¡Por compasión, Timoféi Semiónich! Ese hombre se halla en un apuro, ese hombre recurre a usted como a un amigo, como a un pariente mayor, ansioso de un consejo suyo, y usted le recrimina… ¡Por lo menos, tenga piedad de la pobre Elena Ivánovna!

—¿Se refiere usted a su esposa? Una mujercita encantadora —profirió Timoféi Semiónich que, algo más suave, aspiró con deleite una toma de rapé—. Una criatura sutil. Rellenita y con la cabecita así, un poco ladeada, un poco ladeada… Muy agradable. Anteayer mismo me hablaba de ella Andréi Osipich.

—¿Le habló de ella?

—En efecto. Y en términos de lo más elogiosos. «El busto», decía, «la mirada, el peinado… Más que una mujer», decía, «un bomboncito». Y se echó a reír. Los pocos años, todavía, claro —Timoféi

Semiónich se sonó la nariz con estrépito—. Aunque, ya ve usted, por joven que sea, la carrera que está haciendo…
—Pero, aquí se trata de otra cosa, Timoféi Semiónich.
—Sí, claro; claro.
—¿Y entonces, Timoféi Semiónich?…
—¿Qué puedo hacer yo?
—Pues, como persona de experiencia, como pariente, diría yo, dar algún consejo, alguna orientación… ¿Qué gestiones emprender? ¿Se recurre a la superioridad o…?
—¿A la superioridad? ¡De ninguna manera! —protestó con viveza Timoféi Semiónich—. Si quiere un consejo, lo que hace falta, ante todo, es echarle tierra al asunto y actuar de modo exclusivamente privado, por decirlo así. El caso es sospechoso, sí; y, además, inaudito. Eso, sobre todo. Inaudito, puesto que no ha habido otro ejemplo, y de mal efecto… Por eso, ante todo hace falta prudencia… Que se quede allí de momento. Hay que aguardar, aguardar…
—Pero, ¿cómo se puede aguardar, Timoféi Semiónich? ¿Y si se asfixia allí dentro?
—¿Por qué ha de asfixiarse? ¿No ha dicho usted mismo que se ha instalado allí, incluso con cierto confort?
Volví a contarlo todo desde el principio. Timoféi Semiónich se quedó pensativo.
—Hum… —profirió dándole vueltas a la tabaquera entre los dedos—. A mi juicio, incluso es bueno que permanezca allí algún tiempo en lugar de marcharse al extranjero. Que aproveche para meditar. Desde luego, nada de asfixiarse. Por ello, hay que tomar las medidas adecuadas para proteger la salud: prevenir la tos, por ejemplo, y demás… En cuanto al alemán, según mi opinión personal, está en su derecho, incluso más que la parte contraria, puesto que se han metido en su cocodrilo sin autorización suya y no ha sido él quien se ha metido sin autorización en el cocodrilo de Iván Matvéich, quien, dicho sea de pasada, en lo que yo recuerdo no poseía un cocodrilo propio. Y como el cocodrilo es propiedad privada, no se le puede destripar sin pagar una indemnización.
—Para salvar a un ser humano, Timoféi Semiónich.
—Eso, ya, es cosa de la policía. A ella hay que recurrir.
—Pero, ¿y si en el negociado necesitaran a Iván Matvéich para alguna cosa, si le mandaran llamar?
—¿Necesitar a Iván Matvéich? ¡Je, je! Además, se considera que está disfrutando ya de su permiso y nosotros podemos desentendernos de todo mientras él anda recorriendo tierras de Europa. Otra cosa será si no se presenta cuando haya expirado el plazo de su permiso. Entonces, claro que preguntaremos, haremos indagaciones…
—¡Es que son tres meses! ¡Por Dios Santo, Timoféi Simiónich!
—La culpa la tiene él. ¿Quién le metió en el cocodrilo? Siguiendo la cosa así, habría que ponerle un guarda a cargo del Presupuesto. Y eso no encaja en ninguna partida. Además, el cocodrilo es propiedad privada y, por consiguiente, aquí entra en acción el llamado principio económico. Y el principio económico es lo primero de todo. Anteanoche mismo lo decía Ignati Prokófich durante una velada en casa de Luká Andréich. Ignati Prokófich, ya sabe usted, ¿verdad? Un capitalista, un hombre metido en negocios; pero, le advierto que se expresa muy bien. Decía: «Necesitamos industria; tenemos poca industria. Hay que engendrarla. Hay que engendrar capitales, o sea, una capa media, la

llamada burguesía. Y, como no tenemos capitales, debemos hacer que vengan del extranjero. En primer lugar, hay que dar paso a las compañías extranjeras para que compren nuestras tierras por parcelas, como se practica ahora en todos los países. ¡La propiedad en común es un veneno, es la muerte!». ¡Y hablaba con un ardor!… Claro que los hombres como él se lo pueden permitir: tienen capitales, no son funcionarios… Dijo que con nuestro sistema de propiedad en común no podrán engrandecerse la industria ni la agricultura. Hay que hacer, dijo, que las compañías extranjeras compren, a ser posible, todo nuestro territorio por partes y después morcelarlo, morcelarlo, morcelarlo en parcelas lo más pequeñas que se pueda —acentuando mucho lo de morcelar, ¿sabe?— para venderlas entonces en propiedad. Y ni siquiera venderlas, sino simplemente arrendarlas. Cuando toda la tierra se encuentre en manos de compañías extranjeras, decía, entonces se podrá fijar el precio de arriendo que se quiere. Conque el *mujik* trabajará el triple, sólo por el pan de cada día, y se podrá hacer de él lo que se quiera. De esta manera espabilará, será obediente, pondrá afán y producirá el triple por el mismo precio. Porque, ahora, con el régimen de comunidad, ¿qué le importa nada? Como sabe que no va a morirse de hambre, se dedica a hacerse el remolón y a emborracharse. Pero, de la otra manera, entraría dinero en nuestro país, se formarían aquí capitales, se desarrollaría la burguesía. Incluso el *Times*, un periódico inglés político y literario, comentaba hace unos días, en un análisis de nuestras finanzas, que si éstas no crecen es precisamente porque no hay en nuestro país una capa media, no hay grandes fortunas, no hay proletarios serviciales… Habla bien, Ignati Prokófich. Es todo un orador. Quiere presentar una memoria a la superioridad y publicarla luego en *Izvestia*. Esto no son ya unos versitos de nada, como los que escribe Iván Matvéich…

—Y a propósito de Iván Matvéich, ¿qué se hace? —aproveché para volver al tema después de dejar que el viejo se explayara, pues Timoféi Semiónich gustaba a veces de perorar un poco para demostrar que no andaba atrasado en noticias, sino muy enterado de todo.

—¿Qué se hace de Iván Matvéich? A eso voy, precisamente. Estamos buscando el modo de atraer capitales extranjeros a nuestra patria y ahí tiene usted: apenas se ha duplicado, por medio de Iván Matvéich el capital traído por el cocodrilero, lo que procurarnos nosotros, en lugar de proteger a ese propietario extranjero, es destripar a lo que constituye su capital principal. Dígame: ¿es eso sensato? A mi entender, Iván Matvéich debe incluso alegrarse y enorgullecerse, como auténtico hijo de la patria, de haber duplicado, o incluso triplicado, con su intervención, el valor de un cocodrilo extranjero. Eso es lo que hace falta para atraer capitales. ¿Que uno sale adelante? Pues en seguida se presentará otro, también con un cocodrilo, luego un tercero trayendo dos o tres de golpe, y así irán agrupándose los capitales a su alrededor. Ahí tiene usted ya formada la burguesía. ¡Eso, hay que estimularlo!

—¡Por Dios, Timoféi Semiónich! —exclamé yo—. ¡Usted le exige un sacrificio casi sobrenatural al pobre Iván Matvéich!

—Yo no exijo nada, y ante todo le ruego —como le he rogado ya anteriormente— tomar en consideración que yo no soy ningún jefe y, por lo tanto, no puedo exigir nada a nadie. Hablo como hijo de la patria; bueno, no hablo como el *Hijo de la Patria*, sino que hablo, sencillamente, como hijo de la patria. Por otra parte, ¿quién le mandó meterse en el cocodrilo? Un hombre serio, funcionario de cierto rango, casado como Dios manda… ¡y de pronto dar ese paso! ¿Es eso sensato?

—Pero, es que ese paso lo dio fortuitamente.
—¡Cualquiera sabe! Además, explíqueme usted a ver de dónde se saca el dinero para pagarle al amo del cocodrilo.
—Si acaso, del sueldo de Iván Matvéich, ¿no?
—¿Iba a alcanzar?
—No alcanzaría, Timoféi Semiónich —repliqué con dolor—. Al principio, el cocodrilero se asustó pensando que iba a reventar el animal; pero, viendo luego que no pasaba nada, empezó a engallarse y se alegró de poder duplicar el precio de la entrada.
—¡Y podrá triplicarlo, y cuadruplicarlo también! Ahora acudirá el público a montones. Y los cocodrileros son gente hábil. Además, es carnívoro, aficionado a las diversiones… Por todo ello, repito, lo que debe hacer Iván Matvéich antes que nada es guardar el incógnito. Que no se precipite. Que todos sepan que está dentro del cocodrilo, pero que no lo sepan oficialmente. En ese aspecto, Iván Matvéich se encuentra en circunstancias particularmente favorables, puesto que se le considera en el extranjero. ¿Qué nos dicen que se encuentra dentro del cocodrilo? Nosotros no le damos crédito. Es una cosa que se puede hacer perfectamente. Lo principal es que espere con paciencia. Además, ¿qué prisa tiene?
—Pero, ¿y si…?
—No se preocupe. Es de complexión robusta…
—Bueno, ¿y luego, cuando termine la espera?
—Pues, no le negaré que el hecho es de lo más casuístico. Resulta difícil orientarse y, sobre todo, el mayor escollo es que, hasta ahora, no se ha dado un ejemplo parecido. Si tuviéramos un ejemplo, aún podríamos orientarnos de alguna manera. Pero, así, ¿cómo se puede decidir? Y si nos ponemos a cavilar, podemos perder un tiempo precioso. Una idea salvadora me pasó por la mente.
—¿Y no se podría hacer, puesto que se halla destinado a permanecer en las entrañas de un monstruo y a conservarse vivo por voluntad de la Providencia, no se podría hacer que presentara una instancia para que le consideren en servicio activo?
—Hum… Si acaso, a título de excedencia con suspensión de sueldo.
—¿No podría ser con abono del sueldo?
—¿Con qué fundamento?
—Como comisión de servicios.
—¿De qué clase, y adónde?
—Pues, a las entrañas, a las entrañas del cocodrilo… Pongamos que para información, para el estudio de los hechos sobre el lugar. Claro que sería una cosa innovadora, pero también progresista, y al mismo tiempo pondría de manifiesto la preocupación por el saber.
Timoféi Semiónich se quedó pensativo.
—En mi opinión personal, sería absurdo comisionar a las entrañas de un cocodrilo a un funcionario para misiones especiales. No lo estipula el Reglamento. Además, ¿qué clase de misión se puede realizar allí dentro?
—Pues, digamos que el estudio directo de la naturaleza *in situ*, en vivo. Actualmente se trata mucho de las Ciencias Naturales, de la Botánica… Viviría allí y transmitiría informaciones… pues…

acerca de la digestión o sencillamente de los usos… Para recopilación de datos, vamos.
—Esto entra ya en la estadística. La verdad, eso no es mi fuerte. Además, yo no soy un filósofo. Datos, dice usted; pero, es que estamos abrumados de datos y no sabemos qué hacer con ellos. Por otra parte, esa estadística es peligrosa.
—¿Peligrosa?
—Sí, peligrosa. Además, comprenderá usted que esos datos iba a comunicarlos tumbado a la bartola, por decirlo de algún modo. Pero, ¿acaso puede un funcionario cumplir su cometido tumbado a la bartola? Eso también es una innovación, y peligrosa, por añadidura. Sin contar que no ha habido un ejemplo igual. Si por lo menos tuviéramos algún ejemplo anterior, aunque fuera insignificante…, entonces, a mi juicio, quizá se pudiera gestionar lo de la comisión de servicios.
—Pero, es que tampoco había traído nadie un cocodrilo vivo hasta ahora.
—Hum, claro… —se quedó otra vez pensativo—. Esta objeción suya es cierta, si quiere, e incluso podría servir de base para la tramitación del asunto. Pero, por otra parte, considere usted que si conforme van apareciendo cocodrilos vivos empiezan a desaparecer funcionarios y luego, con el aquel de que allí se está calentito y confortable, van a solicitar comisiones de servicios para allá y después tumbarse a la bartola…, convendrá usted en que sería un mal ejemplo. Porque, puestas así las cosas, muchos iban a querer meterse allí dentro para cobrar sin hacer nada.
—¡Influya usted, Timoféi Semiónich! A propósito: Iván Matvéich me ha rogado le entregue a usted un piquillo de siete rublos que le dejó a deber cuando jugaron la última vez…
—¡Ah, sí! Los perdió hace unos días en casa de Nikífor Nikíforich. Me acuerdo. Estaba de tan buen humor, gastando bromas, y ahí tiene usted…
El hombre estaba sinceramente conmovido.
—Influya usted, Timófei Semiónich.
—Haré gestiones. Hablaré en nombre propio, de modo privado, como si pidiera informes. Por cierto: entérese oficiosamente, a través de alguien, de la cantidad exacta que aceptaría el alemán por su cocodrilo.
Timoféi Semiónich se ablandaba, evidentemente.
—Lo haré sin falta —contestó—, y en seguida vendré a comunicárselo.
—Por cierto…, su esposa se ha quedado sola ahora. Le echará de menos.
—¿Y si fuera usted a verla, Timoféi Semiónich?
—Le haré una visita. Precisamente estaba pensándolo hace unos días, y ésta me parece la ocasión adecuada… Pero, ¿qué falta le haría ir a ver el cocodrilo? ¿Qué falta le haría? Aunque, también yo desearía verlo.
—Hágale usted una visita al pobre, Timoféi Semiónich.
—Sin falta. Desde luego, sin que este paso mío sirva para alentar esperanzas. Iré como particular… Hasta la vista, pues. Esta noche voy también a casa de Nikífor Nikíforich. ¿Y usted?
—No: yo voy a ver al cautivo.
—¡Ahora, el cautivo! ¡Lo que hace la falta de seso!
Me despedí del viejo. Me rondaban la cabeza ideas encontradas. Timoféi Semiónich era un hombre bondadoso y honrado a carta cabal. Sin embargo, al abandonar su casa me alegré de que hubiera

cumplido ya cincuenta años de servicio y de que los Timoféi Semiónich fueran ya una rareza entre nosotros. Naturalmente, corrí al Pasaje para informar de todo al pobre Iván Matvéich. Además, me moría de curiosidad por saber cómo se habría acomodado dentro del cocodrilo y cómo se podría vivir dentro de un cocodrilo. En efecto, ¿se podría realmente vivir dentro de un cocodrilo? Había momentos, la verdad, en que todo aquello me parecía un sueño monstruoso; más aún porque, de hecho, se trataba de un monstruo…

III

Y, sin embargo, aquello no era un sueño, sino la auténtica e indiscutible realidad. De lo contrario, ¿iba yo a contarlo? Pero, prosigo. Llegué al Pasaje ya tarde, cerca de las nueve de la noche, y me vi obligado a penetrar en la cocodrilera por la puerta de atrás, pues el alemán había cerrado el establecimiento antes que de costumbre. Andaba por allí con atuendo casero, consistente en una vieja levita de mala muerte, llena de lamparones, y se le notaba tres veces más satisfecho que por la mañana. Era evidente que no sentía ya ningún temor y que *publicum* había venido muy mucho. La *mutter* salió más tarde, evidentemente para vigilarme. Ambos intercambiaban a menudo algunas palabras en voz baja.

A pesar de que el establecimiento estaba cerrado ya, el alemán me hizo pagar los veinticinco *kopeks*. ¡Qué meticulosidad tan fastidiosa!

—Usted, cada vez, tendrá pagar. *Publicum* tendrá pagar rublo, pero usted un cuarto de rublo porque ser usted buen amigo de su buen amigo y yo estimo amigos…

—¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras, docto amigo mío? —exclamé conforme me acercaba al cocodrilo, con la esperanza de que mis palabras llegarían ya a Iván Matvéich y halagarían su amor propio.

—Estoy sano y salvo —contestó como si hablara desde lejos o desde debajo de una cama, aunque yo estaba junto a él—. Estoy sano y salvo; pero, luego hablaremos de eso. ¿Cómo van las cosas?

Deliberadamente, hice como si no hubiera oído la pregunta y, a mi vez, me puse a inquirir con simpatía y precipitación cómo se encontraba él, qué hacía y cómo se las arreglaba dentro del cocodrilo y, en una palabra, qué era el interior de un cocodrilo. Hice lo que exigían la amistad y la simple cortesía. Pero él me interrumpió desabridamente.

—¿Cómo van las cosas? —gritó, tratándome sin miramiento, según acostumbraba, y su voz chillona era esta vez particularmente odiosa.

Le referí, hasta el último detalle, mi conversación con Timoféi Semiónich y, al hacerlo, procuré

exteriorizar cierto resentimiento en mi tono.
—El viejo tiene razón —sentenció Iván Matvéich con la aspereza que, como siempre, empleaba para hablar conmigo—. A mí me gusta la gente práctica y no soporto a los blandengues melosos. Sin embargo, estoy dispuesto a reconocer que tampoco es totalmente absurda tu idea acerca de la comisión de servicios. En efecto, puedo informar de muchas cosas, tanto en el aspecto científico como en el moral. Pero todo esto adquiere ahora un cariz nuevo e inesperado, de manera que no merece la pena hacer gestiones tan sólo por el sueldo. Escúchame con atención. ¿Te has sentado?
—No. Estoy de pie.
—Pues, siéntate en cualquier parte, aunque sea en el suelo, y escúchame atentamente.
De mal talante, agarré una silla y, rabioso, pegué un fuerte golpe con ella al dejarla otra vez en el suelo.
—Escucha —empezó despóticamente—: hoy ha venido aquí un montón de gente. Por la tarde, como faltaba sitio, hubo que recurrir a la policía para que pusiera orden. El alemán ha creído incluso conveniente cerrar el establecimiento a las ocho, o sea, mucho antes que de costumbre, y suspender la exhibición a fin de recontar el dinero recaudado y prepararse mejor para mañana. Yo sé que mañana estará esto tan concurrido como una feria. Conque, es de suponer que pasarán por aquí todas las personas ilustradas de la ciudad, señoras de la alta sociedad, embajadores extranjeros, magistrados y demás. También acudirá gente de las numerosas provincias de nuestro vasto e interesante imperio. De manera que, a la vista de todos, aunque oculto, yo domino la situación. Le daré una lección a la multitud ociosa. Respaldado por la experiencia, seré un ejemplo de grandeza de alma y de resignación ante el destino. Seré, en cierto modo, la cátedra desde donde ilustraré a la Humanidad. Solamente los datos científicos que puedo comunicar acerca del monstruo que habito son ya de por sí valiosos. Y, por eso, lejos de lamentar lo que me ha ocurrido, tengo la firme esperanza de hacer una carrera brillantísima.
—¿No acabará eso aburriéndote? —observé mordazmente.
Lo que más rabioso me ponía era ver las ínfulas que gastaba. Sin embargo, todo aquello me desconcertaba. «Pero, ¿de qué presumirá esa cabeza de chorlito? ¿De qué presumirá, cuando lo que debía hacer es llorar?», me preguntaba, rabiando por lo bajo.
—¡No! —contestó tajantemente a mi observación—. No, porque, plenamente imbuido de grandes ideas, sólo ahora que dispongo de tiempo puedo soñar con mejorar el destino de toda la Humanidad. De este cocodrilo saldrán ahora la verdad y la luz. No cabe duda de que inventaré una nueva teoría propia acerca de las nuevas relaciones económicas y de que me sentiré orgulloso de ella, cosa que hasta el momento no he podido realizar por tanto como me ataban mi empleo y las triviales distracciones mundanas. Ahora lo desmentiré todo y seré un nuevo Fourier. Pero, concretemos. ¿Y ella?
—Me imagino que preguntas por Elena Ivánovna, ¿verdad?
—¡Ella! —gritó, incluso con cierta estridencia.
¿Qué podía hacer yo? Humildemente, aunque a regañadientes otra vez, le referí cómo había dejado a su esposa. Ni siquiera me escuchó hasta el final.
—Con respecto a ella, tengo ciertas miras especiales —me interrumpió, impaciente—. Si he de ser

famoso yo *aquí*, quiero que ella sea famosa *allá*. Científicos, poetas, filósofos, minerálogos forasteros, estadistas visitarán el salón de Elena Ivánovna por las tardes después de haber platicado conmigo por las mañanas. A partir de la próxima semana deben comenzar las veladas diarias en su salón. Doblado por las dietas, mi sueldo alcanzará para estas recepciones, sobre todo porque bastará con un té servido por criados de una agencia de servicios. Desde hace tiempo ansío que se presente la ocasión de que todo el mundo hable de mí, aunque sin lograrlo debido a mi poco renombre y a mi escasa importancia en el escalafón. Ahora, en cambio, todo eso queda alcanzado merced al más simple movimiento de trasiego de un cocodrilo. Cada una de mis palabras será escuchada como un oráculo; cada una de mis sentencias será meditada, transmitida de boca en boca, publicada… ¡Ya lo creo que me daré a conocer! Al fin comprenderán qué brillantes facultades han dejado zozobrar en las entrañas de un monstruo. «Ese hombre habría podido ser ministro de cualquier país y gobernar un reino», dirán unos. «¡Y este hombre no gobernaba un reino extranjero!», dirán otros. Porque, vamos a ver, ¿en qué desmerezco yo de un Garnier-Pagès o de otro por el estilo?… A mi mujer le corresponde ser mi *pendant*: yo tengo la inteligencia, ella, la hermosura y la amabilidad. «Es bella, y por eso es la esposa de ese hombre», dirán unos. «Es bella *porque es la esposa de ese hombre»*, puntualizarán otros. Por si acaso, que Elena Ivánovna compre mañana mismo el Diccionario Enciclopédico que se edita bajo la dirección de Andréi Kraevski, a fin de que pueda hablar de cualquier tema. Que se lea, sobre todo, el *premier-politique* de *Noticias de San Petersburgo* y lo confronte a diario con *El Cabello*. Supongo que el alemán accederá a llevarme de vez en cuando, con el cocodrilo, al brillante salón de mi esposa. Yo estaré dentro de un cajón, en medio de la magnífica estancia, y soltaré un sinfín de agudezas, preparadas desde por la mañana. Al estadista le daré a conocer mis proyectos; con el poeta hablaré en verso; con las señoras me mostraré ingenioso y galante, dentro de la decencia, ya que soy totalmente inofensivo para sus esposos. A todos los demás, les serviré de vivo ejemplo de sumisión al destino y a la voluntad de la Divina Providencia. Haré de mi mujer una notable dama literaria; yo me encargaré de su promoción y de darla a conocer a la gente. Como esposa mía, debe rebosar de maravillosas virtudes y si con razón se dice a Andréi Alexándrovich que es nuestro Alfredo de Musset ruso, con mayor razón habrán de llamarla a ella nuestra Eugenia Tour rusa.

Confieso que, aunque todos aquellos disparates cuadraban un poco con el Iván Matvéich de cada día, me pasó por la imaginación la idea de que entonces tenía fiebre y deliraba. Seguía siendo el Iván Matvéich corriente de cada día, pero observado a través de un cristal que todo lo aumentaba veinte veces.

—Amigo mío —pregunté—, ¿piensas vivir mucho tiempo así? En una palabra, dime si te encuentras bien, cómo comes, cómo duermes, cómo respiras… Tengo amistad contigo y comprenderás que el caso es excesivamente sobrenatural para que no sea excesivamente natural mi curiosidad.

—Vana curiosidad, y nada más —sentenció él—; pero, será satisfecha. Me preguntas que cómo me he acomodado en las entrañas del monstruo. En primer lugar, y para gran sorpresa mía, el cocodrilo está totalmente vacío. Su interior consiste en una especie de enorme saco, hecho de goma, por el estilo de los artículos de goma que suelen vender en la calle Gorójovaia, en la Morskaia y, si no me equivoco, también en la avenida Voznesenski. De lo contrario, ¿te imaginas cómo cabría yo dentro?

—¿Es posible? —exclamé con asombro muy comprensible—. ¿De verdad está totalmente vacío el cocodrilo?

—Totalmente —confirmó Iván Matvéich grave y enfáticamente—. Y lo más probable es que se halle configurado de esta suerte respondiendo a las leyes de la propia Naturaleza. El cocodrilo sólo posee unas fauces provistas de dientes afilados y, como complemento, una cola considerablemente larga. De hecho, eso es todo. Pero en el centro, entre dichos extremos suyos, se encuentra un espacio vacío, circundado con algo que se parece al caucho y que probablemente es caucho en efecto.

—Pero, ¿y los pulmones, el estómago, los intestinos, el hígado, el corazón…? —le interrumpí incluso con rabia.

—Nada. No hay lo que se dice nada de eso, y de seguro que no lo ha habido nunca. Puras fantasías de triviales exploradores. Y ahora lo mismo que se hincha de aire una almohadilla para las hemorroides, así hincho yo el cocodrilo con mi persona. Es increíblemente elástico. Incluso tú, en tu calidad de amigo de casa, podrías acomodarte a mi lado si fueras un espíritu generoso, y aún sobraría sitio. Incluso estoy pensando, en último caso, en traerme aquí a Elena Ivánovna. Te advierto que esta estructura hueca del cocodrilo se halla en perfecta consonancia con las Ciencias Naturales. En efecto, supongamos, por ejemplo, que tuvieras tú que construir un cocodrilo nuevo. Naturalmente, surgiría la pregunta de cuál es la propiedad esencial de un cocodrilo. La respuesta está clara: la de engullir gente. ¿Cómo darle al cocodrilo la estructura adecuada para que engulla gente? La respuesta es más simple todavía: construyéndolo vacío. La Física ha demostrado hace ya mucho tiempo que la Naturaleza no consiente el vacío. A tenor de ello, el interior del cocodrilo debe estar precisamente vacío para que, al ser inadmisible el vacío, esté engullendo sin cesar y llenándose con todo lo que encuentra a mano. Ahí tienes la única razón sensata de que todos los cocodrilos nos engullan a nosotros. En la estructura humana, es distinto: cuanto más vacía está una cabeza humana, por ejemplo, menos ansias experimenta de llenarse. Y ésta es la única excepción a la regla general. Para mí, todo esto resulta ahora más claro que la luz del día; todo lo he descubierto gracias a mi propio talento y mi experiencia al encontrarme en las entrañas de la Naturaleza, por decirlo de algún modo: en su retorta, captando los latidos de su pulso. Incluso la etimología está de acuerdo conmigo, pues el propio nombre del cocodrilo implica voracidad. *Crocodrillo* es una palabra evidentemente italiana, moderna, aunque puede venir de los antiguos faraones egipcios y, desde luego, tienen su origen en la raíz francesa *croquer*, que significa comer, devorar…; consumir como alimento, vamos. Todo esto, tengo la intención de exponerlo como primera conferencia a las personas reunidas en el salón de Elena Ivánovna cuando me lleven allá dentro del cocodrilo.

—¿Y si tomases ahora por lo menos un laxante, amigo mío? —grité sin poderme contener, mientras repetía con horror para mis adentros: «Eso es la calentura. Tiene calentura. Está delirando».

—¡Tonterías! —contestó él desdeñosamente. Además, que sería muy incómodo en mi actual situación. Aunque, en parte, ya sabía yo que saldrías con lo del laxante.

—Y dime, amigo mío: ¿cómo…, cómo te las arreglas ahora para alimentarte? ¿Has comido hoy?

—No; pero, no tengo hambre, y lo más probable es que, desde ahora, no vuelva nunca a consumir alimentos. También es perfectamente natural: al llenar todo el interior del cocodrilo, hago que se sienta siempre como repleto de comida. Ahora, se le puede tener años enteros sin echarle de comer.

Por otra parte, al sentirse repleto gracias a mí, también él me transmitirá de modo natural todo los jugos vitales de su cuerpo. Algo así como lo que ocurre con ciertas señoras que, en su refinada coquetería, aplican por la noches filetes crudos sobre todas sus redondeces y, después de tomar su baño por la mañana, quedan más lozanas, tersas, jugosas y seductoras. De modo que, al alimentar yo al cocodrilo con mi persona, en respuesta recibo alimento de él; por lo tanto, nos alimentamos recíprocamente. Pero, ya que ha de serle difícil, incluso a un cocodrilo, digerir a un hombre como yo, se comprende que note cierto peso en el estómago —del que, por otra parte carece— y por esa razón, para no causarle excesivo dolor al monstruo, procuro cambiar raramente de postura. Aunque podría hacerlo, lo evito por humanismo. Éste es el único inconveniente de mi actual situación, y Timoféi Semiónich está alegóricamente en lo cierto al decir que me encuentro aquí tumbado a la bartola. Pero he de demostrar que aun tumbado a la bartola —es más: que únicamente tumbado a la bartola— es posible cambiar los destinos de la Humanidad. Todas las grandes ideas, así como la orientación de nuestros periódicos y nuestras revistas, se les han ocurrido, evidentemente, a personas tumbadas a la bartola. Por eso se dice que son ideas de gabinete. Bueno, ¡al cuerno con el nombre que les den! Yo inventaré ahora todo un sistema social. Aunque no te lo creas, es facilísimo. Basta recogerse en algún rincón apartado —dentro de un cocodrilo, por ejemplo— cerrar los ojos y en seguida descubres un paraíso para ofrecérselo a toda la Humanidad. Antes, cuando os marchasteis, me puse en seguida a cavilar y llevo inventados ya tres sistemas; ahora, prepararé el cuarto. Cierto que, para empezar, hay que echarlo todo abajo; pero, eso es sencillísimo desde dentro de un cocodrilo. Más aún: desde dentro de un cocodrilo parece que lo ve uno todo mejor… Claro que mi situación tiene también sus inconvenientes, aunque pequeños: el interior del cocodrilo es algo húmedo y así como viscoso; además, huele un poco a goma, exactamente igual que mis chanclos del año pasado. Pero, eso es todo; no tiene ningún defecto más.

—Todas ésas son maravillas a las que apenas puedo dar crédito, Iván Matvéich —le interrumpí—. Y, dime, ¿de verdad, de verdad no piensas comer nunca más en tu vida?

—Pero, ¿cómo puedes pararte a pensar en esas nimiedades, cabeza de chorlito? Yo estoy exponiéndote grandes ideas, y tú… Has de saber que tengo alimento suficiente con las grandes ideas que iluminan la noche que me circunda. Aunque el afable propietario del monstruo y su bondadosa *mutter* han convenido entre ellos esta tarde que todas las mañanas meterán por las fauces del cocodrilo un tubo metálico encorvado como una trompetilla a fin de que yo pueda sorber un café o un caldo con pan migado. El tubo lo han encargado ya por aquí cerca, aunque yo opino que es un lujo superfluo. Espero vivir por lo menos mil años, si es cierto que los cocodrilos alcanzan esa edad. A propósito, ahora que me acuerdo: consulta mañana mismo una Historia Natural para comprobar si es cierto ese dato, y ven a decírmelo, pues he podido equivocarme, confundiendo al cocodrilo con cualquier otro fósil. Sólo una circunstancia me ofusca un poco: ahora, como estoy vestido de paño y calzado con botas altas, es evidente que el cocodrilo no me puede digerir. Además, estoy vivo y por eso me resisto con toda mi voluntad a ser digerido, pues se comprende que no quiera transformarme en lo que se transforma cualquier alimento, ya que sería demasiado humillante para mí. Temo, sin embargo, que el paño de mi levita —desgraciadamente de fabricación rusa— llegue a pudrirse a lo largo de un milenio y entonces yo, al quedarme sin ropa y a despecho de toda mi indignación, quizá

empiece a ser digerido. Aunque de día no lo permitiré ni lo consentiré en modo alguno, de noche, durante el sueño, cuando la voluntad abandona al hombre, puedo correr la suerte más humillante de una patata, unos *blinis* o un trozo de ternera. Esta idea me pone frenético. Creo que esta sola razón debería ser suficiente para modificar los aranceles y estimular la importación de paños ingleses, que son más sólidos y, por consiguiente, habrán de resistir más a la Naturaleza en caso de que una persona vaya a parar al interior de un cocodrilo. Aprovecharé la primera oportunidad para comunicarle esta idea mía a cualquier hombre de Estado y, a la vez, a los comentaristas políticos de nuestros diarios. Que hablen bien alto de ello. Espero que sea esto lo único que copien ahora de mí. Preveo que cada mañana acudirán en tropel, provistos del cuarto de rublo pagado por sus respectivas redacciones, y se apiñarán a mi alrededor para recoger mi opinión acerca de los telegramas de la víspera. En una palabra, que veo el porvenir auténticamente de color de rosa.

«¡Es la calentura, es la calentura!», murmuraba yo para mis adentros.

—Pero, ¿y la libertad, amigo mío? —inquirí para conocer a fondo su opinión—. Porque tú, por así decirlo, te encuentras preso, en tanto la aspiración del hombre es gozar de la libertad.

—Eres tonto —me contestó—. La gente salvaje ama la independencia; pero la gente cuerda ama el orden y si no hay orden…

—Iván Matvéich, por compasión…

—Calla y escucha —chilló, contrariado por mi interrupción—. Nunca he sentido mi espíritu tan elevado como ahora. En mi angosto refugio, sólo me preocupan la crítica literaria de las revistas voluminosas y la rechifla de nuestros periódicos satíricos. Temo que quieran ponerme en ridículo los visitantes triviales, los estúpidos, los envidiosos y, en general, los nihilistas. Pero, yo tomaré mis medidas. Estoy impaciente por conocer mañana los juicios de la opinión pública y, sobre todo, el de los periódicos. De lo que digan los periódicos, infórmame mañana mismo.

—Bueno: mañana mismo traeré una pila de periódicos.

—Mañana es pronto para esperar comentarios en los periódicos, puesto que los anuncios sólo aparecen al cuarto día. Pero, en adelante, ven todas las tardes por la entrada del patio. Pienso utilizarte como secretario. Tú me leerás los periódicos y las revistas y yo te dictaré mis pensamientos y te encargaré lo que necesite. Sobre todo, no te olvides de los telegramas. Todos los telegramas de Europa deben de estar aquí a diario. Pero, basta. Probablemente tendrás sueño. Vete a casa y no pienses en lo que acabo de decirte acerca de la crítica. No la temo, puesto que ella misma se encuentra en situación crítica. Basta ser sabio y virtuoso para verse finalmente sobre un pedestal. Si no soy Sócrates, soy Diógenes, o ambos a la vez, y ya tengo trazado mi futuro papel en la Humanidad.

De este modo trivial y obsesivo (cierto que por efecto de la calentura) se apresuraba a exponerme sus puntos de vista Iván Matvéich, emulando a esas mujeres de carácter flojo, incapaces de guardar un secreto, según dice el refrán. Por otra parte, cuanto había dicho acerca del cocodrilo me parecía poco verosímil. Vamos a ver: ¿cómo podía ser que el cocodrilo estuviera totalmente vacío? Apuesto a que, en ese punto, se había jactado por vanidad y, en parte, para humillarme. Verdad es que estaba enfermo y que a los enfermos hay que llevarles la corriente; pero reconozco sinceramente que nunca he podido soportar a Iván Matvéich. Durante toda la vida, desde que era niño, he deseado librarme

de su tutela, sin poder conseguirlo. Mil veces quise romper de mala manera con él, y otras tantas volví a tratarle, como si aún esperase demostrarle mi razón y vengarme de algo. ¡Singular amistad la mía! Puedo afirmar rotundamente que, en las nueve décimas partes, se componía de inquina. Sin embargo, aquella noche nos despedimos emocionados.

—Fuestro amigo es hombre mucho inteligente —me dijo el alemán a media voz cuando se disponía a acompañarme hasta la puerta después de haber estado todo el tiempo escuchando atentamente nuestra conversación.

—A propósito, y antes de que se me olvide —proferí—. ¿Cuánto pediría usted por su cocodrilo en caso de que quisieran comprárselo?

Se conoce que Iván Matvéich había oído la pregunta y esperaba la respuesta con curiosidad porque le hubiera molestado que el alemán pidiese poco; por los menos, carraspeó de una manera muy particular cuando yo hice la pregunta.

Al principio, el alemán no quería ni oír hablar del asunto; incluso se enfadó.

—¡Ninguno comprar puede mi cocodrilo propio! —gritó furioso, y se puso colorado como un cangrejo—. ¡No querer yo que sea vendido cocodrilo! Ni un millón de talers quería yo pedido por el cocodrilo. Hoy tenía cobrado ciento treinta talers del *publicum* y mañana tenía diez mil talers cobrado y luego cien mil talers cada día tenía cobrado. ¡No querer yo vendido cocodrilo!

A Iván Matvéich se le escapó incluso una risita de satisfacción.

Haciendo de tripas corazón, pues cumplía con mi deber de amigo verdadero, le di a entender fría y razonablemente al desatinado alemán que sus cálculos no eran del todo exactos, pues si recaudaba un centenar de miles a diario, en cuatro días habría pasado todo San Petersburgo por su establecimiento y no quedaría luego nadie a quien cobrarle; que la vida y la muerte están en la mano de Dios; que el cocodrilo podía reventar por cualquier razón; que Iván Matvéich podía caer enfermo y fallecer, y así sucesivamente.

El alemán se quedó pensativo.

—Yo daré a él gotas de la botica —recapacitó al fin—, y el amigo fuestro no será morir.

—Lo de las gotas está muy bien —repliqué—; pero, tenga en cuenta que se puede entablar un proceso. La esposa de Iván Matvéich puede exigir la devolución de su marido legítimo. Usted, en lo que piensa es en hacerse rico. Pero, ¿ha pensado en asignarle alguna pensión a Elena Ivánovna?

—¡No, yo no pensar! —contestó decidida y gravemente el alemán.

—¡No-o! ¡No pensar! —corroboró la *Mutter*, incluso con rabia.

—Entonces, ¿en vez de una ganancia problemática, no les convendría más agarrar ahora de golpe alguna cantidad segura y palpable, aunque sea módica? Considero deber mío añadir que, si se lo pregunto, no es por mera curiosidad.

El alemán tomó del brazo a su *Mutter* y se apartó, para conferenciar con ella, hacia el rincón donde se encontraba la jaula del mono más grande y más feo de la colección.

—¡Ahora verás! —me dijo Iván Matvéich.

Por lo que a mí se refiere, en ese momento ardía en deseos, primero, de pegarle un paliza al alemán; segundo, de pegarle una paliza aún mayor a la *Mutter* y, tercero, de atizarle la mayor de las palizas a Iván Matvéich por su desmedido engreimiento. Sin embargo, nada de esto tenía importancia al lado

de la respuesta del codicioso alemán.
Después de deliberar con su *Mutter*, exigió por el cocodrilo cincuenta mil rublos en bonos de la Deuda interior, con sorteo, una casa de ladrillo en la calle Gorójovaia con botica propia instalada en ella y, por añadidura, el rango de coronel ruso.
—¿Te das cuenta? —exclamó triunfalmente Iván Matvéich—. ¡Ya te lo decía yo! Aparte de la última y disparatada pretensión de que le hagan coronel, tiene toda la razón, pues comprende perfectamente el actual valor del monstruo que exhibe. ¡El principio económico es lo que priva!
—¡Un momento! —rugí—. ¿Por qué razón iban a hacerle coronel, eh? ¿Qué proeza ha realizado, qué servicios ha prestado, qué gloria militar ha alcanzado? ¿No es usted un insensato, después de todo esto?
—¿Insensato? —gritó el alemán ofendido—. No. Yo ser hombre mucho sensato y usted ser hombre mucho tonto. Yo haber merecido coronel porque mostrar cocodrilo con dentro de él encerrado *Hofrat* vivo, pero ruso no poder mostrar cocodrilo con *Hofrat* vivo encerrado dentro de él. Yo ser hombre extraordinario inteligente y quiero mucho ser coronel.
—Bueno, Iván Matvéich, ¡adiós! —grité temblando de indignación, y salí de estampía al notar que no podría responder de mí si me quedaba un momento más en la cocodrilera. Eran insoportables las descabelladas pretensiones de aquellos dos cretinos. El aire frío calmó un poco mi indignación al quitarme el sofoco. Finalmente, y después de escupir con energía unas quince veces a un lado y a otro, tomé un coche de punto, llegué a mi casa, me desnudé y me tiré en la cama. Lo que más coraje me daba era encontrarme de secretario suyo. Ahora, ¡a morirse de aburrimiento todas las veladas cumpliendo el deber de auténtico amigo! Me entraban ganas de pegarme a mí mismo por ello y, efectivamente, después de apagar la vela y de taparme con el edredón, me aticé unos cuantos puñetazos en la cabeza y otros lugares del cuerpo. Esto me alivió un poco y acabé conciliando el sueño, incluso bastante profundo, pues estaba muy cansado. Me pasé la noche entera soñando con monos; pero, ya al amanecer, soñé también con Elena Ivánovna.

IV

Si soñé con monos, supongo que sería por haberlos visto en el establecimiento del cocodrilero. Por lo que se refiere a Elena Ivánovna era cosa distinta.
Empezaré por decir que yo la amaba. Pero me apresuro a añadir —y me apresuro con la velocidad de un expreso— que la amaba como un padre. Ni más ni menos. Llego a esa conclusión porque había sentido muchas veces el incontenible deseo de besar su cabecita o sus sonrosadas mejillas. Y aunque

nunca llegué a hacerlo, confieso que no me hubiera negado a besarla incluso en los labios. Y no ya en los labios, sino en los dientecitos que aparecían de modo tan encantador, semejantes a una sarta de perlas igualitas, cada vez que ella se reía. Y ella reía con extraordinaria frecuencia. En sus efusiones de cariño, Iván Matvéich la llamaba su «lindo desatino», apelación en grado sumo justa y adecuada. Era una mujer bombón, y nada más. Por ello, no comprendo cómo se le había ocurrido ahora al propio Iván Matvéich ver en su esposa a nuestra Eugenia Tour rusa. Sea como fuera, y dejando a un lado los monos, mi sueño me produjo una impresión de lo más grata. De modo que, al repasar todo lo sucedido la víspera mientras tomaba el té de por la mañana, decidí pasar inmediatamente por casa de Elena Ivánovna, de camino hacia la oficina, cosa que, por otra parte, tenía la obligación de hacer en mi calidad de amigo de la casa.

Elena Ivánovna me recibió en un cuartito diminuto contiguo a la alcoba —ellos lo llamaban la sala pequeña, aunque también era pequeña la sala grande—, sentada en un lindo divancito ante una pequeña mesita de té, vestida con una vaporosa mañanita y tomando café de una pequeña tacita en la que mojaba una diminuta galletita. Estaba arrebatadoramente linda, aunque también me pareció como meditabunda.

—¡Ah, es usted, picarón! —exclamó acogiéndome con sonrisa ausente—. Siéntese, so veleta, y tome una taza de café. ¿Qué hizo usted anoche, vamos a ver? ¿Fue al baile de máscaras?

—Pero, ¿acaso estuvo usted? Yo no suelo ir a esos bailes… Además, es que anoche visité a nuestro cautivo.

Exhalé un suspiro y adopté una expresión compungida al tomar la taza de café que me ofrecía.

—¿A quién? ¿A qué cautivo? ¡Ah, sí! ¡Pobrecillo! Bueno, ¿y cómo está? ¿Se aburre? Verá… quisiera preguntarle a usted una cosa… Ahora puedo solicitar el divorcio, ¿verdad?

—¡El divorcio! —grité indignado, y estuve a punto de derramar el café. «Eso es cosa del morenito», pensé con furia para mis adentros.

Porque había cierto morenito de bigotito, perteneciente al negociado de obras de construcción, que les visitaba con harta frecuencia y tenía una habilidad especial para divertir a Elena Ivánovna. Confieso que yo le odiaba y no me cabía duda de que se las había ingeniado la víspera para verse con Elena Ivánovna (en el baile de máscaras o quizá allí misino) y contarle un montón de tonterías.

—Pero, bueno… —se disparó de pronto Elena Ivánovna como si repitiera una lección—. Pero, ¿es que se va a estar él allí, dentro del cocodrilo, sin volver quizá en toda la vida, mientras yo me quedo aquí esperándole? Un marido debe vivir en su casa y no dentro de un cocodrilo…

—Es que se trata de un suceso imprevisto —quise explicarle con emoción muy natural.

—¡No, por Dios! Déjeme de historias. ¡No quiero escucharle, no quiero! —gritó ella, realmente enojada de pronto—. ¡Siempre se pone usted en contra mía, mala persona! Con usted no se puede ir a ninguna parte; es incapaz de aconsejar nada. Incluso personas extrañas me dicen que me concederán el divorcio porque Iván Matvéich quedará suspendido de sueldo.

—¡Elena Ivánovna! —exclamé en tono patético—. Parece mentira que sea usted quien así habla. ¿Qué desalmado ha podido imbuirle tales ideas? Además, que es totalmente imposible obtener el divorcio por una razón tan nimia como la suspensión de sueldo. ¡Y el pobre Iván Matvéich consumiéndose de amor por usted incluso en las entrañas de ese monstruo! Es decir: se derrite de

amor como un terrón de azúcar… Anoche mismo, mientras usted se divertía en el baile de máscaras, aludió a que, en último caso, quizá se decida a llevársela a usted, como legítima esposa, al interior del cocodrilo, sobre todo teniendo en cuenta que hay sitio de sobra, y no sólo para dos, sino incluso para tres personas.

A renglón seguido le referí toda aquella interesante parte de la conversación mantenida la víspera con Iván Matvéich.

—¿Cómo? ¿Qué dice? —gritó estupefacta—. ¿Pretende usted que me meta yo también allí con Iván Matvéich? ¡Valiente ocurrencia! ¿Y cómo iba a meterme? ¿Con el sombrero puesto y la crinolina? ¡Señores, qué estupidez! Y luego, ¿qué papel iba yo a hacer metiéndome en ese monstruo, sobre todo si estuviera mirándome alguien? ¡Eso es ridículo! ¿Y cómo me las arreglaría para comer allí dentro? ¿Y… y… cómo me las arreglaría allí dentro cuando?… ¡Dios mío, lo que se les ha ocurrido! ¿Qué distracciones iba a encontrar allí?… ¿Dice usted que dentro huele a goma? Y, también, si nos enfadáramos por algo, ¿tendría yo que quedarme de todos modos allí dentro, pegadita a él? ¡Puah! Eso es odioso.

—De acuerdo, admito todas sus objeciones, querida Elena Ivánovna —corté yo, intentando exponer mis razones con la natural vehemencia que siempre le embarga a uno cuando nota que la verdad está de su parte—; pero, hay una circunstancia que no ha valorado usted en todo esto. No ha valorado que él no puede vivir sin usted, puesto que desea tenerla allí a su lado. Ésa es una prueba de amor, de un amor apasionado, constante, arrebatador… ¡El amor es lo que no ha valorado usted, querida Elena Ivánovna, el amor!

—¡No quiero, no quiero ni oír hablar de eso! —protestó, agitando una encantadora manecita, cuyas imitas de color de rosa brillaban recién cepilladas y pulidas—. ¡Antipático! Acabará por hacerme llorar. Si es su gusto, métase usted dentro del bicho ése. ¿No es usted amigo de mi marido? Pues, vaya y quédese a su lado en aras de la amistad, y podrán pasarse la vida entera discutiendo sobre esos temas científicos tan aburridos…

—Hace usted mal en burlarse de tal hipótesis —atajé con gravedad a la frívola personita—, pues Iván Matvéich me ha propuesto efectivamente que me reuniera con él. A usted, como es natural, debe llevarla allá su sentido del deber, mientras que en mí es sólo generosidad. Pero, al hablarme anoche de la extraordinaria elasticidad del cocodrilo, Iván Matvéich aludió con suma claridad a que no sólo ustedes dos, sino también yo, en mi calidad de amigo íntimo, podría acomodarme allí para estar los tres juntos, en particular si yo así lo deseaba, y por eso…

—¿Cómo dice? ¿Los tres juntos? —gritó Elena Ivánovna contemplándome asombrada—. Pero, ¿cómo íbamos nosotros… a estar allí juntos los tres? ¡Ja, ja, ja! ¡Cuidado que son necios! ¡Ja, ja, ja! Iba a pasarme el tiempo pegándole a usted pellizcos, mala persona. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Recostada contra el respaldo del diván, rompió a reír hasta que se le saltaron unas lagrimitas. Todo aquello, lo mismo las lágrimas que la risa, era tan encantador, que no pude reprimirme y, en un arrebato, me puse a besarle las manecitas, expansión a la que ella no opuso resistencia, aunque me tiró ligeramente de las orejas en señal de reconciliación.

Luego nos sentimos más desenfadados los dos, y yo le referí en detalle los planes que me había expuesto la víspera Iván Matvéich. Le agradó mucho la idea de tener salón abierto y recibir por las

tardes.
—Pero, necesitaré muchos vestidos nuevos —observó ella—. Por eso, es preciso que Iván Matvéich me haga llegar cuanto antes la mayor cantidad posible de dinero: el sueldo, las dietas… Sólo que —añadió pensativa—, ¿cómo van a traerle a casa en un cajón? Eso es muy ridículo. No quiero que transporten a mi marido en un cajón. Me daría mucha vergüenza delante de los invitados… No quiero. No, no quiero.
—A propósito, y antes de que se me olvide: ¿vino a verla ayer por la tarde Timoféi Semiónich?
—¡Ay, sí! Vino a distraerme un poco, y figúrese usted que nos pasamos la velada jugando a las cartas, con prendas. Si perdía él, me daba un caramelo y cuando perdía yo, le dejaba que me besara una mano. ¡Qué malo! Imagínese que estuvo a punto de acompañarme al baile de máscaras. ¡De veras!
—Estaría embelesado —observé yo—. ¿Y quién no se embelesaría con usted, tan seductora como es?
—¡Déjese de requiebros! Y ahora aguarde, que le voy a tirar un pellizco antes de que se marche. He aprendido a tirar unos pellizcos riquísimos. ¿Eli, qué tal? A propósito: ¿dice usted que Iván Matvéich habló mucho de mí anoche?
—Bueno… Tampoco fue mucho… Le confieso que ahora piensa más en los destinos de la Humanidad y quiere que…
—¡Allá él! No tiene que decirme nada más. Seguro que estará aburridísimo. Tengo que ir a verle. Mañana iré sin falta. Pero, hoy no. Me duele la cabeza y, además, habrá tanta gente… Empezarán a comentar que soy su mujer, me pondrán en evidencia… Adiós. ¿Irá usted allá esta tarde?
—Claro, claro. Me dijo que fuera y le llevara los periódicos.
—Entonces, muy bien. Vaya a verle y a leerle la prensa. Y no necesita tomarse la molestia de pasar hoy por aquí. No me encuentro bien, y también es posible que salga de visita. Bueno, adiós, picarón.
«Eso es que el moreno vendrá a verla esta tarde», me dije.
En la oficina, como es natural, disimulé las preocupaciones y los tremendos afanes que me devoraban. Sin embargo, pronto advertí que algunos de los periódicos más progresistas pasaban aquella mañana con particular rapidez de mano en mano de mis colegas y eran leídos con extraordinaria atención. El primero que llegó a mis manos fue *La Hoja*, periódico sin gran importancia ni orientación definida, simplemente humanista en rasgos generales, circunstancia por la cual era más bien desdeñado entre nosotros, aunque lo leíamos. Bastante sorprendido, allí leí lo siguiente.
«Ayer se difundieron ciertos rumores por nuestra vasta capital, ornada de magníficos edificios. El señor N., famoso gastrónomo de la alta sociedad, probablemente hastiado de la cocina de Borel, así como del club que frecuenta, penetró en el establecimiento del Pasaje donde se exhibe un tremendo cocodrilo, recién traído a la capital, y pidió que se lo prepararan para la cena. Una vez cerrado el trato con el dueño del animal, se puso a devorarlo allí mismo (no al dueño, claro, que es un alemán muy pacífico y meticuloso, sino a su cocodrilo) vivo, cortando sabrosas tajadas con su navajita y engulléndolas con extraordinaria celeridad. Poco a poco desapareció todo el cocodrilo en aquel buche sin fondo del insaciable comensal, que aún se mostró dispuesto a emprenderlas con un

icneumón, compañero habitual del cocodrilo, pensando probablemente que sería igual de sabroso. Nosotros no tenemos nada en contra del nuevo producto en cuestión, famoso hace ya mucho tiempo entre los gastrónomos extranjeros. Incluso lo habíamos previsto ya. Los lores y los viajeros ingleses pescan en Egipto bancos enteros de cocodrilos y consumen el lomo de este monstruo en filetes, con mostaza, cebolla y patatas. Los franceses, que llegaron allá con De Lesseps, prefieren las patas asadas entre las brasas. En realidad, lo hacen para llevarle la contraria a los ingleses, que a su vez se burlan de ellos. Lo más probable es que en nuestro país sean apreciadas ambas cosas. Por nuestra parte, celebramos la aparición de esta nueva rama de la industria, de la que carece esencialmente nuestra recia y variada patria. Después de este primer cocodrilo desaparecido en el estómago de un gastrónomo de San Petersburgo, es posible que antes de un año los importemos a cientos. Además, ¿por qué no aclimatar al cocodrilo aquí, en Rusia? Si el agua de Nevá resulta demasiado fría para tan interesantes animales de otras tierras, en la capital tenemos estanques y extramuros hay ríos y lagos. ¿Por qué no criar cocodrilos, digamos, en Pargólovo o en Pávlovsk? En cuanto a Moscú, están los estanques de la Presnia y del Samotiok. Además de proporcionar un alimento grato y saludable a nuestros refinados gastrónomos, podrían servir de distracción a las señoras que suelen pasear junto a dichos estanques, así como de viviente lección de Historia Natural a los niños. Con la piel de los cocodrilos se podría fabricar estuches, maletas, pitilleras y carteras, y es posible que más de uno de esos mugrientos billetes de mil rublos, predilectos de los comerciantes, se viera también entre tapas de piel de cocodrilo. Esperamos volver más de una vez a un tema tan interesante.»

Aunque algo por el estilo preveía yo, me dejó confuso el poco fundamento de la noticia. No sabiendo con quién compartir mis impresiones, me fijé en Prójor Sávich, sentado frente a mí, y entonces advertí que llevaba un rato observándome y tenía entre las manos un número de *El Cabello*, aparentemente con el propósito de entregármelo. Sin una palabra, tomó *La Hoja* que yo le tendía y, al pasarme a mí *El Cabello*, señaló con un fuerte uñetazo el artículo sobre el que deseaba llamar mi atención. Este Prójor Sávich es un hombre de lo más extraño: viejo y callado solterón, no mantenía trato con ninguno de nosotros, apenas hablaba con nadie en la oficina, siempre tenía su opinión acerca de todas las cosas, pero no se permitía compartirla con nadie. Vivía solo. Casi ninguno de nosotros había estado en su casa.

Véase lo que leí en el lugar señalado de *El Cabello*.

«De todos es sabido que nosotros somos progresistas y humanitarios y que en este aspecto queremos seguir la marcha de Europa. Sin embargo, pese a todos nuestros afanes y a los esfuerzos de nuestro periódico, estamos lejos de haber "madurado" como lo demuestra un hecho repugnante ocurrido ayer en el Pasaje y que nosotros habíamos pronosticado ya. Un propietario extranjero llega a la capital trayendo un cocodrilo que empieza a exhibir al público en el Pasaje. Nosotros nos apresuramos a saludar inmediatamente la aparición de esta nueva rama de una industria útil, de la que carece nuestra robusta y variada patria. Pero ayer, a las cuatro y media de la tarde, se presenta de pronto en el establecimiento del empresario extranjero un hombre extraordinariamente obeso, borracho, que paga su entrada y, a renglón seguido, sin previo aviso, se mete en las fauces del cocodrilo que, como es natural, no tuvo más remedio que tragárselo, aunque sólo fuera por instinto de conservación, para no asfixiarse.

Nada más sumirse en el interior del cocodrilo, el desconocido se durmió. No le produjeron el menor efecto los gritos del empresario extranjero, ni los gemidos de sus aterrados feudos ni las amenazas de llamar a la policía. Desde dentro del cocodrilo sólo se escuchaban carcajadas y la promesa de hacer uso del látigo (sic), mientras el pobre mamífero, obligado a tragarse semejante mole, vertía inútiles lágrimas. "Un huésped importuno es peor que un invasor", dice el proverbio ruso; pero, a pesar de ello, el desaprensivo visitante no quiere salir. No atinamos a explicar hechos tan bárbaros, que demuestran nuestra inmadurez y nos ponen en evidencia a ojos de los extranjeros. ¡Buena aplicación ha encontrado la audacia rusa! ¿Qué buscaría ese importuno huésped? ¿Un alojamiento abrigado y confortable? Pero en nuestra capital existe gran número de magníficas casas con apartamentos baratos y sumamente cómodos, que tienen agua traída del Nevá, luz de gas en la escalera e incluso portero muchas veces. También llamamos la atención de nuestros lectores sobre la barbarie de ese trato para con un animal doméstico: como es natural, al cocodrilo forastero le resulta difícil digerir semejante mole de golpe y ahora yace, esperando la muerte, hinchado como una montaña, en medio de insoportables sufrimientos. En Europa, la Justicia persigue desde hace mucho tiempo a quienes dan un trato inhumano a los animales domésticos. Pero nosotros, a pesar del alumbrado a la europea, de las aceras a la europea y de las casas edificadas a la europea, nosotros hemos de tardar todavía mucho en desprendernos de nuestros sempiternos prejuicios.

Las casas son nuevas, pero los prejuicios viejos… con la particularidad de que tampoco son nuevas las casas, o por lo menos las escaleras. Hemos aludido va varias veces en nuestro periódico a que en la Peterbúrgskaia, en casa del comerciante Lukiánov, los peldaños de la escalera de madera están podridos, algunos incluso rotos, constituyendo desde hace ya tiempo un peligro para la sirvienta que tiene —Afimia Skapidórova, esposa de un soldado—, obligada a subir a menudo dicha escalera llevando cubos de agua o brazadas de leña. Nuestros pronósticos se han cumplido finalmente: ayer, a las ocho y media de la noche, Afimia Skapidórova se desplomó, cargada con una sopera, y se fracturó una pierna. Ignoramos si Lukiánov reparará ahora la escalera —el ruso no escarmienta fácilmente—, pero la víctima de la desidia rusa ha sido ingresada en un hospital. Tampoco nos cansaremos de afirmar que los porteros de la Víborgskaia, cuando barren las aceras de madera, no deben manchar el calzado de los transeúntes, sino que deben dejar la basura en montoncitos, como se hace en Europa…»

Y así sucesivamente.

—Pero, ¿qué es esto? —proferí mirando con cierta estupefacción a Prójor Sávich—. ¿Qué significa?

—¿A qué se refiere?

—¡Por Dios santo! En lugar de compadecerse del pobre Iván Matvéich, se compadecen del cocodrilo.

—¿Y qué importa? Nos compadecemos de un animal, incluso de un *mamífero*. ¿Tenemos algo que envidiar a Europa? ¿No sienten también allí mucha compasión por los cocodrilos? ¡Ji, ji, ji!

Dicho lo cual, el estrambótico Prójor Sávich volvió a meter la nariz en sus papeles y no pronunció ya ni una palabra más.

Me guardé *El Cabello* y *La Hoja* en el bolsillo, reuní también, para distraer aquella tarde a Iván Matvéich, todos los números atrasados que puede encontrar y, aunque tenía mucho tiempo por

delante, aquel día me escabullí de la oficina antes de la hora para pasarme un rato en el Pasaje y, aunque fuera de lejos, contemplar lo que allí ocurría y escuchar los comentarios y juicios diversos. Previendo que habría gran gentío, me embocé bien con el cuello del capote porque me sentía un poco avergonzado. Y es que estamos tan poco habituados a la publicidad… Pero, noto que, ante un suceso tan extraordinario y original, no tengo derecho a comentar mis prosaicas sensaciones personales.

Lázaro

Leonid Andréiev

I

Cuando Lázaro salió del sepulcro donde se había hallado durante tres días y tres noches bajo el misterioso poder de la muerte y regresó vivo a casa, nadie notó, al principio, las siniestras particularidades que, con el tiempo, hicieron que causara espanto incluso su nombre. Rebosantes de luminoso júbilo por su retorno a la vida, familiares y amigos le rodeaban constantemente de atenciones y saciaban su ávida solicitud con los afanes por procurarle comida, bebida y ropas nuevas. Le vistieron suntuosamente con los vivos colores de la esperanza y la risa y cuando él, semejante a un desposado con atuendo nupcial, volvió a sentarse con ellos a la mesa y de nuevo bebió y de nuevo comió, ellos vertieron lágrimas de ternura y llamaron a los vecinos para que contemplaran al que había resucitado milagrosamente. Acudían los vecinos, y se alegraban, conmovidos; acudían desconocidos de ciudades y pueblos lejanos, y con exclamaciones de júbilo expresaban su reverente admiración ante el milagro; como abejas rondaban en torno a la casa de María y Marta.

Y todo lo nuevo que había aparecido en el rostro y en los modales de Lázaro, lo explicaban de manera natural como huella de la grave dolencia y de las conmociones padecidas. Era evidente que la labor destructora de la muerte sobre el cadáver había sido tan sólo detenida, pero no anulada del todo, por el milagroso poder: lo que la muerte tuvo tiempo de hacer con el rostro y sobre el cuerpo de Lázaro era como el dibujo inconcluso de un pintor bajo un fino cristal. Las sienes de Lázaro, las ojeras y el cuenco de las mejillas tenían un denso color azulenco terroso, así como también los largos dedos de las manos, en cuyas uñas, crecidas en la tumba, el azul se tornaba más oscuro, ya cárdeno. Aquí y allá, en los labios y en el cuerpo, se había cuarteado la piel tumefacta, y en esos sitios quedaban finas grietas rojizas, brillantes como salpicadas de mica translúcida. Además, se había vuelto obeso. El cuerpo, hinchado en la tumba, conservaba unas proporciones monstruosas y unas repelentes protuberancias bajo las cuales se adivinaba la hedionda viscosidad de la putrefacción.

Sin embargo, pronto desapareció el olor a cadáver que impregnaba la mortaja de Lázaro y se hubiera dicho que también su cuerpo; de allí a poco se atenuó la lividez de las manos y del rostro y se cicatrizaron en parte las pequeñas grietas rojizas de la piel, aunque nunca llegaron a cerrarse del

todo. Así se presentó a la gente en su segunda vida, pero su aspecto les pareció natural a quienes le habían visto en su lecho mortuorio.
Además del rostro, también el talante de Lázaro parecía cambiado; pero esta circunstancia tampoco sorprendió a nadie ni llamó debidamente la atención. Antes de su muerte, Lázaro había sido siempre un hombre jovial, despreocupado, amigo de la risa y de la burla inocente. Precisamente por esa agradable y sosegada jovialidad, exenta de malicia y de aspereza, le había cobrado tanto afecto el Maestro. Ahora, en cambio, se mostraba serio y taciturno; no bromeaba ni acogía con risas las chanzas de los demás; también las palabras que de tarde en tarde pronunciaba eran las palabras más imprescindibles, tan carentes de significado y enjundia como los sonidos con que un animal expresa el dolor y el contento, la sed y el hambre. Palabras que puede pronunciar un hombre toda la vida sin que nadie llegue a saber nunca cuáles fueron los sufrimientos o las alegrías de su alma.
Así, con la faz de un cadáver sobre el cual la muerte se había enseñoreado en las tinieblas durante tres días, vestido con el suntuoso atuendo nupcial resplandeciente de oro amarillo y de púrpura escarlata, hosco y taciturno, espantosamente distinto y extraño ya, aunque nadie lo hubiera advertido todavía, se sentaba Lázaro a la mesa del festín, entre sus amigos y allegados. El alborozo, en torno suyo, se desplegaba en anchurosas oleadas, unas veces suaves y otras estrepitosas, cálidas miradas de afecto buscaban su rostro, que aún conservaba el frío de la tumba, y la mano tibia de un amigo acariciaba la suya, grávida y azulenca. Sonaba la música. Habían llamado a unos músicos que tocaban alegremente el címbalo y la flauta, la cítara y el *guzli*. Era como si sobre la venturosa morada de María y de Marta zumbaran las abejas, cantaran las chicharras y trinaran los pájaros.

II

Algún incauto levantó el velo. Con el soplo imprudente de una palabra lanzada al azar, alguien rompió el luminoso hechizo y descubrió la verdad en su monstruosa desnudez.
La idea no se había concretado aún en su mente, y ya preguntaban los labios sonriendo:
—¿Por qué no nos cuentas lo que hubo allá, Lázaro?
Y todos enmudecieron, sobrecogidos por la pregunta. Como si sólo entonces cayeran en la cuenta de que Lázaro había estado muerto tres días, le miraban curiosamente en espera de la respuesta. Pero Lázaro callaba.
—¿No quieres contarlo? —se extrañó el que preguntaba—. ¿Tan espantoso ha sido?
Otra vez había quedado su pensamiento a la zaga de las palabras. De lo contrario, no habría formulado una pregunta que, en el mismo instante, hizo que un insoportable espanto oprimiera su

propio corazón. Todos se sintieron inquietos y esperaron ya con angustia las palabras de Lázaro; pero él callaba, fría y severamente, y tenía los ojos gachos. Y de nuevo advirtieron, como por primera vez, la espantosa lividez azulenca del rostro y el repugnante abultamiento. Una de las manos de Lázaro, violácea, yacía sobre la mesa como olvidada por su dueño, y todas las miradas se habían clavado en ella, igual que si de ella esperasen la ansiada respuesta.

Los músicos tocaban aún, pero el silencio acabó llegando también hasta ellos y, lo mismo que el agua apaga las brasas dispersas, así apagó los alegres compases. Enmudeció la flauta; enmudecieron también el sonoro címbalo y el *guzli* susurrante, luego expiró la cítara con una nota trémula y quebrada como si se hubiera roto una cuerda, como si hubiera muerto la propia canción. Y se hizo el silencio.

—Entonces, ¿no quieres? —insistió el que preguntaba, incapaz de frenar su lengua incontinente.

Reinaba el silencio y la mano violácea yacía inmóvil. En esto, se agitó levemente. Todos exhalaron un suspiro de alivio y alzaron los ojos: Lázaro resurrecto los contemplaba fijamente con mirada grávida y terrible que lo abarcaba todo de golpe.

Habían transcurrido tres días desde que Lázaro salió del sepulcro. A partir de aquel momento, muchos habían advertido el nefasto poder de su mirada; pero, ni los que fueron sojuzgados por ella para siempre ni los que hallaron en la fuente prístina de la vida, tan misteriosa como la muerte, la fuerza necesaria para resistirle, ni unos ni otros lograron explicar jamás la tremenda sugestión encerrada en la profundidad de sus negras pupilas. Miraba Lázaro de manera tranquila y sencilla, sin deseo de ocultar nada pero también sin intención de expresar algo: miraba incluso fríamente, como quien siente infinita indiferencia por todo lo vivo. Muchos pasaban a su lado, distraídos, sin fijarse en él; pero más tarde se enteraban, admirados y sobrecogidos, de quién era aquel plácido hombre obeso que les había rozado con el vuelo de sus suntuosas y llamativas vestiduras. El sol no dejaba de brillar cuando él lo miraba, la fuente no cesaba de fluir y el cielo de su tierra natal permanecía límpido y azul, pero quien había caído bajo su mirada misteriosa no escuchaba ya el fluir del agua ni reconocía el cielo natal. Unas veces se ponía a llorar amargamente y otras, desesperado, se mesaba el cabello y suplicaba, enajenado, la ayuda de los demás. Sin embargo, lo más frecuente era que, sereno e indiferente, comenzara a morirse y continuara muriéndose durante años ante los ojos de todos, apático, pálido y mustio como un árbol que se seca silenciosamente sobre un terreno pedregoso. Los primeros, los que gritaban y se debatían, algunas veces volvían a la vida; pero los otros, jamás.

—Entonces, Lázaro, ¿no quieres contarnos lo que viste allá? —repitió por tercera vez el que preguntaba.

Pero su voz era ahora indiferente, apagada, y un denso tedio gris velaba sus ojos. Ese mismo tedio gris, muerto, cubrió todos los demás rostros como si fuera polvo, y los comensales se escrutaban unos a otros con obtuso estupor, incapaces de comprender por qué se habían reunido en torno a la mesa ricamente servida. Cesaron de hablar. Pensaban con abulia que probablemente sería hora de volver a sus casas, pero no lograban superar el indolente y pegajoso aburrimiento que debilitaba sus músculos, y continuaban sentados, ajenos los unos a los otros, semejantes a débiles lucecillas esparcidas por un campo nocturno.

Sin embargo, los músicos habían sido pagados para que tocaran; volvieron, pues, a tomar sus instrumentos y de nuevo fluyeron y saltaron los compases, estudiadamente tristes, estudiadamente alegres. En ellos se desplegaba la armonía de siempre, pero los comensales la escuchaban sorprendidos: no sabían qué falta hacía aquello ni por qué debían los músicos rasguear las cuerdas o hinchar los carrillos para soplar en sus flautas, produciendo un extraño ruido polifónico.

—¡Qué mal lo hacen! —dijo alguien.

Ofendidos, los músicos se marcharon. Tras ellos se dispersaron también los comensales uno por uno, ya que se había hecho de noche. Cuando se vieron envueltos en la apacible tiniebla, cuando empezaron a respirar más fácilmente, a cada uno se le apareció de pronto la imagen de Lázaro con un halo pavoroso: el rostro lívido del cadáver, la suntuosa y brillante indumentaria nupcial y la mirada fría, que en el fondo conservaba un quieto terror. Estaban como petrificados, aquí y allá, rodeados por sombras, y en las sombras adquiría creciente nitidez la tremenda visión, la imagen sobrenatural de aquel que durante tres días se había hallado bajo el misterioso poder de la muerte. Tres días estuvo muerto; tres veces salió y se puso el sol, y él estaba muerto; los niños jugaban, el agua de los torrentes rumoreaba entre las piedras, la cálida polvareda se arremolinaba sobre el camino, y él estaba muerto. Y ahora se hallaba de nuevo entre los hombres, los tocaba, los miraba: ¡los miraba! Y a través de los pequeños círculos negros de sus pupilas, como a través de cristales oscuros, contemplaba a los hombres el inescrutable más allá.

III

Nadie se preocupaba ya de Lázaro, no le quedaban parientes ni amigos, y el vasto desierto que abrazaba la ciudad santa llegó hasta el umbral de su vivienda. El desierto entró en la casa, se tendió sobre el lecho de Lázaro como una esposa y apagó el fuego del hogar. Nadie se preocupaba de Lázaro. Una tras otra, se marcharon María y Marta, sus hermanas. Marta se había resistido a abandonarle, preguntándose quién le alimentaría y le compadecería luego: lloraba y rezaba.

Pero una noche, mientras el viento galopaba por el desierto y los cipreses se doblaban, silbando, sobre el tejado, se vistió con sigilo y con sigilo se alejó. Lázaro oiría probablemente el ruido de la puerta y luego, al quedar mal encajada, su golpeteo bajo las ráfagas de viento; pero, no se levantó, no salió ni fue a mirar. Toda la noche, hasta por la mañana, zumbaron sobre su cabeza los cipreses y batió lastimeramente la puerta dejando entrar a bocanadas el aterido desierto que husmeaba ávidamente por todas partes. Todos le rehuían como a un leproso, y como a un leproso querían colgarle del cuello una campanilla para evitar a tiempo un encuentro con él. Pero alguien habló,

palideciendo, de lo terrible que sería escuchar por la noche la campanilla de Lázaro al pie de la ventana, y todos, perdiendo también el color, estuvieron de acuerdo con él.

Ya que no se preocupaba de sí mismo, quizá se hubiera muerto Lázaro de hambre si los vecinos, impelidos por un vago temor, no se hubieran encargado de procurarle comida. Se la hacían llegar por los chiquillos, que no le temían, pero tampoco se burlaban de él como en su inconsciente crueldad suelen reírse de todos los desgraciados. Si ellos se mostraban indiferentes hacia él, Lázaro les pagaba con idéntica indiferencia: no experimentaba el deseo de acariciar una cabecita morena ni de asomarse a unos ojos ingenuos y brillantes. La casa de Lázaro iba derrumbándose bajo el poder del tiempo y del desierto, y hacía mucho que sus cabras, famélicas y balantes, habían buscado refugio en casas vecinas. Su atuendo nupcial tenía un aspecto lamentable. Desde que se lo puso, el fausto día en que vinieron los músicos, no se lo había quitado ni cambiado, como si para él no existiera diferencia entre lo nuevo y lo viejo, entre lo roto y lo intacto. Habían palidecido los vivos colores, apagados por el sol, y el delicado tejido quedó reducido a jirones por los rabiosos perros de la ciudad y las matas espinosas del desierto.

De día, cuando el sol implacable se convertía en asesino de todo lo viviente, e incluso los escorpiones se metían debajo de las piedras y allí se retorcían, presa del loco deseo de morder, él permanecía sentado, inmóvil, bajo los rayos ardientes, levantando hacia arriba el rostro lívido y la hirsuta barba salvaje.

Cuando la gente le dirigía todavía la palabra, le preguntaron una vez:

—¡Pobre Lázaro! ¿Te gusta estar sentado aquí mirando al sol?

Y él contestó:

—Sí. Me gusta.

«Probablemente, fue tanto el frío de Ja tumba durante esos tres días y tan profunda la oscuridad, que no existen sobre la tierra calor ni luces bastantes para devolver el calor a Lázaro y para iluminar la sombra de sus ojos», pensó el que había hecho la pregunta. Y se alejó con un suspiro.

Cuando el disco de púrpura incandescente declinaba sobre la tierra, Lázaro salía al desierto y caminaba en línea recta hacia el sol como si quisiera darle alcance. Siempre iba en la dirección del sol, y cuantos trataron de seguirle en su camino y enterarse de lo que hacía Lázaro de noche en el desierto conservaban en la mente una visión imborrable: la silueta negra de un hombre alto y obeso sobre el fondo rojo de un enorme disco encendido. La noche los ahuyentaba, con sus terrores, y no llegaban a enterarse de lo que hacía Lázaro en el desierto; pero la imagen negra sobre rojo se les grababa al fuego en el cerebro y no se desvanecía. Lo mismo que un animal se frota frenéticamente el hocico con las patas cuando se le ha metido algo en los ojos, así se restregaban ellos estúpidamente los párpados; pero la huella dejada por Lázaro era imborrable. Quizá no habría podido hacerla desaparecer nada más que la muerte. Sin embargo, había gente que vivía lejos, que no había visto nunca a Lázaro y sólo había oído hablar de él. Con atrevida curiosidad más fuerte que el temor y alimentada por el propio temor, con remota burla en el ánimo, iban hasta donde estaba sentado al sol y se ponían a hablarle. El aspecto de Lázaro había mejorado un poco por entonces y no era ya tan espantoso. Al pronto, esas gentes sacudían los dedos y pensaban con reprobación en la estupidez de los habitantes de la ciudad santa. Pero cuando terminaba el breve coloquio y ellos emprendían el

regreso a sus casas, era tal su aspecto que los habitantes de Jerusalén los reconocían al instante y comentaban:

—Otro loco a quien ha mirado Lázaro —y llenos de compasión chascaban los dedos y elevaban los brazos al cielo.

Con gran estrépito de armas, llegaban valerosos guerreros que desconocían el miedo; llegaban alegres jóvenes entre canciones y risas; acudían por un instante graves hombres de negocios haciendo sonar las monedas; altivos sacerdotes del Templo dejaban sus báculos a la puerta de Lázaro. Pero, ninguno regresaba como había llegado: una idéntica sombra aterradora caía inevitablemente sobre sus almas y prestaba un aspecto nuevo al viejo mundo conocido.

Los que aún conservaban el deseo de hablar expresaban así sus sensaciones:

Todos los objetos visibles para los ojos y palpables para el tacto se volvían ligeros, huecos y transparentes; se volvían semejantes a sombras claras en la tiniebla de la noche; y es que la inmensa oscuridad que envuelve el universo no estaba iluminada por el sol, la luna ni las estrellas, sino que abrigaba a la tierra con un infinito velo negro, la abrazaba como una madre; penetraba en todos los cuerpos, en el hierro y en la piedra; y las partículas de esos cuerpos se tornaban solitarias al perder su vínculo; penetraba en la profundidad de las partículas y se tornaban solitarias las partículas de las partículas, porque el gran vacío que envuelve el universo no era colmado por nada visible, ni por el sol, ni por la luna ni por las estrellas, sino que reinaba ilimitadamente, penetraba en todas partes, lo desintegraba todo: un cuerpo de otro cuerpo y unas moléculas de otras moléculas; los árboles extendían sus raíces en el vacío, y ellos también estaban vacíos; en el vacío se alzaban los templos, los palacios y las casas, amenazando con un espectral derrumbamiento, y ellos mismos estaban vacíos; en el vacío se movía inquietamente el hombre, vacío y liviano él mismo como una sombra; porque el tiempo había dejado de existir y el comienzo de cada cosa se juntaba con su final: apenas se había levantado un edificio, los constructores golpeaban todavía con los martillos, cuando ya se divisaban sus ruinas, y el vacío en el lugar de las ruinas; apenas había nacido una criatura cuando sobre su cabeza se encendían ya los cirios mortuorios, cuando ya se apagaban y cuando se hacía ya el vacío en el lugar de la criatura y de los cirios mortuorios; y el hombre, envuelto en el vacío y la oscuridad, temblaba sin esperanza ante el horror infinito.

Así decían los que aún sentían ganas de hablar. Pero probablemente habrían podido decir mucho más los que no querían hablar y morían en silencio.

IV

Por entonces vivía en Roma un célebre escultor. Con barro, con mármol y con bronce había creado cuerpos de dioses y de hombres, infundiéndoles tan divina belleza que todos la reputaban por inmortal. Sin embargo, el escultor estaba descontento de sus obras y afirmaba que algo más había, realmente bellísimo, que él no podía plasmar ni en mármol ni en bronce.

—No he recogido aún el resplandor de la luna —decía— ni me he embriagado aún con la luz del sol, y no tiene alma mi mármol ni mi hermoso bronce tiene vida.

Y cuando, en las noches la luna, vagaba lentamente por el camino, envuelto en su blanca toga, pisando las sombras negras de los cipreses, los que se cruzaban con él reían amistosamente y decían:

—¿Vas a recoger la luz de la luna, Aurelio? ¿Por qué no llevas una cesta?

Él señalaba sus ojos, riendo también:

—Éstas son las cestas donde recojo la luz de la luna y el fulgor del sol.

Y era verdad: brillaba la luna en sus ojos y el sol resplandecía en ellos; pero no podía trasladarlos al mármol, y ése era el luminoso tormento de su vida.

Descendía de antiguo linaje patricio, tenía esposa buena y varios hijos y no carecía de nada.

Cuando llegó hasta sus oídos el vago rumor acerca de Lázaro, consultó con su mujer y sus amigos y emprendió la larga jornada hacia Judea para ver al hombre milagrosamente resucitado. Por aquellos días andaba algo aburrido y con el viaje esperaba reanimar un poco su atención fatigada. No le asustaba lo que le habían contado de Lázaro: había meditado mucho sobre la muerte, y no le agradaba, pero tampoco le agradaban los que la confundían con la vida. «A este lado, la vida, tan bella; al otro lado, la muerte misteriosa —reflexionaba—, y el hombre no puede idear nada mejor que, mientras vive, gozar de la vida y de la belleza de lo creado.» Alimentaba incluso cierto ambicioso deseo: persuadir a Lázaro de la validez de su opinión y volver su alma a la vida como había sido devuelto su cuerpo. El empeño le parecía tanto más fácil por cuanto los rumores sobre el resucitado, medrosos y extraños, no repetían toda la verdad acerca de él, y sólo prevenían vagamente contra algo aterrador.

Lázaro estaba a punto de levantarse de la piedra y seguir al sol que declinaba en el desierto cuando se le acercó el rico romano, a quien escoltaba un esclavo armado, y le interpeló con voz sonora:

—¡Lázaro!

Entonces vio Lázaro el hermoso y altivo rostro iluminado por la gloria, las espléndidas vestiduras, las piedras preciosas centelleando al sol. Los rayos rojizos prestaban a la cabeza y al rostro el brillo mate del bronce; Lázaro lo advirtió también. Quedó dócilmente sentado en su sitio y agachó los ojos, agobiado.

—La verdad es que eres feo, mi pobre Lázaro —dijo con calma el romano jugueteando con su cadena de oro—; eres incluso espantoso, mi pobre amigo. La muerte no anduvo perezosa el día en que caíste imprudentemente en sus manos. Pero, estás gordo como un tonel y los hombres gordos no son malvados, decía el gran César, y yo no atino a comprender por qué te tiene tanto miedo la gente. ¿Puedo quedarme en tu casa esta noche? Es tarde ya, y no tengo albergue.

Nadie le había pedido todavía a Lázaro que le hospedara una noche.

—No tengo lecho que ofrecerte —contestó.

—Yo soy un poco guerrero, conque puedo dormir sentado —objetó el romano—. Encenderemos

lumbre…
—No tengo lumbre.
—Entonces, charlaremos en la oscuridad como dos amigos. Supongo que tendrás un poco de vino.
—No tengo vino.
El romano rió:
—Ahora comprendo por qué estás tan huraño y no te gusta tu segunda vida. ¡No tienes vino! Bueno, pues nos pasaremos sin él. Hay discursos que se suben a la cabeza tanto como el falerno.
Despidió al esclavo con un gesto y se quedaron solos. El escultor volvió a hablar, pero se hubiera dicho que con el sol declinante escapaba la vida de sus palabras, que se tornaban pálidas y hueras, parecían vacilar sobre piernas inseguras, hasta resbalar y caer, ebrias de un vino de pesares y desesperanza. Entre ellas quedaban negros intervalos como remotas alusiones al gran vacío y a la gran tiniebla.
—Ahora soy tu huésped y no me ofenderás, Lázaro —dijo—. La hospitalidad es un deber incluso para quien permaneció tres días muerto. Porque me han dicho que tú permaneciste tres días en el sepulcro. Haría mucho frío… y allí tomarías esa mala costumbre de prescindir del fuego y del vino. Pues, a mí me gusta el fuego; aquí oscurece tan pronto… Tienes unas líneas muy interesantes de la frente y de las cejas: se diría las ruinas de algunos palacios cubiertas de cenizas después de un terremoto. Pero, ¿por qué llevas ropas tan feas y extrañas? He visto a desposados en vuestro país y se ponen una indumentaria parecida, tan ridícula, tan horrible… Dime, ¿eres tú acaso un desposado?
El sol se había puesto ya, una sombra gigantesca acudió desde Oriente como si unos enormes pies descalzos hicieran crujir la arena, y el soplo de una rauda carrera bañó de frío sus espaldas.
—En la oscuridad pareces aún más voluminoso, Lázaro, igual que si hubieras engordado en estos minutos. ¿Te alimentas acaso de las tinieblas? Pues, a mí me gustaría que hubiera fuego, aunque fuese pequeño, sí, aunque fuese un fuego pequeño. Y siento un poco de frío. Tenéis aquí unas noches tan bárbaramente frías… Si no estuviera tan oscuro, yo diría que me estás mirando, Lázaro. Sí, me parece que me miras… Porque estás mirándome, lo noto. Y ahora te has sonreído. Había llegado la noche, y el aire se saturó de densa oscuridad.
—¡Qué gusto cuando vuelva a salir el sol mañana!… Ya sabrás que soy un gran escultor: así dicen mis amigos. Soy un creador; sí, lo que hago se llama crear, pero se precisa la luz del día para eso. Doy vida al mármol frío y fundo el bronce sonoro sobre el fuego vivo, sobre el fuego ardiente… ¿Por qué me tiendes la mano?
—Vamos —dijo Lázaro—. Eres mi huésped.
Y entraron en la casa. Y la larga noche se extendió sobre la tierra.
Como tardaba en regresar su señor, el esclavo fue en su busca cuando el sol estaba ya alto. Y bajo los rayos ardientes los vio sentados a los dos, a Lázaro y a su señor, el uno junto al otro; miraban hacia lo alto y callaban. El esclavo rompió a llorar y gritó con voz recia:
—¡Señor! ¿Qué te ocurre? ¡Señor!
Aquel mismo día emprendió Aurelio el regreso a Roma. Durante el viaje entero estuvo ensimismado y taciturno, observándolo atentamente todo —la gente, el barco y el mar—, como si se esforzara por grabar algo en su mente. En el mar les sorprendió una fuerte tempestad, y todo el tiempo que duró

permaneció el escultor sobre cubierta mirando ávidamente las olas que se encrespaban y se venían abajo. En casa, sus familiares se asustaron al ver el terrible cambio operado en él, pero él los tranquilizó diciendo significativamente:

—Lo he encontrado.

Y se puso al trabajo, con las vestiduras sucias que no se había cambiado en todo el viaje, y el mármol resonó dócilmente bajo los golpes sordos del martillo. Trabajó larga y ávidamente, sin dejar que entrara nadie, hasta que finalmente anunció una mañana que la obra estaba lista y mandó llamar a los amigos, rigurosos apreciadores y entendidos en arte.

Mientras los esperaba, se vistió con magníficas ropas de fiesta, amarillas del oro y rojas de la púrpura.

—Esto es lo que he creado —dijo meditabundo.

Sus amigos contemplaron la obra, y una sombra de profunda tristeza veló sus rostros.

Era algo monstruoso, carente de cualquiera de las formas habituales al ojo humano, aunque no dejaba de dar la ilusión de una imagen nueva, ignota. Sobre una pequeña rama retorcida —o su remedo monstruoso— se asentaba, también de manera retorcida y extraña, una mole ciclópea, informe, atormentada, de un algo vuelto hacia dentro, de un algo vuelto hacia fuera, de feroces aristas que en vano intentaban huir de sí mismas. Y, por casualidad, debajo de uno de esos salientes que clamaban de modo feroz descubrieron una mariposa primorosamente cincelada cuyas alas translúcidas parecían estremecidas en un impotente anhelo de volar.

—¿Qué significa esta divina mariposa, Aurelio? —preguntó alguien indeciso.

—No lo sé —contestó el escultor.

Sin embargo, era preciso decir la verdad. Y uno de los amigos, el que mayor afecto profesaba a Aurelio, afirmó rotundamente:

—¡Esto es horrible, mi pobre Aurelio! Hay que destruirlo. Dame el martillo.

Y, de dos martillazos, desbarató la monstruosa mole, dejando tan sólo la mariposa primorosamente esculpida.

Desde entonces, Aurelio no creó ya nada más. Contemplaba con profunda indiferencia el mármol y el bronce, así como todas sus divinas creaciones anteriores, plasmación de la belleza inmortal. Con la esperanza de devolverle su antiguo ardor por el trabajo y despertar su ánimo apagado, le llevaban a ver hermosas obras de otros artistas; pero él permanecía igual de indiferente, y la sonrisa no entibiaba su boca prieta. Y sólo cuando le hablaban mucho y largamente de la belleza, objetaba con voz cansina y lánguida:

—Pero, si todo eso es mentira…

Durante el día, cuando alumbraba el sol, salía a su hermoso jardín, trazado con gran arte, buscaba un lugar donde no hubiera sombra y allí exponía a la luz y al calor su cabeza destocada y sus ojos opacos. Revoloteaban las mariposas blancas y rojas, el agua que brotaba de la boca torcida de un sátiro voluptuosamente ebrio caía chapoteando en el pilón de mármol, y Aurelio permanecía sentado, inmóvil, pálido reflejo del que, allá en la lejanía, estaba sentado, igualmente inmóvil, a la misma puerta del desierto pedregoso, bajo un sol de fuego.

V

Y sucedió que Lázaro fue llamado a comparecer ante el gran emperador, ante el divino Augusto.
Lázaro fue vestido suntuosamente con solemne atuendo nupcial, como si el tiempo hubiese dictaminado que hasta su muerte habría de seguir siendo el desposado de una desposada ignota. Era como si hubieran redorado y ornado con nuevas borlas flamantes un viejo ataúd medio podrido, que empezara ya a desbaratarse. Y le condujeron con gran pompa gentes que vestían ropas lujosas y llamativas, como si de verdad se tratara de una comitiva nupcial, y los batidores hacían sonar sus trompetas, pidiendo paso para los emisarios del emperador. Pero los caminos de Lázaro estaban solitarios: todo su país natal maldecía ya el odioso nombre del milagrosamente resurrecto, y la gente se dispersaba a la sola noticia de su nefasta proximidad. Las trompetas de cobre lanzaban sus toques en la soledad, y únicamente el desierto respondía con eco prolongado.
Luego le llevaron por mar en la más elegante y también la más lúgubre nave que jamás se reflejara en las aguas del Mediterráneo. Aunque iba mucha gente a bordo, el barco estaba triste y silencioso como un sepulcro y el agua parecía llorar con desesperanza al lamer la esbelta proa, graciosamente encorvada. Lázaro iba sentado, solitario, presentando al sol la cabeza destocada. Escuchaba el rumor de las olas y callaba mientras los marineros y los emisarios, formando aparte un borroso conjunto de sombras, estaban sentados o tendidos con indolencia y desmayo. Si en aquel momento hubiera resonado un trueno y el viento hubiese arrebatado las velas de púrpura, el barco habría zozobrado probablemente, pues ninguno de los que iban a bordo tenía fuerzas ni deseos de luchar por la vida. Con un supremo esfuerzo, algunos se llegaban hasta la borda y escrutaban ávidamente la sima azul y límpida por ver si no se deslizaba entre las olas el hombro rosado de una náyade o no pasaba al galope, levantando salpicaduras con los cascos, algún centauro locamente alborozado y ebrio. Pero el mar estaba desierto y mudo, y desierto estaba el abismo marino.
Lázaro recorrió con indiferencia las calles de la Ciudad Eterna como si todas sus riquezas, toda la magnificencia de los edificios levantados por titanes, todo el esplendor, la belleza y la armonía de una vida refinada sólo fueran el eco del viento en el desierto, el reflejo de las muertas arenas movedizas. Rodaban los carros veloces, se movían multitudes de hombres fuertes, agraciados y altivos, constructores de la Ciudad Eterna y orgullosos participantes de su vida; sonaban canciones, reían las fuentes y reían las mujeres con su risa perlada; filosofaban los borrachos y los sobrios los escuchaban con una sonrisa. Y los cascos de los caballos repicaban y repicaban sobre las piedras del pavimento. Rodeado de alegre rumor por todas partes, se movía en medio de la ciudad como un frío manchón de silencio un hombre obeso, pesado, sembrando a su paso fastidio, ira y una vaga angustia consuntiva. «¿Quién se atreve a estar triste en Roma?», se indignaban los ciudadanos frunciendo el ceño. A los dos días, toda la parlotera ciudad de Roma estaba enterada de la presencia del milagrosamente resurrecto y sus habitantes le rehuían con temor.
Pero también había allí muchos hombres audaces que querían probar sus fuerzas y Lázaro acudía dócilmente a su temeraria llamada. Ocupado por los asuntos estatales, el emperador aplazó su recepción, y el milagrosamente resurrecto anduvo entre la gente siete días enteros.

Así llegó Lázaro donde un jocoso borracho, y el borracho le acogió con risas de sus labios rojos.
—¡Bebe, Lázaro, bebe! —gritaba—. ¡Lo que se va a reír Augusto cuando te vea borracho!
Y reían las mujeres ebrias, desnudas, y posaban pétalos de rosas sobre las manos azulencas de Lázaro. Pero, fijó el borracho sus ojos en los ojos de Lázaro y concluyó para siempre su alegría. Toda su vida siguió borracho; no bebía ya nada, y sin embargo continuaba borracho, pero en lugar de las faustas ensoñaciones que proporciona el vino, eran pesadillas horribles las que poblaban su desdichada mente. Las horribles pesadillas se convirtieron en el único alimento de su espíritu doliente. Las pesadillas horribles le mantenían día y noche obsesionado con sus engendros monstruosos, y la propia muerte era menos espantosa que sus feroces augurios.
Llegó una vez Lázaro hasta un joven y una doncella que se amaban y eran hermosos en su amor. Abrazando orgullosa y fuertemente a su amada, el joven dijo con suave compasión:
—Míranos, Lázaro, y alégrate con nosotros. ¿Acaso hay nada más poderoso que el amor? Y Lázaro los miró. Y toda la vida siguieron ellos amándose, pero su amor se tornó triste y apagado como los cipreses fúnebres que nutren sus raíces con la podredumbre de los sepulcros y buscan vanamente el cielo con las lanzas de sus copas negras en la apacible hora crepuscular. Arrojados el uno en brazos del otro por la fuerza ignota de la vida, mezclaban los besos con las lágrimas y el placer con el dolor, sintiéndose doblemente esclavos: esclavos dóciles de la vida prepotente y sumisos siervos de la Nada, siniestramente silenciosa. Eternamente unidos y eternamente desunidos, se encendían como chispas y como chispas se apagaban en la oscuridad sin límites.
Llegó Lázaro hasta un orgulloso sabio, y el sabio le dijo:
—Conozco de antemano cuanto de espantoso puedas decirme, Lázaro. ¿Con qué otra cosa me puedes horrorizar?
Sin embargo, no había transcurrido mucho tiempo cuando ya se percató el sabio de que la noción del horror no es todavía horror y de que la visión de la muerte no es todavía la muerte. Y se percató de que la sabiduría y la estupidez son exactamente iguales ante la faz de lo Infinito, ya que lo Infinito las desconoce. Y desapareció la divisoria entre la sabiduría y la ignorancia, entre la verdad y la mentira, entre lo de arriba y lo de abajo, y su pensamiento informe quedó flotando en el vacío. Entonces se llevó las manos a su cabeza canosa y gritó frenéticamente:
—¡No puedo pensar! ¡No puedo pensar!
Así perecía, bajo la mirada apática del milagrosamente resurrecto, todo lo que es afirmación de la vida, de su espíritu y sus alegrías. La gente empezó a decir que era peligroso dejarle llegar hasta el emperador, que más valía matarlo y, después de enterrarlo, en secreto, decirle al emperador que se había marchado nadie sabía adónde. Ya sacaban filo a las espadas, y jóvenes leales al bien del pueblo se preparaban ya abnegadamente para hacer de asesinos, cuando Augusto ordenó la comparecencia de Lázaro para la mañana siguiente, desbaratando así los crueles propósitos.
Ya que no era posible eliminar totalmente a Lázaro, quisieron al menos mitigar la penosa impresión que causaba su rostro. Con este fin, juntaron a barberos y artistas habilidosos que se afanaron toda la noche en torno a la cabeza de Lázaro. Recortaron la barba y la rizaron, dándole un aire más aseado y presentable. Eliminaron con afeites la lividez cadavérica de las manos, blanqueándolas, y de las mejillas aplicándoles colorete. Las arrugas repelentes con que los sufrimientos habían surcado su

rostro senil fueron rellenadas, estucadas, borradas del todo, y sobre aquel fondo liso trazaron hábilmente con pinceles muy finos las arrugas que imprimen la risa jovial y la alegría sana y benévola.

Lázaro se sometía con indiferencia a todas aquellas manipulaciones, y pronto quedó convertido en un anciano de buen ver, grueso por naturaleza, en un sosegado y afable abuelo de numerosos nietos que aún conservaba en los labios la sonrisa con que había contado alguna historia divertida y, en las comisuras de los ojos, una plácida ternura senil. Pero, no se atrevieron a despojarle de su atuendo nupcial; pero no pudieron cambiarle los ojos, cristales oscuros y extraños a través de los cuales contemplaba a los hombres el inescrutable más allá.

VI

El esplendor de los aposentos imperiales no impresionó a Lázaro. Al pasar miraba, y no miraba, con tanta indiferencia como si no hiciese distinción entre su casa derrumbada, hasta donde había llegado el desierto, y el bello y sólido palacio de piedra. Y, bajo sus pies, el firme mármol de los suelos se asemejaba a las arenas movedizas del desierto, y la multitud de arrogantes personajes magníficamente vestidos se asemejaba al vacío del aire bajo sus miradas. Nadie le miraba a la cara por temor al terrible maleficio de sus ojos, pero cuando el rumor de su pesado caminar indicaba a los presentes que había pasado ya por delante de ellos, levantaban la cabeza y observaban con medrosa curiosidad la elevada silueta del anciano obeso, algo encorvado, que se adentraba pausadamente en el corazón mismo del palacio imperial. De haber sido la propia muerte la que pasara, no les habría causado mayor sobresalto a las gentes, pues hasta entonces había sucedido que sólo los muertos conocían la muerte mientras que los vivos conocían sólo la vida, y no había ningún puente entre una y otra. En cambio, aquel hombre extraordinario conocía la muerte, y ese maldito conocimiento suyo era misterioso y terrible. «Matará a nuestro gran Augusto, a nuestro divino Augusto», pensaban las gentes con terror, y lanzaban estériles maldiciones en seguimiento de Lázaro que continuaba avanzando y adentrándose más y más.

También César estaba enterado de quién era Lázaro y se había preparado para el encuentro con él. Pero era hombre valeroso, tenía consciencia de su tremenda fuerza invencible y no quiso respaldarse en el débil apoyo de los hombres para su duelo fatal con el milagrosamente resurrecto. Recibió a Lázaro a solas, cara a cara los dos.

—No alces tu mirada hacia mí, Lázaro —ordenó al recién llegado—. He oído decir que tu cabeza es como la cabeza de la Medusa y conviertes en piedra a todo el que miras. Pero, yo quiero mirarte a ti

bien y hablar contigo antes de convertirme en piedra —añadió el emperador con zumba no exenta de temor.
Acercándose a Lázaro, observó atentamente su rostro y el extraño atuendo de fiesta. Y cayó en la trampa del habilidoso retoque, a pesar de su mirada aguda y perspicaz.
—Bueno, pues a primera vista no pareces tan terrible, respetable anciano. Pero, cuando lo terrible adopta un aire tan respetable y grato, tanto peor para la gente. Ahora, vamos a hablar.
Augusto tomó asiento y entabló el diálogo, interrogando tanto con la mirada como con las palabras:
—¿Por qué no me has saludado al entrar?
Lázaro contestó con indiferencia:
—No sabía que fuera necesario.
—¿Eres cristiano?
—No.
Augusto aprobó con la cabeza.
—Eso está bien. A mí no me agradan los cristianos. Sacuden el árbol de la vida sin darle tiempo a cubrirse de frutos y esparcen al viento sus flores olorosas. Pero, entonces, ¿quién eres tú?
—He sido un muerto —respondió Lázaro con cierto esfuerzo.
—Lo he oído decir. Pero, ¿quién eres ahora?
Lázaro tardó en contestar, y al fin repitió, indiferente y opacamente:
—He sido un muerto.
—Escúchame, desconocido —profirió el emperador, exponiendo clara y severamente lo que ya tenía pensado decir: mi reino es un reino de seres vivos y mi pueblo es un pueblo de seres vivos y no de muertos. Y tú sobras aquí. No sé quién eres, no sé lo que habrás visto allá; pero, si mientes, yo odio tu mentira y si dices la verdad, yo odio tu verdad. En mi pecho siento el palpitar de la vida, en mis manos siento la fuerza y mis soberbios pensamientos circunvolan el espacio igual que águilas. Y allá, detrás de mis espaldas y bajo la protección de mi poder, al amparo de leyes que yo he dictado, viven, trabajan y gozan las gentes. ¿Captas tú esa divina armonía de la vida? ¿Captas tú ese grito de guerra que lanzan las gentes al porvenir retándolo a la lucha?
Augusto extendió los brazos en gesto de oración y exclamó solemnemente:
—¡Bendita seas tú, grande y divina vida!
Pero Lázaro callaba, y el emperador prosiguió con recalcado rigor:
—Tú sobras aquí. Mísero despojo que la muerte no acabó de devorar, inspiras a las gentes angustia y repulsión a la vida; tú, como la oruga en los campos, roes la espiga granada de la alegría y expeles la baba de la desesperanza y del pesar. Tu verdad es como una espada roñosa en manos de un asesino nocturno. Y como a un asesino te haré ajusticiar. Pero antes quiero mirar tus ojos. Es posible que sólo inspiren temor a los cobardes y en el valiente despierten el ansia de combatir y de vencer: en ese caso, eres digno de una recompensa y no del ajusticiamiento… ¡Mírame, pues, Lázaro!
En el primer instante le pareció al divino Augusto —tan suave, tierna y fascinante era la mirada de Lázaro— que era un amigo quien le contemplaba. No auguraba terror sino una dulce calma, y lo Infinito se le aparecía como una tierna amante, una hermana compasiva o una madre. Pero el tierno abrazo de lo Infinito iba estrechándose más, y ya le faltaba el aliento a la boca ávida de besos, y a

través del suave tejido del cuerpo despuntaba ya el hierro de los huesos formando un cíngulo férreo y las uñas romas y frías de alguien rozaron el corazón y se hundieron blandamente en él.
—Me duele —dijo el divino Augusto palideciendo—. Pero, mira, Lázaro, ¡mira!
Fue como si se abriera lentamente una pesada puerta cerrada durante siglos y, a medida que se ensanchaba la abertura, se deslizase fría y pausadamente el tremendo horror de lo Infinito. Igual que dos sombras penetraron el vacío inabarcable y la inabarcable oscuridad y apagaron el sol, y se llevaron la tierra de debajo de los pies, y se llevaron el tejado de encima de la cabeza. Y el corazón, convertido en hielo, dejó de doler.
—¡Mira, Lázaro, mira! —ordenó Augusto tambaleándose.
El tiempo se detuvo y el comienzo y el final de cada cosa se aproximaron terriblemente. Recién erigido, ya se había derrumbado el trono de Augusto, y el vacío ocupaba ya el lugar del trono y de Augusto. Sin ruido se desmoronó Roma y una nueva ciudad se alzó en su lugar y fue absorbida por el vacío. Ciudades, estados y países caían rápidamente como gigantes fantasmales y desaparecían en el vacío, y las negras fauces de lo Infinito los engullían indiferentemente, sin saciarse.
—¡Detente! —ordenó el emperador.
En su voz resonaba ya la indiferencia, colgaban sus brazos inertes y en la vana lucha contra la tiniebla que avanzaba se encendían y se apagaban sus ojos de águila.
—Me has matado, Lázaro —dijo con voz opaca y lenta.
Y estas palabras de desesperanza le salvaron.
Se acordó del pueblo, al que tenía el deber de servir de escudo, y un dolor lancinante y salvador traspasó su corazón casi muerto. «Condenados a perecer», pensó angustiado. «Sombras luminosas en las tinieblas de lo Infinito», pensó con horror. «Vasos frágiles con sangre viva y palpitante, con un corazón que sabe de pesares y de grandes alegrías», pensó con ternura.
Reflexionando y sintiendo de esta manera, inclinando los platillos de la balanza unas veces hacia el lado de la vida y otras hacia el lado de la muerte, volvió lentamente a la vida para hallar, en sus padecimientos y sus gozos, un amparo contra las tinieblas del vacío y el horror de lo Infinito.
—¡No, no me has matado, Lázaro! —dijo con firmeza—. Pero yo te mataré a ti. ¡Vete!
Aquella noche saboreó con particular deleite la comida y la bebida el divino Augusto. Pero a veces quedaba su mano suspensa en el aire, y un brillo opaco sucedía al radiante fulgor de sus ojos de águila: era el horror que corría a sus pies en gélida oleada. Vencido pero no muerto, esperando fríamente su hora, el horror se convirtió para toda la vida en sombra negra a su cabecera, adueñándose de sus noches y cediendo sumisamente los días luminosos a los pesares y los gozos de la vida.
Al día siguiente, por orden del emperador, le abrasaron los ojos a Lázaro con un hierro candente y le mandaron a su tierra. El divino Augusto no se decidió a quitarle la vida.
Lázaro volvió al desierto, y el desierto le acogió con el hálito sibilante del viento y con el tórrido calor del sol. De nuevo se estaba sentado sobre una piedra, levantando hacia lo alto la barba hirsuta y salvaje, y las dos oquedades negras, en el sitio de los ojos abrasados, se clavaban en el cielo con espantosa fijeza. A lo lejos bullía y se agitaba la ciudad santa, pero allí cerca estaba todo solitario y callado: nadie se aproximaba al lugar donde terminaba sus días el hombre milagrosamente

resucitado, y los vecinos habían abandonado sus casas hacía ya mucho tiempo. Arrinconado por el hierro candente hasta lo más profundo del cráneo, su maldito conocimiento se agazapaba allí como en una emboscada; como desde una emboscada clavaba en las personas un millar de ojos invisibles, y nadie se atrevía ya a mirar a Lázaro. Al atardecer, cuando el sol declinaba hacia su ocaso, rojeando y ensanchándose, Lázaro el ciego iba lentamente tras él. Obeso y débil, tropezaba en las piedras y caía, pero se levantaba pesadamente y de nuevo caminaba.

Y sobre la franja roja del crepúsculo, su cuerpo negro y sus brazos extendidos formaban un monstruoso simulacro de la cruz.

Sucedió que marchó una tarde al desierto y no volvió jamás. Aparentemente, así acabó la segunda vida de Lázaro, que permaneció tres días bajo el misterioso poder de la muerte y resucitó milagrosamente.

La muerte de Iván Ilisch

León Tosltoi

I

Durante un descanso en la vista de la causa de los Malvinski, que tenía lugar en el imponente Palacio de Justicia, los jueces y el fiscal se retiraron al despacho de Iván Egórovich Shebek. La conversación recayó sobre el célebre proceso de Krasovski. Muy acalorado, Fiódor Vasílievich sostenía la no incumbencia de aquel tribunal, mientras que Iván Egórovich afirmaba lo contrario. En cuanto a Piotr Ivánovich, que en un principio no había intervenido en la discusión, tampoco tomaba parte en ella y hojeaba un ejemplar del *Védomosti*, que acababan de traer.

—¡Caballeros! —exclamó de pronto—. ¡Pero, si ha muerto Iván Ilich!

—¿De veras?

—Mire, no tiene más que leerlo —le dijo a Fiódor Vasílievich, presentándole el diario, que aún olía a tinta de imprenta.

Una esquela, con orla de luto, decía: «Con profundo dolor, Praskovia Fiódorovna Goloviná participa a sus parientes y amigos el fallecimiento de su amado esposo, Iván Ilich Golovín, miembro del Palacio de Justicia, acaecida el 4 de febrero de 1882. El sepelio tendrá lugar el viernes a la una de la tarde». Iván Ilich era colega de los caballeros allí reunidos, y todos le estimaban. Llevaba varias semanas enfermo, de dolencia incurable, según se decía. Conservaba la titularidad de su cargo, pero se calculaba que, en caso de fallecimiento, sería Alexéiev el designado para sucederle mientras que el puesto de éste pasaría a Vínnikov o a Stábel. De modo que, al enterarse de la defunción de Iván Ilich, cada uno de los que se hallaban en el despacho pensó, antes que nada, en el influjo que podría ejercer aquella muerte en su escalafón o en el de sus conocidos.

Fiódor Vasílievich calculó: «Ahora me nombrarán seguramente para el puesto de Stábel o de Vínnikov. Me lo tienen prometido hace mucho tiempo. Ese ascenso representa ochocientos rublos más al año, aparte de la cancillería».

«Ahora solicitaré el traslado de mi cuñado, que está en Kaluga. Mi mujer se alegrará mucho y no podrá decir ya que no he hecho nunca nada por sus parientes», pensó Piotr Ivánovich, y añadió en voz alta:

—Ya me imaginaba yo que no se repondría. Es una lástima.

—En realidad, ¿qué es lo que tenía?
—Los médicos no conseguían diagnosticar. Mejor dicho: sí que lo hacían, pero cada cual a su manera. Cuando yo le vi la última vez, me pareció que se recuperaría.
—Pues yo, siempre dejándolo de un día para otro, no he pasado por su casa desde las Navidades.
—¿Tenía fortuna?
—Parece ser que algo aportó su mujer al matrimonio; pero poca cosa…
—Habrá que ir a verla. Tan lejos como pilla su casa…
—Será lejos de la de usted, que es de donde todo resulta lejos.
—No puede perdonarme el que yo viva al otro lado del río —sonrió Piotr Ivánovich refiriéndose a Shebek.
Pasaron a hablar de las grandes distancias que hay en las ciudades, y luego volvieron todos a la sala.
Aparte de las reflexiones de cada uno en torno a los eventuales traslados y cambios en el escalafón que podrían resultar de aquel fallecimiento, el propio hecho de la muerte de un conocido suscitó como siempre en todos, al enterarse, una sensación de alivio al considerar que el muerto era otro, y no ellos. «Con que se ha muerto, ¿eh? Pero yo no», pensó o sintió cada cual. En cuanto a los conocidos de más confianza, los amigos de Iván Ilich, por así llamarlos, pensaron además, aun sin proponérselo, que ahora habrían de cumplir con una serie de obligaciones, de circunstancias, muy fastidiosas, asistir a las exequias y hacerle una visita de pésame a la viuda.
Entre esos amigos, los más próximos eran Fiódor Vasílievich y Piotr Ivánovich. Éste había sido compañero de Iván Ilich en la Escuela de Jurisprudencia y le debía favores. Durante el almuerzo, Piotr Ivánovich le comunicó a su esposa la noticia del fallecimiento de Iván Ilich y le habló de la posibilidad del traslado de su hermano, de Kaluga, al distrito donde ellos residían. Luego, sin echarse siquiera a reposar, se puso el frac y se encaminó a la casa del que fuera su colega. Ante la entrada principal había un coche particular y dos de alquiler. En el vestíbulo de la planta baja, cerca del perchero, estaba recostada contra la pared la tapa del féretro, revestida de raso, con borlas y galón dorado al que acababan de sacar brillo. Dos señoras de luto se despojaban de sus pellizas. Conocía a una de ellas, que era hermana de Iván Ilich; pero a la otra, no. Schwartz, un colega de Piotr Ivánovich, se disponía a bajar del piso alto, pero al verle entrar se detuvo en el peldaño superior y le hizo un guiño como diciendo: «¡Vaya una ocurrencia, la de Iván Ilich! Nosotros, en cambio…»
El rostro de Schwartz, con sus patillas a la inglesa, así como el cuerpo enjuto, ceñido por el frac, conservaban su elegante empaque habitual. Y Piotr Ivánovich pensó que este empaque de Schwartz, siempre en pugna con su característica jovialidad, cobraba allí un matiz especial.
Piotr Ivánovich cedió el paso a las señoras y subió lentamente detrás. Schwartz se quedó esperando arriba. Piotr Ivánovich adivinó que era para concertar el sitio donde echarían una partida de cartas aquella noche. Ya en el descansillo, las dos señoras se dirigieron hacia las habitaciones de la viuda mientras Schwartz, con los labios firmes gravemente apretados, pero con mirada jovial, enarcaba las cejas indicándole a Piotr Ivánovich la cámara mortuoria, a la derecha.
Piotr Ivánovich entró, como siempre sucede, algo cohibido, preguntándose lo que debía hacer. Sabía, eso sí, que en tales casos nunca estaba de más santiguarse. De lo que no estaba seguro era de si había que inclinarse al mismo tiempo. De modo que optó por el término medio y, al entrar en la estancia,

empezó a santiguarse haciendo leves inclinaciones. Al mismo tiempo, observaba la habitación en la medida en que se lo permitía el movimiento de los brazos y de la cabeza. Santiguándose también, se retiraban dos jóvenes, uno de ellos con uniforme de liceísta, sobrinos del difunto según tenía entendido. Había una anciana, muy quieta, a quien otra señora, con las cejas extrañamente enarcadas, le decía algo por lo bajo. El sacristán, hombre recio y de aire resuelto, vestido con levita, leía algo en voz alta y enérgica que excluía cualquier objeción. Guerasim, el mozo de comedor, pasó sin ruido por delante de Piotr Ivánovich esparciendo unos polvos por el suelo. Al advertirlo, Piotr Ivánovich notó al instante un leve olor a putrefacción. Durante la última visita que le hizo a su colega había visto a aquel criado en el despacho, haciendo de guarda del enfermo, y se dio cuenta de que Iván Ilich parecía quererle mucho. Piotr Ivánovich continuaba santiguándose a la vez que se inclinaba ligeramente en una dirección que abarcaba por igual el féretro, el sacristán y los iconos colocados en un rincón encima de una mesa. Luego, cuando le pareció que se prolongaba demasiado aquel movimiento cruzado de la mano, se detuvo y empezó a observar al difunto.

Yacía, con el singular aplanamiento con que yacen todos los difuntos, sumidas las rígidas extremidades en el revestimiento interior del ataúd y con la cabeza, para siempre desmayada, sobre la almohadilla, haciendo resaltar, como siempre hacen resaltar los difuntos, la frente lívida, con incipientes calvas prolongando las sienes hundidas y la nariz afilada como presionando sobre el labio superior. Estaba muy cambiado y más flaco aún que cuando le viera Piotr Ivánovich; pero, como sucede a todos los difuntos, su rostro tenía mayor belleza y, sobre todo, mayor gravedad que en vida: la expresión de que lo que debía hacerse quedaba hecho, y hecho adecuadamente. Y también había en aquella expresión un reproche o un recordatorio para los vivos. Ese recordatorio le pareció a Piotr Ivánovich desplazado o, por lo menos, sin ninguna vinculación con él. Notando una sensación desagradable, volvió a santiguarse apresuradamente y también con prisa —excesiva, tal vez, según las conveniencias— dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. En la habitación contigua le esperaba Schwartz, bien plantado, jugueteando con la chistera que sostenía a la espalda. Una sola mirada a su jovial, atildado y elegante colega bastó para despejar la mente de Piotr Ivánovich. Comprendió que Schwartz estaba por encima de todo aquello y no cedía a impresiones deprimentes. Su solo aspecto decía que el incidente de los funerales de Iván Ilich no podía ser razón suficiente para dar por alterado el orden de la sesión, o sea, que nada podía impedirles abrir de un papirotazo aquella misma noche una baraja nueva mientras el criado disponía cuatro velas intactas. En una palabra, que no existía fundamento para suponer que aquel incidente pudiera impedirles pasar agradablemente la velada como otras veces. Eso fue lo que le dijo a media voz a Piotr Ivánovich cuando pasaba por su lado, invitándole a sumarse a la partida que tendría lugar en casa de Fiódor Vasílievich. Pero el destino no parecía querer que Piotr Ivánovich jugara aquella noche. Apareció Praskovia Fiódorovna —una mujer de escasa estatura, obesa, que a pesar de todos sus esfuerzos por conseguir lo contrario iba ensanchándose de hombros para abajo—, enlutada, con velo negro y las cejas extrañamente enarcadas como la señora plantada frente al féretro. Salía de sus habitaciones con otras señoras y dijo, llevándolas hasta la puerta del difunto:

—Pasen ustedes: ahora oficiarán la misa. Schwartz se detuvo y saludó sin que pudiera definirse si aceptaba o rechazaba la invitación. Praskovia Fiódorovna reconoció a Piotr Ivánovich, se acercó

exhalando un suspiro, le tomó una mano y dijo:
—Ya sé que era usted un auténtico amigo de Iván Ilich… —y le miró, esperando que hiciera lo habitual en respuesta a tales palabras. Si Piotr Ivánovich sabía que en la cámara mortuoria debía santiguarse, también sabía que en una situación así había que estrechar la mano, exhalar un suspiro y decir: «Le aseguro que…». Así lo hizo, en efecto. Y nada más hacerlo notó que se había alcanzado el fin apetecido: que él estaba conmovido y la viuda también.
—Acompáñeme antes de que comience el oficio. Necesito hablar con usted —dijo la viuda—. Deme el brazo.
Piotr Ivánovich le ofreció el brazo, y juntos se dirigieron hacia las habitaciones interiores, pasando por delante de Schwartz, que hizo un guiño de pesar. «¡Nos chafó la partida! —parecía decir su mirada divertida—. No lo tome a mal, pero buscaremos a otro. En todo caso, continuaremos los cinco cuando logre zafarse.»
A Piotr Ivánovich se le escapó un suspiro, más hondo y triste todavía, y Praskovia Fiódorovna le estrechó la mano agradecida. Al entrar en su saloncito, tapizado de cretona rosa y alumbrado por una lámpara opaca, tomaron asiento cerca de una mesa, ella en un diván y Piotr Ivánovich en una calzadora redonda, cuyos muelles flojos gimieron al ceder desigualmente bajo el peso de su cuerpo. Praskovia Fiódorovna quiso prevenirle para que tomara una silla cualquiera, pero consideró que aquella advertencia no estaba en consonancia con su situación y cambió de parecer. Al sentarse allí recordó Piotr Ivánovich que Iván Ilich había decorado aquel saloncito e incluso le consultó precisamente sobre la cretona de color de rosa con hojas verdes. En cuanto a la viuda, advirtió cuando se sentó en el diván que, al pasar junto a la mesa (es de notar que todo el saloncito estaba repleto de muebles y objetos), se había enganchado el velo en una moldura. Piotr Ivánovich se incorporó para desprender el velo y entonces el asiento, libre de su peso, empezó a ondular, empujándole hacia arriba. La viuda se puso a desprender ella misma su velo, y Piotr Ivánovich volvió a sentarse, aplastando el asiento rebelde. Pero, como la viuda no lograba desprenderlo del todo, Piotr Ivánovich se incorporó de nuevo y de nuevo se encrespó el asiento e incluso pegó un chasquido. Cuando todo aquel trajín terminó, la viuda sacó un impecable pañuelo de batista y se puso a llorar. En cuanto a Piotr Ivánovich, cuya emoción se había mitigado con el incidente del velo y la lucha con su asiento, permanecía callado y cabizbajo. Salvó aquella embarazosa situación la llegada de Sokolov, un criado de Iván Ilich, con la noticia de que el lugar del cementerio designado por Praskovia Fiódorovna para la sepultura costaría doscientos rublos. La viuda dejó de llorar y, mirando a Piotr Ivánovich con aire de víctima, le dijo en francés que estaba sufriendo mucho. Piotr Ivánovich contestó con una muda señal de asentimiento, expresando la firme convicción de que no podía ser de otro modo.
—Fume si lo desea —dijo ella en tono magnánimo y triste a la vez y se puso a debatir con Sokolov el precio de la sepultura.
Mientras encendía un cigarrillo, Piotr Ivánovich le oyó informarse muy detalladamente de los distintos precios de la tierra y luego precisar cuál debía ser apalabrada. Además, terminado este punto dio las órdenes oportunas acerca del coro. Sokolov se marchó.
—Me ocupo yo de todo —le dijo a Piotr Ivánovich retirando hacia un lado los álbumes que había

encima de la mesa y luego, al advertir que la ceniza ponía en peligro el tablero, se apresuró a acercarle un cenicero a Piotr Ivánovich, al tiempo que proseguía—. Me parece una afectación afirmar que el dolor me impide dedicarme a estos asuntos prosaicos. A mí, por el contrario, si algo puede distraerme, ya que no consolarme, es precisamente ocuparme de lo que se refiere a él.

Sacó de nuevo el pañuelo, como si fuera a llorar, pero de pronto pareció sobreponerse, sacudió la cabeza y habló con más calma:

—Por cierto: tengo que consultarle algo.

Piotr Ivánovich hizo una leve inclinación, sin darles rienda suelta a los muelles del asiento, que en seguida habían empezado a ondular bajo su cuerpo.

—En los últimos días sufrió horriblemente.

—¿Mucho, sí?

—¡Horriblemente! Y no los últimos minutos, sino horas enteras se pasó gritando. Tres días seguidos, con sus noches, estuvo en un grito. Era algo insoportable. Ni sé cómo he podido aguantar eso: a través de tres puertas cerradas se oía. ¡Oh! ¡Lo que he padecido!

—Pero, ¿estaba consciente? —inquirió Piotr Ivánovich.

—Hasta el último momento —contestó ella en un susurro—. Un cuarto de hora antes de morir se despidió de nosotros y aún tuvo la fuerza de pedir que se llevaran a Volodia.

A Piotr Ivánovich le espantó de pronto —a despecho de la desagradable sensación de su propia hipocresía y de la de aquella mujer— la idea de los sufrimientos de un hombre al que había conocido tan de cerca, primero como alegre compañero de estudios, y luego de adulto, como colega. Volvió a ver aquella frente, la nariz como presionando sobre el labio, y le entró miedo por sí mismo.

«Tres días de horribles sufrimientos, y la muerte. Pero es que eso puede sucederme también a mí ahora, en cualquier momento», pensó, y por un instante se sintió horrorizado. Pero inmediatamente, y sin que él supiera cómo, acudió en su auxilio la idea tan prosaica de que eso le había sucedido a Iván Ilich y no a él y de que, a él, eso no debía ni podía sucederle. Se dijo que al pensar así cedía a un estado de ánimo deprimente, cosa que no debía hacerse, como evidenciaba el rostro de Schwartz. Una vez hecha esta reflexión, Piotr Ivánovich recobró la calma y se puso a pedir con gran interés detalles acerca del fallecimiento de Iván Ilich como si la muerte fuese una aventura sólo inherente a Iván Ilich, pero de ninguna manera inherente a él.

Después de varios comentarios sobre los detalles de los sufrimientos físicos, verdaderamente horribles, padecidos por Iván Ilich (detalles de los que Piotr Ivánovich sólo se iba enterando según la medida en que los tormentos de Iván Ilich influían sobre los nervios de Praskovia Fiódorovna), la viuda pareció estimar oportuno pasar al asunto que deseaba consultarle.

—Es terrible, Piotr Ivánovich, verdaderamente terrible —dijo, y otra vez se echó a llorar.

Piotr Ivánovich suspiró y aguardó a que la viuda se sonara la nariz. Luego dijo:

—Le aseguro que…

Ella reanudó entonces la conversación, exponiendo lo que, al parecer, quería consultarle: lo que debía hacer para obtener dinero del Tesoro con motivo de la muerte de su esposo.

Fingía pedirle consejo a Piotr Ivánovich acerca de su viudedad, pero él se daba cuenta de que estaba enterada, hasta en los menores detalles, incluso de cosas que él ignoraba —o sea, de todo lo que

podría sacarle al Tesoro con ocasión de aquella muerte—, y su afán era descubrir si no habría algún medio de sacar más todavía. Piotr Ivánovich hizo esfuerzos por inventarse aquel medio; pero, después de reflexionar un poco y de criticar la cicatería del gobierno para quedar bien, opinó que, a su entender, no era posible obtener más. Ella suspiró entonces y se puso evidentemente a buscar la manera de librarse de su visitante. Comprendiéndolo así, Piotr Ivánovich apagó su cigarrillo, se puso en pie y, después de estrecharle la mano, salió.

Al pasar por el comedor, donde estaba el reloj que Iván Ilich se felicitaba tanto de haber comprado en un rastrillo, Piotr Ivánovich encontró al sacerdote y a algunos conocidos que acudían al funeral y vio a la hija de Iván Ilich, una linda joven toda enlutada. Su estrecha cintura parecía más fina aún. Tenía una expresión hosca, resuelta y casi iracunda. Saludó a Piotr Ivánovich como si él tuviera culpa de algo. Detrás de ella, y con el mismo aire de agravio, estaba un joven muy rico, también conocido de Piotr Ivánovich, que era Juez de Instrucción y el prometido de la muchacha, según tenía entendido. Los saludó con expresión de condolencia, y ya se disponía a penetrar en la cámara mortuoria cuando apareció en lo alto de la escalera la frágil silueta de un adolescente con uniforme de liceísta: era el hijo de Iván Ilich y se parecía tanto a él que Piotr Ivánovich pensaba estar viendo al pequeño Iván Ilich en la Escuela de Jurisprudencia. Sus ojos, irritados por las lágrimas, tenían la expresión habitual en los chicos de trece o catorce años que han perdido su inocencia. Al ver a Piotr Ivánovich, el chico puso gesto severo y tímido a la vez. Piotr Ivánovich le hizo una leve inclinación de cabeza y penetró en la habitación del difunto. Empezó el funeral: cirios, lamentos, incienso, lágrimas, sollozos contenidos…

Cejijunto, Piotr Ivánovich clavaba la vista en el suelo. No miró al difunto ni una sola vez, aguantó hasta el final sin ceder al deprimente influjo de la ceremonia y fue uno de los primeros en abandonar la estancia. El vestíbulo estaba desierto. Guerasim, el mozo de comedor, surgió de pronto, revolvió con sus recias manos todas las pellizas hasta dar con la de Piotr Ivánovich y le ayudó a ponérsela.

—Qué, Guerasim, lo sentirás mucho, ¿verdad? —dijo Piotr Ivánovich por decir algo.

—Dios lo ha querido. A todos nos llegará nuestra hora —contestó Guerasim mostrando sus blancos y apretados dientes de campesino. Luego, con la diligencia de un hombre en plena faena, abrió la puerta, pidió el coche de Piotr Ivánovich, le ayudó a subir a su carruaje y volvió de un salto al porche, como preguntándose qué otra cosa debía hacer.

Piotr Ivánovich aspiró el aire puro con singular deleite después del olor a incienso, a cadáver y a ácido fénico.

—¿Adónde manda usted? —inquirió el cochero.

—Todavía es temprano. Me acercaré a casa de Fiódor Vasílievich.

Y allá fue Piotr Ivánovich. Encontró efectivamente a sus amigos terminando una mano, o sea, en el momento oportuno para incorporarse él a la partida.

II

La historia de la existencia vivida por Iván Ilich era de lo más sencillo y corriente, y de lo más horripilante.

Había muerto a los cuarenta y cinco años, siendo miembro del Palacio de Justicia. Era hijo de un funcionario que, pasando por ministerios y negociados diversos, hizo en San Petersburgo una de esas carreras al cabo de las cuales llegan ciertas personas a una situación en la que, aun quedando bien demostrado que son incapaces de desempeñar ningún empleo de importancia, tampoco pueden ser cesados en virtud de sus largos años de servicios y del peldaño alcanzado en el escalafón y, por tanto, son destinados a puestos ficticios, inventados para ellos, con sueldos nada ficticios de unos cuantos miles de rublos —entre seis y diez mil anuales—, que disfrutan hasta la más avanzada edad. Eso había sido Ilyá Efímovich Golovín, Consejero Privado, innecesario alto empleado de diversas instituciones igualmente innecesarias.

De sus tres hijos varones, Iván Ilich era el segundo. El primogénito había hecho una carrera idéntica a la del padre, aunque en otro ministerio, y se acercaba al grado de veteranía en que los sueldos suben ya por inercia. El menor de los hijos era un fracasado. Había quedado mal en cuantos cargos oficiales probó, y ahora estaba empleado en los ferrocarriles. Tanto el padre como los hermanos, y en particular sus esposas, rehuían relacionarse con él e incluso aludir a su existencia como no fuera en caso de extrema necesidad. La única hermana estaba casada con el barón Gref, funcionario de San Petersburgo lo mismo que su suegro. Iván Ilich era considerado *le phénix de la famille*, como solían decir. No era tan frío ni meticuloso como su hermano mayor ni tampoco tan alocado como el otro. Inteligente, abierto, afable y formal, constituía más bien el término medio. Se había educado en la Escuela de Jurisprudencia con el menor, pero éste no terminó sus estudios porque le expulsaron en el quinto curso, mientras que Iván Ilich acabó brillantemente la carrera. En la Escuela de Jurisprudencia era ya lo que había de ser luego toda su vida: un hombre capaz, cordialmente jovial y sociable, pero cumplidor riguroso de lo que consideraba su deber. Y consideraba deber suyo todo lo que por tal tenían sus superiores. No había sido adulador, ni de muchacho ni de adulto, pero desde joven se sintió atraído, como las moscas por la luz, hacia las personas de la más alta posición social, adoptando sus modales y sus puntos de vista y manteniendo buenas relaciones con ellas. Los arrebatos de la infancia y la juventud pasaron sin dejar en él huellas profundas; cedió a la sensualidad, a la ambición e incluso al liberalismo —ya al final, en los últimos años de estudiante—, pero todo dentro de los límites que su sentido común le marcaba con acierto.

También había cometido en la Escuela de Jurisprudencia acciones que antes se le antojaban vilezas y le inspiraban repugnancia hacia él mismo en aquel tiempo; pero más adelante, viendo que acciones semejantes eran cometidas por personas de elevada posición sin considerarlas reprobables, no llegó a tenerlas por buenas, pero sí las echó totalmente en olvido y no se amargaba en absoluto la existencia recordándolas.

Al terminar la carrera y recibir de su padre dinero para equiparse, Iván Ilich encargó su vestuario en la casa Sharmer, colgó entre los dijes del reloj uno que decía *Respice finem*, se despidió del director

y los profesores, cenó con sus compañeros en Donon y, provisto de una flamante maleta llena de ropa interior, trajes, artículos de aseo y tocador y una manta de viaje, todo ello encargado o adquirido en los mejores establecimientos, salió para el destino que le había obtenido su padre como funcionario para misiones especiales del Gobernador de una provincia.

Nada más llegar, Iván Ilich se organizó en su nuevo lugar de residencia una vida tan fácil y agradable como la que llevara en la Escuela de Jurisprudencia. Atendía sus obligaciones, iba haciendo carrera y, al mismo tiempo, se divertía alegre y decorosamente. Por orden superior viajaba de tarde en tarde a algún distrito, donde mantenía una actitud digna tanto con los superiores como con los subordinados y mostraba una precisión y una incorruptible honradez —de las que no podía por menos de sentirse orgulloso— en el cumplimiento de las misiones que le encomendaban, relacionadas fundamentalmente con las actividades de los *raskólniki*.

A despecho de los pocos años y de su afición a las diversiones, para los asuntos oficiales era extraordinariamente reservado, serio e incluso rígido, mientras que en sociedad se mostraba a menudo ocurrente e ingenioso, aunque siempre afable, correcto y *bon enfant*, como solían decir el gobernador y su esposa, en cuya casa era recibido como una persona de la familia.

Allí mantuvo relaciones amorosas con cierta dama que se encaprichó del elegante funcionario, y también las mantuvo con una modistilla; allí organizó francachelas con ayudas de campo que se encontraban de paso en la ciudad, así como excursiones a cierta calle apartada después de la cena; allí hubo de hacer méritos ante el Gobernador e incluso ante su esposa, pero todo ello llevaba tal sello de alta distinción que hubiera sido imposible calificarlo con palabras malsonantes; encuadraba perfectamente en el aforismo francés: *Il faut que jeunesse se passe*. Todo esto se hacía con manos cuidadas, camisas impecables y palabras francesas; pero lo principal era que tenía lugar en las más altas esferas y, por consiguiente, con el beneplácito de gente de muchas campanillas.

Así transcurrieron los cinco primeros años de la carrera de Iván Ilich. Entonces se produjo un cambio. Aparecieron nuevas instituciones judiciales; hicieron falta hombres nuevos. Iván Ilich fue uno de ellos.

Le ofrecieron una plaza de Juez de Instrucción, y él aceptó a pesar de ser en otra provincia y de verse obligado a abandonar las relaciones ya establecidas y anudar otras nuevas. Los amigos le organizaron una despedida, se hicieron una fotografía con él y le regalaron una pitillera de plata. Luego, Iván Ilich partió para su nuevo destino.

Como Juez de Instrucción, se mostró igual de correcto y *comme il faut* que cuando era funcionario para misiones especiales, sabiendo delimitar sus deberes oficiales de su vida privada y granjeándose el respeto general. Este cargo tenía más interés y atractivo que el anterior. Cierto que entonces se daba el gusto de pasar displicentemente, con su uniforme firmado Sharmer, por delante de los trémulos solicitantes que hacían antesala y de los funcionarios que lo envidiaban, para entrar sin más en el despacho del jefe y tomar con él una taza de té mientras fumaba un cigarrillo; pero, en cambio, eran pocas las personas que dependían directamente de su albedrío: únicamente los comisarios de policía y los *raskólniki*, cuando le enviaban en misión especial. Con esas personas supeditadas, le gustaba comportarse cortésmente, casi campechanamente, recalcando el trato sencillo y afable que les dispensaba, aunque podía apabullarlas. Pero, en efecto, esas personas eran poco numerosas

entonces. En cambio ahora, como Juez de Instrucción, Iván Ilich notaba que tenía entre sus manos a todo el mundo sin excepción, incluso a los hombres más importantes y ufanos, y que le bastaba escribir ciertas palabras en papel con membrete para que también esos hombres, los más importantes y ufanos, fueran conducidos ante él en calidad de testigos o de acusados y permanecieran allí a pie firme, si él no se dignaba ofrecerles un asiento, contestando a sus preguntas. Iván Ilich no abusaba nunca de este poder suyo, sino que, por el contrario, procuraba atenuar su expresión; pero la conciencia de ese poder y la facultad de atenuarlo era lo que para él daba el interés y el atractivo máximos a su nuevo empleo. En sus funciones propiamente dichas, o sea, en la instrucción de las causas, en seguida tomó como sistema eludir todas las circunstancias que no le incumbían estrictamente y exponer los asuntos, hasta el más complicado, de forma que en el papel sólo quedara reflejado su aspecto externo, excluyéndose por entero su apreciación personal y, sobre todo, observándose toda la tramitación necesaria. Este modo de tratar los asuntos judiciales era nuevo. Iván Ilich fue uno de los primeros en aplicar las enmiendas al Código de 1864.

Una vez en la ciudad donde debía ejercer de Juez de Instrucción, Iván Ilich hizo amistades y relaciones nuevas, cambió un poco de actitud y de comportamiento. Se mantuvo a respetuosa distancia de las autoridades provinciales, pero eligió sus relaciones entre los magistrados más prestigiosos y los nobles acaudalados de la ciudad y adoptó un tono de leve crítica al gobierno, de liberalismo moderado y de civismo sin estridencias. Además, sin alterar en absoluto la elegancia de su indumentaria, dejó de afeitarse el mentón, permitiendo que la barba creciera a su antojo.

En la nueva ciudad, la vida de Iván Ilich tomó un cauce muy agradable. Los que le hacían la oposición al Gobernador constituían un círculo unido y selecto al que se incorporó, sus emolumentos eran más elevados y el *whist* añadió otro aliciente a su existencia. Iván Ilich tenía el don de jugar a los naipes con desenfado, y además solía ganar gracias a sus reacciones rápidas y muy sutiles.

A los dos años de ejercer en aquella nueva ciudad, Iván Ilich conoció a su futura esposa. Praskovia Fiódorovna Míjel era la joven más sugestiva, inteligente y brillante del círculo en el que se desenvolvía Iván Ilich. Estableció con ella unas relaciones sencillas y desenvueltas, entre otros recreos y diversiones que le distraían de su trabajo.

Mientras fue funcionario para misiones especiales, Iván Ilich solía bailar en las reuniones; ejerciendo ya como Juez de Instrucción, no acostumbraba hacerlo sino en casos excepcionales. Y entonces era ya con la idea de demostrar que, aun destinado a una institución nueva y habiendo llegado a la quinta categoría del escalafón, cuando se trataba de baile también podía ser mejor que los demás. De modo que, al final de alguna velada, bailaba de vez en cuando con Praskovia Fiódorovna. Y fue precisamente durante esos bailes cuando la conquistó. Praskovia Fiódorovna se enamoró de él. Iván Ilich no tenía el propósito claro y determinado de casarse; pero, al advertir la predilección de la muchacha, se preguntó: «Bueno, y ¿por qué no casarme?».

Praskovia Fiódorovna era agraciada, pertenecía a una familia de buena nobleza y su dote representaba un pequeño capital. Iván Ilich habría podido aspirar a un partido más brillante, pero también aquél era bueno. Él contaba con su sueldo y esperaba que ella aportaría otro tanto. Era una mujer amable, agraciada y de conducta impecable que le emparentaba con una buena familia. Decir que Iván Ilich se casó porque se enamoró de su prometida y encontró en ella coincidencia en sus

puntos de vista acerca de la vida sería tan erróneo como afirmar que lo hizo porque las personas de su clase aprobaban aquella elección. Iván Ilich se casó por ambas consideraciones: hacía una cosa de su agrado al tornar una esposa como aquélla y, al mismo tiempo, hacía lo que personas de muy alta posición estimaban acertado.

De modo que Iván Ilich se casó.

Los preliminares del casamiento y la primera época de vida matrimonial, con las caricias conyugales, con la novedad del mobiliario, la vajilla y el ajuar recién estrenados transcurrieron tan bien hasta el primer embarazo de su esposa, que Iván Ilich empezaba a pensar ya que, lejos de alterar su tipo de vida, fácil, agradable, alegre y siempre correcta y bien vista por la sociedad, el matrimonio perfeccionaría ese modo de vida que él consideraba inherente a la propia existencia. Pero el caso es que, desde los primeros meses del embarazo de su esposa sucedió algo nuevo, desagradable, molesto e indecoroso que de ningún modo se podía prever y de lo que tampoco había modo de librarse.

Sin causa alguna, *de gaîté de coeur* como se decía Iván Ilich, su esposa comenzó a alterar el agradable y correcto curso de su existencia: se mostraba celosa sin motivo, exigía que le prodigara atenciones, a todo encontraba algo que objetar y le hacía escenas ordinarias y desabridas.

En un comienzo, Iván Ilich esperaba librarse de aquella situación tan desagradable gracias a lo que le había salvado siempre: su actitud trivial pero decorosa hacia la vida. Probó a desentenderse del humor de su mujer y siguió viviendo despreocupada y alegremente. Invitaba a sus amigos a jugar alguna partida y él procuraba ir al club o a casa de sus conocidos. Pero, en una ocasión, su mujer se puso a insultarle con extraordinaria energía y palabras de las más groseras y luego adoptó obstinadamente la misma actitud siempre que él no se doblegaba a sus exigencias, habiendo decidido en firme, al parecer, no cejar mientras él no claudicara, es decir, mientras no permaneciera en casa aburriéndose como ella. Iván Ilich se horrorizó. Comprendió que la vida conyugal —al menos con su esposa— no cuadraba siempre con los alicientes y el decoro de la existencia sino que, muy al contrario, los alteraba a menudo y, por esa razón, era preciso ponerse a salvo de tales alteraciones. Iván Ilich empezó a buscar los medios para ello. Como la función pública era lo único que infundía respeto a Praskovia Fiódorovna, valiéndose de su cargo y de las obligaciones que le imponía, empezó a luchar Iván Ilich contra su mujer para salvaguardar su mundo independiente. La necesidad de crearse un mundo fuera de la familia se le hizo más imperiosa a Iván Ilich a partir del nacimiento de la criatura, con los altibajos de la crianza y las enfermedades, reales o imaginarias, de la madre y del niño, dolencias para las que se recababa el interés de Iván Ilich, pero de las que no entendía absolutamente nada.

Conforme crecían la irascibilidad y las exigencias de su mujer, más desplazaba Iván Ilich el centro de gravedad de su vida hacia su trabajo, por el que iba sintiendo mayor interés al mismo tiempo que aumentaba su ambición.

Muy pronto, al año de casado todo lo más, comprendió Iván Ilich que la vida conyugal, si bien ofrecía ciertas comodidades, era en esencia una institución muy compleja y penosa respecto de la cual, si uno quería cumplir su obligación, o sea, llevar una existencia decorosa, aprobada por la sociedad, era preciso adoptar una actitud determinada, lo mismo que respecto de su empleo oficial.

Iván Ilich adoptó, pues, esa actitud hacia la vida conyugal, de la que exigía tan sólo las comodidades que pudiera darle —cocina casera, buen gobierno de la casa, la cama— y, en particular, las apariencias del decoro que dicta la sociedad. Por lo demás, buscaba el aliciente amable y, si lo encontraba, quedaba muy agradecido. Pero, si tropezaba con la resistencia y el mal humor, se retiraba inmediatamente al mundo aparte de su función social, creado por él, y allí encontraba lo que quería.

Considerado buen funcionario, Iván Ilich fue ascendió a sustituto de fiscal al cabo de tres años. Sus nuevas obligaciones, la importancia que éstas le conferían, la facultad de llevar a los tribunales y encarcelar a cualquiera, sus discursos de acusación y el éxito que obtenía con ellos eran otras tantas circunstancias que le vinculaban aún más a su trabajo.

Les nacieron más hijos. Su mujer se tornaba cada día más desabrida y malhumorada; pero las normas aplicadas por Iván Ilich a la vida familiar le hacían casi impermeable a sus destemplanzas.

Al cabo de siete años de ejercer en aquella ciudad, Iván Ilich fue nombrado fiscal y trasladado a otra provincia. Se mudaron, y a Praskovia Fiódorovna no le agradó el nuevo lugar de residencia. Andaban cortos de dinero, pues aunque el sueldo era mayor, la vida estaba allí más cara. Además, se les murieron dos hijos, con lo cual se le hizo todavía más enojosa la vida familiar a Iván Ilich.

Praskovia Fiódorovna culpaba a su marido de todos los contratiempos que les ocurrían en su nuevo lugar de residencia. La mayoría de las conversaciones entre los esposos, en particular si se trataba de la educación de los hijos, reavivaban pasadas disputas y a cada momento estaban a punto de estallar otras nuevas. Tan sólo les quedaban los escasos y fugaces períodos de apasionamiento que acometían a los esposos. Eran islotes a los que atracaban por poco tiempo para luego lanzarse de nuevo al mar de una encubierta hostilidad cuya expresión era el mutuo distanciamiento. Ese distanciamiento habría podido amargar a Iván Ilich si hubiese considerado que no debía ser así: pero entonces reconocía ya esa situación, no sólo como normal, sino como la meta de su actividad familiar. Consistía esa meta en rehuir cada día más esas contrariedades y darles un carácter inocuo y decoroso. Lo conseguía reduciendo al mínimo el tiempo que pasaba con la familia y, cuando no podía evitarlo, procuraba mitigar su situación con la presencia de extraños. Pero lo principal era que Iván Ilich tenía su fiscalía. En el mundo de su cargo se había concentrado para él todo el interés de la vida. Y ese interés le absorbía. La conciencia de su poder, la facultad de hundir a cualquier persona a quien deseara hundir, su trascendencia, incluso en lo externo, cuando entraba en el Palacio de Justicia y se cruzaba con algún subordinado, sus éxitos ante los que estaban por encima y por debajo de él y, en particular, su arte —él mismo se lo reconocía— para conducir las causas eran otros tantos motivos de alegría que, unidos a las pláticas, los almuerzos y el *whist* con sus colegas, llenaban su vida. De modo que la existencia de Iván Ilich continuaba trascurriendo como él estimaba que debía transcurrir: agradable y decorosamente.

Así vivió siete años más. La hija mayor tenía ya dieciséis, se les había muerto otra criatura, y aún quedaba un varón, que estudiaba en el liceo y era motivo de discordia. Iván Ilich hubiera querido que entrase en la Escuela de Jurisprudencia, pero Praskovia Fiódorovna, para llevarle la contraria a su marido, le matriculó en el liceo. La hija estudiaba en casa y se desarrollaba bien. Tampoco el chico era mal estudiante.

III

La existencia de Iván Ilich transcurrió de esta manera durante diecisiete años a partir de su matrimonio. Era ya un fiscal veterano y había rechazado algunos traslados en espera de un puesto mejor, cuando se produjo inesperadamente una circunstancia desagradable que estuvo a punto de alterar el curso apacible de su vida. Iván Ilich esperaba el destino de Presidente de Tribunal en una ciudad universitaria, pero Goppe se le adelantó y se la llevó él. Irritado, Iván Ilich le recriminó, se enfadó con él y también con su jefe inmediato. Empezaron a tratarle con frialdad y también le dieron de lado en los nombramientos que siguieron.

Sucedió esto en el año 1880, el más amargo de toda la existencia de Iván Ilich. Aquel año resultó, por una parte, que el sueldo no alcanzaba para vivir y, por otra parte, que todos le habían olvidado y que lo que él consideraba una tremenda y cruel injusticia hacia su persona, al resto de la gente le parecía de lo más natural. Ni siquiera su padre se creía en la obligación de ayudarle. Notó que todos le habían abandonado, estimando perfectamente normal, e incluso ventajosa, su situación con tres mil quinientos rublos de sueldo al año. Solamente él sabía que, con el resquemor de las injusticias de que había sido objeto, con las constantes recriminaciones de su mujer y las deudas contraídas por sostener un tren de vida superior a sus medios, solamente él sabía que su situación estaba lejos de ser normal.

Aquel verano, para ahorrar gastos, Iván Ilich tomó un permiso y se marchó a pasar la temporada con Praskovia Fiódorovna a una aldea propiedad de un hermano de ésta.

En el campo, sin sus obligaciones, Iván Ilich notó no ya aburrimiento, sino auténtica angustia, llegando a la conclusión de que no podía vivir de aquella manera y necesitaba adoptar alguna medida extrema.

Tras una noche en vela, que Iván Ilich se pasó yendo y viniendo por la terraza, decidió ir a San Petersburgo a hacer gestiones y, para vengarse de «ésos», de los que no habían sabido apreciarle, pasarse a otro ministerio.

Al día siguiente emprendió el viaje, pese a todo lo que su esposa y su cuñado hicieron por disuadirle.

Iba con un solo objetivo: conseguir un destino de cinco mil rublos anuales. El ministerio, la rama o el género de actividad no le importaban ya nada. Necesitaba tan sólo un destino de cinco mil rublos, lo mismo si era en la Administración, en un banco, en Ferrocarriles, en alguna de las fundaciones de la emperatriz María o incluso en Aduanas, pero con la condición expresa de cobrar cinco mil rublos y abandonar un ministerio donde no habían sabido apreciarle.

Pues bien, este viaje de Iván Ilich se vio coronado por un extraordinario e inesperado éxito. En Kursk subió al vagón de primera clase un conocido suyo —F. S. Ilín— y le contó que el gobernador de aquella ciudad acababa de recibir un telegrama anunciando un gran cambio en el ministerio para fechas inmediatas: en el puesto de Piotr Ivánovich iba a ser nombrado Iván Semiónovich.

Aparte de su importancia para Rusia, el cambio en cierne también le tenía —y mucha— para Iván Ilich, ya que la promoción de Piotr Petróvich, un personaje nuevo, y probablemente también la de

Zajar Iványovich le favorecía mucho: Zajar Iványovich era colega y amigo de Iván Ilich.
La noticia le fue confirmada en Moscú. Y, a su llegada a San Petersburgo, Iván Ilich se entrevistó con Zajar Iványovich, quien le prometió un buen destino en el propio Ministerio de Justicia, al que había pertenecido hasta entonces.
Al cabo de una semana, telegrafiaba a su mujer:
«Zajar sustituye a Miller. Mi nombramiento en primer despacho».
Gracias a este cambio, Iván Ilich fue destinado inesperadamente en su propio ministerio a un cargo que le colocó en el escalafón dos peldaños más arriba que sus colegas, con cinco mil rublos de sueldo y tres mil quinientos de traslado. Iván Ilich dio al olvido todo el resquemor hacia sus antiguos enemigos y hacia el ministerio en pleno y se sintió plenamente feliz.
Volvió a la aldea más contento y satisfecho que desde hacía mucho tiempo. Praskovia Fiódorovna también se alegró, y se estableció un armisticio entre los esposos. Iván Ilich estuvo contando todas las atenciones de que había sido objeto en San Petersburgo, el chasco de sus enemigos, que ahora le adulaban y envidiaban su posición; pero recalcó particularmente el gran afecto que le había demostrado todo el mundo en San Petersburgo.
Praskovia Fiódorovna escuchaba, con aire de creérselo y sin objetar nada, limitándose a hacer planes para su nuevo tren de vida en la ciudad adonde se trasladarían, Iván Ilich advirtió con alegría que aquellos planes de vida eran los suyos propios, que coincidían y que, después de un leve tropiezo, su vida recobraba el genuino carácter alegre y correcto que le era propio.
Iván Ilich permaneció poco tiempo en el campo. La toma de posesión estaba fijada para el diez de septiembre y, además, necesitaba tiempo para instalarse en su nuevo lugar de residencia, traer todo lo que había en el que dejaban, adquirir algunas cosas, ordenar otras muchas… En una palabra, instalarse como lo había proyectado él en su mente y casi exactamente igual que Praskovia Fiódorovna lo planeaba en el fondo de su alma.
Ahora que todo se había arreglado tan favorablemente, ahora que coincidían en sus fines y que, además, habían permanecido algún tiempo separados, se sintieron tan unidos como no volvieron a estarlo desde los primeros años de vida conyugal. Iván Ilich tuvo la intención de llevarse ya a toda su familia, pero al cabo se marchó solo, cediendo a las instancias del hermano y la cuñada de Praskovia Fiódorovna, que de pronto se habían vuelto extraordinariamente amables y cariñosos con todos ellos.
Dos sentimientos le acompañaban sin cesar, reforzándose mutuamente: el agradable estado de ánimo nacido de su buena fortuna y la satisfacción de la concordia con su mujer. Encontró una vivienda encantadora: justamente lo que soñaba el matrimonio. Salones espaciosos y altos de techo, al estilo antiguo, un imponente y confortable despacho, aposentos para la esposa y la hija, un cuarto de estudio para el muchacho… Todo, como si estuviera pensado expresamente para ellos, Iván Ilich se encargó en persona del acondicionamiento: elegía el papel para las paredes y las tapicerías, compraba muebles, dando preferencia a los antiguos por considerar que creaban un especial ambiente *comme il faut*… Y todo aquello crecía, crecía, aproximándose al ideal que se había trazado. Cuando la instalación estuvo a medio terminar, el resultado rebasó sus esperanzas. Se percató del carácter *comme il faut*, elegante y nada ramplón que tendría toda la casa cuando estuviera lista. Por la noche se dormía imaginándose cómo iba a quedar el salón. Y al contemplar la salita, sin acabar todavía,

estaba viendo ya la chimenea, con su pantalla delante, la vitrina, las sillitas volantes, los platos y las fuentes adornando las paredes y los bronces, cuando cada cosa estuviera en su sitio. Gozaba pensando en la sorpresa de su mujer y su hija, que también eran aficionadas a todo aquello y, desde luego, no se lo esperaban. Entre otras cosas había tenido la suerte de encontrar y adquirir por poco dinero objetos antiguos que creaban un ambiente particularmente distinguido. En sus cartas lo describía todo peor de lo que era en realidad para que la sorpresa fuera mayor. Era tal su entrega a este quehacer, que incluso su nuevo destino le ocupaba menos de lo que esperaba, a él, tan amante de su profesión. Durante las sesiones del Tribunal tenía momentos de distracción pensando en si les pondría a los cortinones cornisas fruncidas o lisas. Tanto le ocupaba aquello, que a menudo ponía él mismo manos a la obra, incluso cambiaba los muebles de sitio o colgaba las cortinas. Una vez perdió pie en lo alto de una escalera, adonde se había subido para indicarle al tapicero cómo deseaba un drapeado; pero, hombre fuerte y ágil, no llegó a caerse, y sólo se pegó en un costado con la falleba de la ventana. Se resintió un poco de la contusión, pero pronto se le pasó el dolor. Todo aquel tiempo se sintió Iván Ilich especialmente alegre y rebosante de salud. «Noto como si me hubieran quitado quince años de encima», escribía en sus cartas. Pensaba haber terminado la instalación para fines de septiembre, pero se prolongó hasta mediados de octubre.

A cambio de eso, todo había quedado muy bien. Y no era opinión suya únicamente, sino de cuantos veían la casa.

A decir verdad, tenía todo lo que suelen tener las casas de las personas que no son muy ricas pero quieren parecerse a los ricos y, por eso, se parecen solamente las unas a las otras: tapicerías, ébano, flores, alfombras y bronces… cuantos objetos oscuros o brillantes suelen acumular las personas de una clase determinada para parecerse a las demás personas de esa clase determinada. También en su casa era tan grande ese parecido que no se podía fijar la atención en nada. Sin embargo, a él le parecía algo extraordinario. Cuando recogió en la estación a su mujer y sus hijos, los llevó a la casa profusamente iluminada donde un lacayo de corbata blanca les abrió la puerta del recibimiento adornado con flores y luego pasaron a la sala y al despacho haciendo aspavientos de admiración, Iván Ilich se sintió verdaderamente feliz. Les enseñó la casa entera, resplandeciente de dicha, disfrutando con sus elogios. Aquella misma noche, mientras cenaban, Praskovia Fiódorovna le preguntó, entre otras cosas, cómo había sido lo de su caída. Él lo explicó, riendo y reproduciendo la escena, así como el rostro del tapicero.

—Por algo soy un gimnasta. Cualquiera se hubiese matado; pero, yo sólo me di un golpe aquí. Al tocarlo me duele, pero ya se va pasando. Una simple magulladura.

Empezaron a vivir en su nueva casa —advirtiendo cuando estuvieron totalmente instalados, como siempre ocurre, que habría debido tener una habitación más— y con el nuevo sueldo —como siempre resultó también que era algo escaso, no mucho, unos quinientos rublos—, y todo marchaba bien. Marchaba muy bien, sobre todo en los primeros tiempos, cuando la instalación no estaba terminada del todo y aún tenían que comprar, encargar, cambiar de sitio o retocar algo. Aunque surgieron algunos desacuerdos entre el marido y la mujer, los dos estaban tan contentos, y había tanto por hacer, que todo se arreglaba sin grandes discusiones. Cuando no quedó ya nada que pulir, notaron como si les faltase algo, y asomó el aburrimiento. Sin embargo, por entonces tenían ya su círculo de

relaciones, habían adquirido ciertos hábitos, y la vida se llenaba con ello.
Después de pasarse la mañana en el Palacio de Justicia, Iván Ilich volvía a casa a la hora de comer y, en los primeros tiempos, solía mostrarse de buen humor, aunque algo sufría precisamente por culpa de la casa. Cualquier mancha en un mantel o una tapicería, un hilo arrancado al fleco de una cortina bastaba para irritarle: había puesto tanto afán en el arreglo de la casa, que le dolía el menor desperfecto. Pero, en términos generales, la vida de Iván Ilich transcurría del modo que, según él, debía transcurrir: fácil, agradable y correcta. Se levantaba a las nueve, tomaba el café, leía el periódico, se ponía el uniforme y se marchaba al Palacio de Justicia. Allí se enganchaba inmediatamente al carro del rutinario quehacer cotidiano: recibir a los demandantes, redactar informes, despachar los asuntos de su cancillería, asistir a las audiencias y a las reuniones públicas o de ordenanza. De ese conjunto de obligaciones, había que saber excluir todo lo basto y prosaico que siempre altera la marcha fluida del servicio. Con la gente, no se debían consentir más relaciones que las oficiales, y también debía ser oficial el motivo de las propias relaciones. Supongamos, por ejemplo, que llegaba una persona a pedir alguna información. Iván Ilich, en su calidad de alto funcionario, no podía mantener ninguna relación con ese individuo. Ahora bien: si la relación con ese individuo comportaba algo que podía plasmarse en papel con membrete, dentro del marco de estas relaciones hacía Iván Ilich todo lo necesario, absolutamente todo, observando, además, una cortesía bastante parecida a una relación humana afable. Luego, terminada la relación oficial, terminaba también cualquier otro trato. Iván Ilich dominaba en grado sumo el arte de delimitar lo relacionado con su función pública, sin mezclarlo con su vida auténtica. Gracias a su larga práctica y a su talento, había llegado a tal grado de perfección que, como un virtuoso, en ocasiones se permitía incluso, a guisa de chanza, mezclar esas dos clases de relaciones. Y se lo permitía, seguro de su fuerza para delimitar de nuevo lo relacionado con su función pública, rechazando lo humano, siempre que fuera preciso. Y todo esto lo hacía Iván Ilich de manera fácil, agradable, correcta e incluso con virtuosismo. En los intervalos fumaba, tomaba alguna taza de té y platicaba un poco de política, un poco de asuntos generales y un poco de naipes; pero, más que nada, de ascensos y nombramientos. Luego, fatigado pero con la sensación del virtuoso que ha ejecutado a la perfección su parte como uno de los primeros violines en un concierto, regresaba a su casa. Mientras, su esposa y su hija salían o recibían visitas, su hijo estaba en el liceo o preparaba sus deberes con un profesor particular y sacaba provecho de lo que le enseñaba. Todo marchaba bien. Después de comer, si no tenía visita, Iván Ilich leía a veces algún libro del que se hablara mucho y durante la velada volvía a sus asuntos: repasaba documentos, consultaba los códigos y confrontaba las declaraciones con su articulado. Aquella ocupación no le resultaba divertida, pero tampoco le fastidiaba —siempre que no se presentara la ocasión de jugar una partida—, pues al fin y al cabo era mejor que permanecer solo en su despacho o hacerle compañía a su mujer. Lo que sí le encantaba a Iván Ilich eran los pequeños almuerzos que ofrecía a señoras y caballeros de alta posición social y el esparcimiento de que disfrutaba con ellos, idéntico al esparcimiento habitual de esas personas, del mismo modo que su sala era idéntica a todas las demás salas.
Una vez, incluso organizaron una velada en la que se bailó. Iván Ilich lo pasó muy bien, y todo estuvo perfecto, aunque tuvo un gran disgusto con su mujer por culpa de las tartas y los bombones:

Praskovia Fiódorovna tenía ya hecho su plan al respecto, pero Iván Ilich insistió en que todo se pidiera a una pastelería de lujo y encargó un número excesivo de tartas. Sobraron muchas, la cuenta de la pastelería ascendió a cuarenta y cinco rublos, y de ahí surgió la discusión, enconada y desagradable, durante la cual Praskovia Fiódorovna tildó a su marido de estúpido y de inútil. Él se llevó las manos a la cabeza y, en un momento de arrebato, pronunció la palabra «divorcio». Sin embargo, la velada resultó muy alegre y asistió gente de la mejor sociedad. Iván Ilich bailó con la princesa Trufónova, hermana de la que se hizo célebre fundando la sociedad «Llévate mis pesares».

Las alegrías que le proporcionaba a Iván Ilich su función pública halagaban su amor propio; las sociales, su vanidad. Pero las auténticas alegrías eran las que le proporcionaba el *whist*. Confesaba que, después de cualquier contrariedad, incluso de los sucesos más enojosos de su vida, el mayor aliciente, la luz que brillaba como ninguna delante de él, era una partida de *whist* entre cuatro jugadores de verdad, no de esos que alborotan (entre cinco le costaba más esfuerzo seguir el juego, aunque fingiera que le gustaba mucho), jugar con inteligencia y seriedad cuando se daban bien los naipes y cenar luego, acompañando los platos con un buen vino. Después del *whist*, en particular si había obtenido una pequeña ganancia (las grandes le desasosegaban), Iván Ilich se acostaba en un estado de verdadera beatitud. Así vivían. Su círculo social, de lo más selecto, se componía de personajes, pero también había gente joven.

El marido, la esposa y la hija coincidían plenamente en la estimación de sus relaciones y, por tácito acuerdo, empleaban la misma táctica para repeler y alejar a los pelagatos —conocidos y parientes— que acudían en bandadas, con sus arrumacos, a la sala de los platos japoneses por las paredes. Pronto dejaron de acudir esos pelagatos, y en el círculo de amistades de los Golovín no quedó sino lo más selecto. Los jóvenes le hacían la corte a Liza, y el Juez de Investigación Pétrishev, hijo de Dmitri Ivánovich Pétrishev y único heredero de su fortuna, empezó a cortejarla tan asiduamente que Iván Ilich le hablaba ya a Praskovia Fiódorovna de llevarles a pasear en *troika* o de organizar algún espectáculo. Así iban viviendo, y todo marchaba de esa manera, sin altibajos, y todo estaba muy bien.

IV

La familia entera gozaba de buena salud, pues no podía considerarse falta de salud el que Iván Ilich dijera algunas veces que notaba un extraño sabor de boca y cierta molestia en el lado izquierdo del abdomen.

Pero sucedió que esa molestia comenzó a acentuarse y a convertirse, sin llegar a ser dolor, en una

constante opresión en el costado y en fuente de mal humor. Este mal humor, en continuo aumento, empezó a estropear el agradable ambiente de vida fácil y correcta que parecía haber arraigado en la familia Golovín. Menudeaban los disgustos entre marido y mujer y pronto desapareció lo agradable, manteniéndose sólo la corrección a duras penas. Volvieron las escenas con mayor frecuencia, y de nuevo quedaron sólo algunas islas —bien pocas— donde los esposos pudieran coincidir sin que se produjese un estallido.

Praskovia Fiódorovna podía decir ahora con fundamento que su marido tenía un carácter difícil. Con su tendencia a la exageración, aseguraba que siempre había tenido ese carácter difícil y que se necesitaba toda la bondad suya para soportarle a lo largo de veinte años. Lo cierto era que las discusiones las provocaba ahora él. Su sermoneo comenzaba siempre a la hora de almorzar y, a menudo, cuando habían servido la sopa: que si una pieza de la vajilla estaba desportillada, que si había salido mal un guiso, que si su hijo se acodaba sobre la mesa, que si no le gustaba el peinado de su hija… Y todas las culpas se las cargaba a Praskovia Fiódorovna. Ésta, al principio, protestaba y le soltaba un sofión, pero Iván Ilich había llegado un par de veces a exasperarse de tal manera al principio del almuerzo que sacó la conclusión de que se trataba de un estado morboso provocado al ingerir alimentos, y se resignó. No le llevaba ya la contraria, limitándose a apresurar la comida. Estimaba su resignación como un gran mérito y, una vez persuadida de que su marido tenía muy mal carácter y la había hecho desdichada, optó por compadecerse de sí misma. Y cuanto más se compadecía, más odiaba a su marido. Empezó a desear que se muriera, aunque no podía desearlo, pues con él habría desaparecido su sueldo. Esta circunstancia la irritaba todavía más contra él. Se consideraba desgraciadísima, precisamente porque ni la muerte de Iván Ilich podía salvarla y se irritaba por ello, aunque lo disimulaba; y esta irritación soterrada, a su vez, exacerbaba la del marido.

Después de una escena durante la cual se mostró Iván Ilich particularmente injusto, aunque luego confesó que, en efecto, estaba irascible, pero ello se debía a alguna dolencia, Praskovia Fiódorovna le dijo que si estaba enfermo debía ponerse en tratamiento y exigió que consultara a un célebre doctor.

Iván Ilich se avino a sus razones. Todo sucedió como él suponía; todo se hizo según se hace siempre: la espera, el afectado empaque del doctor, actitud tan familiar para Iván Ilich, pues era la misma que adoptaba él en el Palacio de Justicia, luego la auscultación, el reconocimiento, las preguntas de rigor, que implican respuestas sabidas de antemano y evidentemente inútiles, el aire entendido, sugiriendo que le basta a uno someterse para que todo quede arreglado, pues se halla ante un personaje que conoce, con plena seguridad, la manera de arreglarlo todo para cualquiera que sea. Exactamente igual que en el Palacio de Justicia, donde él adoptaba, para con los acusados, justo la misma actitud que el doctor adoptaba con él.

El doctor decía que tal y tal síntoma indicaba que dentro de él sucedía tal y tal cosa; pero que si tales y tales pruebas no lo confirmaban así, habría que suponer tal y tal otra cosa. Entonces, admitiendo tal y tal cosa… Y así sucesivamente. A Iván Ilich sólo le importaba saber si su estado era grave o no. Pero el doctor se desentendía de aquella importuna pretensión. Desde su punto de vista, era una cuestión vana y no merecía ser debatida. Sólo cabía enfocar las probabilidades de un riñón

desprendido, un catarro intestinal crónico o una afección del intestino ciego. No se trataba de una cuestión entre un riñón desprendido y el intestino ciego. En presencia de Iván Ilich, el doctor zanjó brillantemente la cuestión en favor del intestino ciego, haciendo la salvedad de que un análisis de orina podía aportar nuevos indicios, en cuyo caso se reconsideraría el diagnóstico. Aquélla era, con absoluta precisión, la actitud que tan brillantemente había adoptado miles de veces el propio Iván Ilich con los acusados. Con idéntica brillantez hizo su resumen el doctor, lanzando al acusado, por encima de los lentes, una mirada triunfal e incluso alegre. Del resumen del doctor dedujo Iván Ilich que el asunto estaba feo, hecho que le tenía sin cuidado al doctor, y quizá a todos los demás, pero que era malo para él. Esta conclusión sobrecogió dolorosamente a Iván Ilich, despertando un sentimiento de profunda compasión hacia sí mismo y de tremendo encono hacia el doctor, indiferente a un asunto de tanta importancia.

Sin embargo, no dijo nada. Se levantó, depositó un dinero sobre la mesa y suspiró:

—Los enfermos solemos hacerles a ustedes preguntas probablemente absurdas, ¿verdad? Pero, dígame, ¿se trata de una enfermedad grave o no?

El médico le miró severamente con un solo ojo a través de los lentes como diciendo: «Acusado, si no se limita usted a contestar a las preguntas, me veré obligado a ordenar que le hagan abandonar la sala».

—Le he dicho ya lo que estimo necesario y adecuado decirle. Por lo demás, nos remitiremos a las pruebas clínicas —replicó, y se despidió con una leve inclinación.

Abatido, Iván Ilich salió lentamente, subió a un trineo para volver a su casa. Durante el trayecto, no dejó de darle vueltas a cuanto le había dicho el médico, procurando verter al lenguaje corriente los enrevesados y confusos términos científicos y encontrar respuesta a la pregunta de si estaba mal, muy mal o todavía no era de cuidado la dolencia. Y se le antojaba que el sentido de todo lo dicho por el doctor era que estaba muy mal. En las calles, todo le pareció triste. Los cocheros estaban tristes; las casas, tristes; los transeúntes y los comercios, tristes también. Y el dolor aquel, roedor y sordo, que no cesaba ni un instante, parecía adquirir una significación distinta, más seria, debido a las nebulosas explicaciones del doctor. Iván Ilich le prestaba ahora una atención nueva, angustiada.

Cuando llegó a casa, empezó a contárselo todo a su mujer. Ella le escuchaba, pero a mitad del relato entró la hija con el sombrero puesto: iba a salir con su madre. Haciendo un esfuerzo, se sentó a escuchar las aburridas palabras de Iván Ilich; pero pronto se aburrió, y la madre también.

—Bueno, pues me alegro mucho. Ahora, procura tomar las medicinas regularmente. Dame la receta y mandaré a Guerasim a la farmacia —concluyó Praskovia Fiódorovna, y fue a vestirse para la calle.

Él, que había estado conteniéndose mientras su mujer permanecía en la habitación, exhaló un profundo suspiro cuando la vio salir.

—En fin… —murmuró—. Quizá no sea efectivamente nada todavía.

Empezó a tomar los medicamentos y a cumplir las prescripciones del doctor, que este mismo modificó después del análisis de orina. Pero precisamente entonces se produjo una confusión con el análisis y lo que debía hacerse a continuación. No había modo de ponerse en contacto con el doctor, y el resultado fue que no se hacía lo ordenado por él. Podía tratarse de un olvido por su parte, de una mentira, o quizá le ocultara algo.

A pesar de ello, Iván Ilich se puso a cumplir estrictamente las prescripciones, y con ello encontró cierto alivio los primeros tiempos. Desde su visita al doctor, no tuvo ocupación más importante que seguir sus indicaciones en cuanto a higiene y medicación y estar pendiente de las sensaciones de dolor y de todas las funciones del organismo. Los intereses de Iván Ilich se concentraron en las enfermedades humanas y la salud humana. Cuando delante de él se hablaba de enfermos, fallecidos o convalecientes, sobre todo si sus dolencias se parecían a la suya, escuchaba atentamente, procurando disimular su emoción, hacía preguntas y comparaba los síntomas con los suyos.

El dolor no cedía, pero Iván Ilich se esforzaba por pensar que se encontraba mejor. Y lograba engañarse mientras nada le inquietaba. Pero una disputa con su mujer, una contrariedad en su trabajo o una mala racha en el *whist* bastaba para que al instante notara toda la agudeza de su enfermedad. Antes bandeaba esos reveses con la esperanza de sobreponerse rápidamente a ellos, de alcanzar el éxito y vencer la mala suerte. Ahora, en cambio, cualquier contrariedad le abatía, llevándole a la desesperación. Solía decirse: «Ahora que empezaba a reponerme, ahora que iba haciéndome efecto la medicina, llega esta maldita desgracia, o este disgusto, y…». Entonces se enfurecía contra la desgracia o contra las personas que le mataban a disgustos, y aunque notaba que le mataba precisamente ese furor, era incapaz de dominarse. Debía haber estado claro para él que ese encono suyo contra las circunstancias o las personas agravaba su enfermedad y, por tanto, no debía prestar atención a los hechos desagradables; sin embargo, hacía todo lo contrario: decía que necesitaba calma, pero reaccionaba a cuanto destruía esa calma y se irritaba a la menor alteración. Agravaba su estado leyendo libros de medicina y pidiendo consejo a los doctores. El empeoramiento era tan paulatino que podía engañarse comparando un día con otro, pues apenas se notaba diferencia. Pero cuando pedía consejo a los médicos, sí le parecía que iba a peor, y muy rápidamente. Lo que no era óbice para que acudiese constantemente a ellos.

Aquel mismo mes consultó a otra eminencia. Esa otra eminencia le dijo casi lo mismo que la primera, aunque planteando las preguntas de modo distinto. Y la consulta a esa eminencia no hizo sino ahondar las dudas y los temores de Iván Ilich. En amigo de un amigo suyo —muy buen médico— puso un diagnóstico totalmente distinto y, aunque aseguró que se curaría, embrolló aún más a Iván Ilich con sus preguntas y sus hipótesis y ahondó sus dudas. Un homeópata le dio su parecer —también diferente— y una medicina que Iván Ilich estuvo tomando a hurtadillas durante una semana. Pero su decaimiento fue mayor todavía al cabo de esa semana al no experimentar el menor alivio y perder la fe en esa medicación y en las anteriores. En una ocasión, Iván Ilich se sorprendió escuchando atentamente, y dándole crédito, lo que una señora amiga de la casa contaba acerca de una cura milagrosa debida a unos iconos. Y se asustó: «¿Será posible que se hayan debilitado tanto mis facultades mentales? —se preguntó—. ¡Tonterías! Todo eso es absurdo. Debo sobreponerme a la aprensión, elegir un médico y seguir estrictamente sus prescripciones. Y eso haré. ¡Se acabó! No voy a darle más vueltas y, de aquí al verano, seguiré el tratamiento con todo rigor. Luego, ya veremos. Ahora, se terminaron las vacilaciones…». Eso era fácil de decir, pero imposible de cumplir. El dolor del costado continuaba molestándole, parecía ir en aumento, haciéndose permanente; el sabor de boca era cada día más extraño; tenía la impresión de que el aliento le olía horriblemente mal; iba perdiendo el apetito y las fuerzas. No podía engañarse: dentro de su ser tenía lugar un proceso

terrible, nuevo y más trascendental que cuanto le había sucedido en su vida. Y él era el único que lo sabía, mientras quienes le rodeaban no lo comprendían, o no deseaban comprenderlo, y pensaban que todo seguía igual en el mundo. Eso era lo que más atormentaba a Iván Ilich. Se daba cuenta de que sus familiares —en particular la esposa y la hija, muy metidas en la vida de sociedad— no entendían nada, y les irritaba que se mostrara tan malhumorado y exigente, como si él tuviese la culpa. Aunque procuraban disimularlo, él veía que era un estorbo. Pero su mujer había adoptado una actitud determinada respecto de su enfermedad, y a ella se atenía a despecho de lo que él pudiera decir o hacer.

—El caso es, ¿saben ustedes?, que Iván Ilich es incapaz, como haría cualquiera, de seguir rigurosamente el tratamiento que le han prescrito —decía a sus conocidos—. Un día toma las gotas, sigue el régimen y se acuesta a su hora; pero, al otro, si yo no estoy al cuidado, se le olvida la medicina, come esturión (aunque lo tiene prohibido) y se queda hasta la una de la madrugada jugando al *whist*.

—Para una vez que me ocurrió, en casa de Piotr Ivánovich… —protestaba él, contrariado.

—Y ayer, con Shebek, sin ir más lejos.

—De todas maneras, no habría podido dormir del dolor…

—Bueno; por una razón o por otra, el caso es que de esta manera no te curarás nunca y a nosotros nos haces sufrir.

Tal como la exteriorizaba para los extraños y para Iván Ilich, la actitud de Praskovia Fiódorovna hacia la enfermedad de su marido era igual que si él tuviese la culpa de la dolencia y se valiera de ella para darle un disgusto más a su mujer. Iván Ilich se percataba de que no lo hacía a propósito, pero el resultado era el mismo.

En el Palacio de Justicia, Iván Ilich notaba, o le parecía notar, una extraña actitud hacia él: unas veces se le antojaba que le miraban como a un hombre que pronto dejaría vacante su puesto y otras empezaban de pronto sus amigos a burlarse sin encono de su apresión como si el objeto más divertido para sus bromas fuera aquella cosa horrible, espantosa, inaudita, agazapada dentro de él, que le consumía sin cesar, arrastrándole inconteniblemente no sabía hacia dónde. Quien más le irritaba era Schwartz que, con su trivialidad, su vida pletórica y su aire *comme il faut*, le recordaba a Iván Ilich lo que había sido él diez años atrás.

Llegaban los amigos y se organizaba la partida. Ya estaban repartidos los naipes nuevecitos. Iván Ilich agrupaba corazones con corazones: siete en total. Su compañero decía «sin triunfos» y retenía dos corazones. ¿Qué más se podía desear? Sólo quedaba jugar con brío, alegremente.

Pero, en esto, notaba Iván Ilich aquel dolor sordo, aquel sabor de boca, y le parecía espeluznante poderse alegrar de sus buenas cartas en esas condiciones.

Se fijaba en Mijaíl Mijáilovich, su compañero, en cómo golpeaba la mesa con su mano rolliza y, respetuoso y condescendiente, en vez de arramblar con las bazas, las empujaba hacia Iván Ilich para cederle el placer de recogerlas sin esforzarse, sin estirar demasiado el brazo. «¿Se habrá creído que estoy tan débil como para no poder adelantar la mano?», pensaba Iván Ilich y, distraído, despilfarraba los triunfos hasta terminar perdiendo la ventaja que llevaba. Lo peor de todo era ver cómo sufría Mijaíl Mijáilovich mientras que a él le daba todo lo mismo. Y era espantoso pensar por

qué le daba todo igual.
Los demás notaban que lo estaba pasando mal y le decían: «Si está fatigado, podemos dejarlo. Descanse un poco». ¿Descansar? No; él no estaba fatigado en absoluto. Terminarían la partida. Todos estaban taciturnos y callados. Iván Ilich se daba cuenta de que él había motivado aquel estado de ánimo, pero no podía disiparlo. Cenaban y los amigos volvían a sus casas mientras Iván Ilich se quedaba solo, consciente de que la vida estaba emponzoñada para él, de que él, a su vez, emponzoñaba la vida de los demás y de que esa ponzoña no cedía, sino que embargaba más y más todo su ser.
Y tenía que acostarse con la consciencia de este hecho, además del dolor físico, además del miedo, y pasarse a menudo la mayor parte de la noche en vela debido al dolor. Pero a la mañana siguiente debía levantarse, vestirse, ir al Palacio de Justicia, hablar, escribir… O bien, en el caso de no ir, quedarse en casa frente a esas veinticuatro horas de la jornada, cada una de las cuales era un tormento. Y esa existencia al borde de la nada, tenía que vivirla él solo, sin una persona siquiera que le comprendiera y se condoliera de él.

V

Así transcurrió un mes, y luego otro. Poco antes de Año Nuevo, llegó su cuñado, que residía en otra ciudad, y se personó en su casa. Iván Ilich estaba en el Palacio de Justicia. Praskovia Fiódorovna había salido de compras. Al entrar en su despacho, Iván Ilich encontró a su cuñado, un hombre robusto, de complexión sanguínea, que estaba deshaciendo su equipaje. Alzó la cabeza al oír los pasos de Iván Ilich y le consideró unos instantes en silencio. Su mirada se lo dijo todo a Iván Ilich. El cuñado abrió la boca para proferir una exclamación de asombro, pero se contuvo. Aquel mismo hecho confirmó la primera impresión.
—¿Qué? ¿Me encuentras cambiado?
—Pues…, sí; algún cambio se nota.
Luego, su cuñado rehuyó la conversación todas las veces —y fueron muchas— que Iván Ilich intentó hacerla recaer sobre su aspecto físico. Al regresar Praskovia Fiódorovna, su hermano pasó con ella a sus habitaciones. Iván Ilich cerró la puerta con llave y fue a mirarse al espejo, primero de frente y luego de perfil. Tomó un retrato que se había hecho con su mujer y lo comparó con lo que reflejaba el espejo. La diferencia era tremenda. Después se arremangó hasta los codos, contempló sus brazos, volvió a bajarse las mangas y fue a sentarse en una otomana con aire tétrico.
«Basta, basta», se dijo y, poniéndose resueltamente en pie, fue a su mesa, tomó una carpeta para

estudiar su contenido, pero no pudo. Abrió la puerta y pasó al salón. La puerta de la sala estaba entornada. Se acercó de puntillas y se puso a escuchar.
—No, no. Tú exageras —decía Praskovia Fiódorovna.
—¿Que exagero? Pero, ¿no ves que es hombre muerto? Fíjate en sus ojos. Están apagados. ¿Qué es lo que tiene?
—Nadie lo sabe. Nikoláiev (uno de los médicos) ha diagnosticado algo, pero yo no sé lo que es. Leschetitski (un famoso doctor) opina lo contrario…
Iván Ilich se retiró de allí, fue a su cuarto, se acostó y empezó a pensar: «Es el riñón; el riñón fluctuante». Recordó todo lo que le habían dicho los médicos acerca de cómo se le había desprendido y ahora fluctuaba. Y se esforzaba mentalmente por asir aquel riñón, detenerlo y fijarlo en su sitio, pareciéndole que no hacía falta gran cosa para ello. «Tengo que ir nuevamente a ver a Piotr Ivánovich.» (Era el amigo que tenía un amigo médico.) Llamó al criado, dio orden de que prepararan el coche y se dispuso a salir.
—¿Adónde vas, *Jean*? —inquirió su esposa con expresión singularmente afligida y un interés inusitado.
Ese inusitado interés le irritó. Miró a su mujer con aire sombrío.
—Necesito ver a Piotr Ivánovich.
Fue a casa del amigo que tenía un amigo médico, y que le acompañó a visitarle. El médico le recibió y conversó largamente con él.
Iván Ilich lo comprendió todo al analizar anatómica y fisiológicamente los detalles de lo que, en opinión del doctor, le ocurría.
Tenía una cosa en el intestino ciego; una cosa muy pequeña. Todo aquello podía arreglarse. Con intensificar la energía de un órgano y debilitar la actividad de otro, se produciría la absorción de aquella cosa, y todo se normalizaría. Iván Ilich regresó con un poco de retraso para la comida. Después de comer estuvo charlando animadamente, pero durante un buen rato no pudo decidirse a volver al despacho. Por fin lo hizo, y en seguida se puso a trabajar. Mientras examinaba y compulsaba documentos, no le abandonaba la sensación de que tenía aplazado un asunto importante y personal, del que se ocuparía después.
Concluido su trabajo, recordó que aquel asunto importante era la idea del intestino ciego. Pero la rechazó, pasando a la sala a tomar el té. Había invitados que charlaban, tocaban el piano y cantaban. También estaba allí un Juez de Instrucción que era el prometido en ciernes de Liza. Iván Ilich pasó la velada más animado que de costumbre, según observó Praskovia Fiódorovna, pero sin olvidar ni por un instante que le esperaba una importante meditación acerca del intestino ciego. A las once se retiró, después de despedirse, al cuartito contiguo a su despacho donde dormía solo desde que estaba enfermo. Se desnudó y tomó una novela de Zola, pero no se puso a leer, sino a pensar.
En su imaginación tenía lugar la anhelada curación del intestino ciego: se representaba la absorción y la eliminación de lo que allí estorbaba y el restablecimiento de la actividad normal. «Sí; todo esto es así —se dijo—, pero hay que ayudar a la naturaleza.» Entonces se acordó de la medicina. Se incorporó un poco para tomarla y volvió a tenderse de espaldas, prestando atención al benéfico efecto que surtía y a cómo iba destruyendo el dolor. «Sí; lo único que hace falta es tomarla

regularmente y evitar las influencias perniciosas. Ahora me siento ya algo mejor; incluso mucho mejor.» Se palpó el costado: al tacto, no le dolía. «Nada, no lo siento. Realmente, ya estoy mucho mejor.» Apagó la vela y se volvió de costado. El intestino ciego se recuperaba, iba reabsorbiéndose. De repente, le acometió el viejo dolor, ya conocido, sordo, lento, tenaz, soterrado y serio. Y el mismo sabor de boca asqueroso. Se le oprimió el corazón y le dio como un vahído. «¡Dios mío, Dios mío! —profirió—. ¡Otra vez! Ya está otra vez, y no cesará nunca.» De súbito, aquello se le presentó bajo un aspecto enteramente distinto. «¡El intestino ciego! ¡El riñón!… —se dijo—. No se trata del intestino ciego ni se trata del riñón, sino que se trata de la vida… y de la muerte. Sí, de la vida que tenía y ahora se escapa; se escapa y yo no puedo retenerla. Eso es. ¿A qué engañarme? ¿No es evidente para todos, salvo para mí, que estoy muriéndome y sólo es cuestión ya del número de semanas, de días…? ¿No es evidente que puede ocurrir ahora mismo? Haber estado viendo la luz y ahora encontrarme entre tinieblas. Haber estado aquí y ahora marcharme allá. Pero…, ¿adónde?» Le embargó una sensación de frío y se quedó sin aliento. Tan sólo escuchaba los latidos de su corazón.

«Cuando yo deje de existir, ¿qué habrá? No habrá nada. Entonces, ¿dónde estaré cuando ya no exista? ¿Será la muerte? No, no quiero.» Se incorporó bruscamente, tanteó con manos trémulas buscando la vela, para encenderla, pero la dejó caer con palmatoria y todo, y volvió a desplomarse hacia atrás sobre la almohada. «¡Bah! ¿Qué más da? —se decía clavando en la oscuridad los ojos abiertos—. La muerte. Sí, la muerte. Y ninguno de ésos lo sabe, ni quiere saberlo ni se compadece. Ellos hacen música —a través de la puerta oía una voz que cantaba a lo lejos y unos *ritornelli*—. A ellos les da igual; pero también ellos morirán. ¡Estúpidos! A mí antes, a ellos después… Les ocurrirá lo mismo. Y todavía se divierten… ¡Cerdos!» Le ahogaba la rabia. Experimentó una angustia insoportable. No era posible que todos estuvieran siempre condenados a soportar aquel espantoso temor. Se incorporó.

«Algo falla. Tengo que calmarme. Tengo que volver a considerarlo todo desde el principio.» Y se puso a reflexionar. «Veamos. ¿Cómo fue el comienzo de la enfermedad? Me pegué un golpe en un costado. Pero seguí siendo el mismo, tanto aquel día como al siguiente… Me resentí un poco, luego más, y después vinieron los médicos, el abatimiento, la angustia, otra vez los médicos… Y yo me acercaba más y más al abismo. Decaían mis fuerzas. Más cerca, más cerca… Y aquí estoy, consumido, sin luz en los ojos. Es la muerte, y yo pienso en el intestino. Pienso en el modo de curar el intestino, cuando esto es la muerte. ¿Será verdaderamente la muerte?» De nuevo le embargó el miedo. Jadeaba. Se inclinó para buscar los fósforos y apoyó un codo sobre la mesita. La mesita era un estorbo y le lastimaba. Furioso contra ella, en su contrariedad la empujó con más fuerza y la derribó. Desesperado entonces, jadeante, se dejó caer de espaldas, esperando una muerte inmediata.

Era el momento en que los invitados se retiraban. Praskovia Fiódorovna, que estaba despidiéndose de ellos, oyó el ruido y entró en el cuarto.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. La he tirado sin querer.

Ella salió y regresó con una vela. Tendido en la cama, Iván Ilich tenía la respiración fatigada y anhelante de un hombre que hubiese dado una larga carrera y contemplaba a su esposa con mirada quieta.

—¿Qué te ocurre, *Jean*?
—Na… da… La… he… tirado…
«¿A qué hablar? No iba a comprenderlo», pensó.
En efecto, no lo comprendió. Recogió la vela, la encendió y salió presurosamente: tenía que despedirse de las visitas.
Cuando volvió, él seguía tendido de espaldas, mirando al techo.
—¿Es que te encuentras peor?
—Sí.
Praskovia sacudió la cabeza, tomó asiento y dijo al poco:
—¿Sabes, *Jean*? Estoy pensando en si no deberíamos llamar a Leschetitski.
Eso significaba hacer venir a casa al famoso doctor y no reparar en gastos. Iván Rich sonrió malignamente y dijo: «No». La esposa permaneció todavía algún tiempo allí, luego se le acercó y le dio un beso en la frente.
Mientras le besaba, él la odiaba con toda su alma y hacía esfuerzos por no repelerla.
—Buenas noches. Dios quiera que puedas dormir.
—Sí.

VI

Iván Ilich advertía que se estaba muriendo y se hallaba en un estado de constante desesperación.
En el fondo del alma, sabía que se estaba muriendo; pero, lejos de hacerse a esa idea, sencillamente no lo comprendía, no lograba comprenderlo de ningún modo.
Aquel ejemplo de silogismo aprendido en el Tratado de Lógica de Kiseveter —«Cayo es un hombre, los hombres son mortales y, por tanto, Cayo es mortal»— le había parecido durante toda su vida axiomático tan sólo con respecto a Cayo, pero en modo alguno con respecto a él. Aquello se refería al Cayo hombre, a un hombre como todos, y era perfectamente justo; pero él no era Cayo ni un hombre como todos, sino que había sido siempre un hombre absolutamente distinto a todos los demás seres. Él había sido Vania con su papá y mamá, con Mitia y Volodia, con sus juguetes, con el cochero, con la niñera y después con Kátenka; con todas las alegrías, las penas y los entusiasmos de la infancia, la adolescencia y la juventud. ¿Acaso existió para Cayo el olor del balón de cuero a rayas que tanto le gustaba a Vania? ¿Acaso besó Cayo la mano de su madre como la besaba él y acaso susurraban igual para Cayo los pliegues de seda del vestido de la madre? ¿Acaso armaba camorra en la Escuela de Jurisprudencia por unos pastelillos más o menos? ¿Acaso estuvo Cayo tan

enamorado como él? ¿Fue acaso capaz de presidir, como él, una vista?
«Cayo era, efectivamente, mortal, y justo fue que muriese. Pero otra cosa soy yo, Vania, Iván Ilich, con todos mis sentimientos y todas mis ideas. Es imposible que yo haya de morir. Sería demasiado espantoso.»
Esto era lo que sentía.
«Si hubiese de morir también yo, lo mismo que Cayo, lo habría intuido de alguna manera, me lo hubiera dicho una voz interior. Sin embargo, yo no percibía nada parecido. Tanto mis amigos como yo comprendíamos que lo nuestro no tenía nada que ver con lo de Cayo. Y ahora me encuentro con esto —se decía—. No puede ser. No puede ser, pero es. ¿Cómo ha sucedido? ¿Cómo se explica?»
No lograba entenderlo, y procuraba ahuyentar ese pensamiento, que tildaba de ficticio, erróneo y enfermizo, sustituyéndolo por otros, ecuánimes y sanos. Pero el pensamiento aquel —y no tanto el pensamiento como una aparente realidad— acudía de nuevo y se plantaba delante de él.
Entonces se aferraba sucesivamente a otros pensamientos, en lugar de aquél, con la esperanza de encontrar protección en ellos. Intentaba volver al anterior discurrir de sus ideas, a las que antes le disimulaban la idea de la muerte. Pero —hecho curioso— todo lo que antes velaba, disimulaba y destruía la consciencia de la muerte era ya incapaz de surtir el mismo efecto. En los últimos tiempos, Iván Ilich se consagraba fundamentalmente a estas tentativas de restablecer el curso anterior del pensamiento que velaba la idea de la muerte. Unas veces se decía: «Me consagraré a mis funciones, puesto que para mi carrera he vivido». Entonces iba al Palacio de Justicia ahuyentando cualquier duda; charlaba con sus colegas, tomaba asiento con su aire distraído habitual, paseando una mirada pensativa por el público y, apoyado con sus manos enflaquecidas en los brazos del sillón de roble, se inclinaba como de costumbre hacia alguno de sus colegas, aproximando unos papeles e intercambiando unas palabras a media voz y luego, levantando de pronto los ojos y sentándose derecho, pronunciaba las palabras de ritual para dar comienzo a la vista. Pero, en medio de todo aquello, el dolor del costado reanudaba súbitamente *su* acción angustiadora, sin reparar en el período de desarrollo de la causa. Iván Ilich prestaba atención, procurando ahuyentar la idea del dolor, pero él seguía su obra y entonces llegaba *ella*, se plantaba delante y le miraba. Iván Ilich se quedaba petrificado y, ya sin brillo en los ojos, volvía a la misma pregunta: «¿Será posible que sólo *ella* sea la verdad?». Los colegas y los subordinados veían entonces, con sorpresa y pesar, cómo se embrollaba y cometía errores un magistrado tan brillante y sutil. Él hacía un esfuerzo, procuraba recobrarse, conducía mal que bien la sesión hasta el final y regresaba a su casa con la triste convicción de que su actividad en la Magistratura no podía ocultarle ya como antes lo que él deseaba ocultar; de que su actividad en la Magistratura no podía librarle de *ella*. Lo peor de todo era que *ella* no atraía su atención para que emprendiera alguna cosa determinada, sino tan sólo para que la mirase a los ojos, para que la mirase y, sin más, sufriera indeciblemente.
Para librarse de aquella situación, Iván Ilich buscaba amparo, otras protecciones; esas protecciones surgían y por breve tiempo parecían salvarlo, pero en seguida volvían a desmoronarse o más bien a translucirse, como si *ella* penetrara a través de todo y ningún obstáculo pudiera oponérsele.
Le sucedía en estos últimos tiempos que penetraba en la sala, en la sala amueblada por él —la sala donde sufrió la caída y para la cual, según pensaba con burla mordaz, para cuyo acondicionamiento,

había sacrificado su vida, pues sabía que su enfermedad arrancaba de aquella contusión—, y, al entrar, advertía un arañazo en la pulida superficie de una mesa. Buscaba la causa y descubría que la cantonera de bronce de un álbum tenía un pico doblado. Tomaba el álbum, un álbum caro, amorosamente compuesto por él mismo, y le disgustaba la negligencia de su hija y sus amigos al ver algún retrato roto o fuera de su sitio. Volvía a poner orden con sumo cuidado y enderezaba el pico doblado de la cantonera.

Luego se le ocurría trasladar todo aquel *établissement* de los álbumes a otro rincón de la sala, donde había unas flores. Llamaba a un criado. La hija o la esposa acudían a ayudar: levantaban objeciones, le llevaban la contraria; él discutía, se enfadaba… Pero a todo se avenía porque entonces no se acordaba de *ella*, no *la* veía…

Pero en esto, cuando él estaba moviendo algo, su esposa decía: «Deja eso a los criados, no vayas a hacerte daño otra vez». Y súbitamente asomaba *ella*. Iván Ilich *la* veía. *Ella* no había hecho más que asomar, y aunque Iván Ilich abrigaba todavía la esperanza de que desaparecería, prestaba involuntariamente atención a su costado: allí seguía aquello, causándole el mismo dolor sordo. Iván Ilich no podía olvidarlo ya, y *ella* le miraba, materialmente, desde detrás de las flores. ¿A qué venía todo aquello?

«Es cierto. Aquí, en el momento de colgar esta cortina, perdí yo la vida como una batalla. ¿Será posible? ¡Qué espantoso y qué estúpido! ¡No puede ser! No puede ser, pero es.»

Volvía al despacho, se acostaba y de nuevo se quedaba a solas con *ella*. Cara a cara con *ella*. Y no había nada que hacer contra *ella*. Sólo podía mirarla, sobrecogido de horror.

VII

Al tercer mes de enfermedad —y sin que pudiera decirse cómo había ocurrido, pues ocurrió paso a paso, inadvertidamente—, tanto la esposa, la hija y el hijo de Iván Ilich como la servidumbre, los conocidos, los médicos y, sobre todo, él mismo, sabían que todo el interés que inspiraba a los demás se reducía a la cuestión de si por fin dejaría pronto vacante su puesto, libraría pronto a los vivos del engorro causado por su presencia y se libraría él de sus padecimientos. Como dormía cada vez menos, le administraban opio y luego empezaron a inyectarle morfina. Pero no sentía alivio. La sorda angustia que experimentaba en su estado de semi-inconsciencia le había aliviado al principio tan sólo por la impresión de novedad; pero luego empezó a atormentarle tanto o más que el franco dolor.

Le preparaban alimentos especiales preseritos por los médicos; pero aquellos platos le resultaban cada día más insulsos y repugnantes.

También para el momento de la defecación se habían adoptado medidas especiales, y aquella operación resultaba cada vez un tormento; un tormento por la suciedad, el impudor y los olores, un tormento porque requería la intervención de otra persona.
Sin embargo, en aquel menester, el más desagradable, halló precisamente un consuelo Iván Ilich. Quien se encargaba de retirarlo era siempre Guerasim, el mozo de comedor. Guerasim, un mujik joven y pulcro, rubicundo gracias a la buena alimentación de que gozaba en la ciudad, tenía una expresión alegre y despejada. Al principio le turbaba a Iván Ilich el aspecto de aquel hombre, siempre aseado, vestido a la rusa, dedicado a un quehacer tan repugnante.
Una vez, sin fuerzas para ponerse los pantalones al levantarse del bacín, Iván Ilich se desplomó en una butaca y quedó contemplando con horror sus muslos desnudos, consumidos, con la piel fláccida.
Entró en esto Guerasim, con paso ágil y recio, trayendo la lozanía del aire invernal unida al olor a brea de sus gruesas botas altas. Llevaba un limpio mandil de retor y una limpia camisa arremangada, que dejaba al aire sus brazos robustos de hombre joven.
Se acercó al bacín sin mirar a Iván Ilich y refrenando, evidentemente, la alegría de vivir que resplandecía en su rostro para no ofuscar al enfermo.
—Guerasim… —le interpeló Iván Ilich con voz débil.
El criado se sobresaltó, temeroso sin duda de haber incurrido en falta, y volvió en seguida hacia el enfermo su rostro bondadoso, sencillo, terso y juvenil, en el que sólo empezaba a despuntar la barba.
—Mándeme el señor.
—Me figuro que esto te resultará desagradable. Perdona, pero yo no puedo…
—¡Por Dios, señor! —Guerasim tenía los ojos brillantes y una dentadura blanca de hombre joven—. ¿Qué trabajo me cuesta? Además, estando el señor enfermo…
Hizo lo que solía hacer, con manos fuertes y diestras, se retiró y a los cinco minutos volvió a entrar, pisando tan ligeramente como se había marchado.
Iván Ilich continuaba sentado en el sillón.
—Guerasim —dijo cuando éste hubo dejado en su sitio el bacín limpio y fregado—: levántame un poco. Yo solo no puedo, y he despedido a Dimitri.
Guerasim se acercó y, con la misma ligereza con que caminaba, levantó ágil y suavemente a Iván Ilich entre sus brazos vigorosos, le sostuvo con una mano, subió el pantalón con la otra y quiso sentarle de nuevo. Pero Iván Ilich le pidió que le llevara al diván. Guerasim obedeció y, sin el menor esfuerzo, como si no pesara nada, le llevó casi en vilo hasta el diván y allí le sentó.
—Gracias. Con cuánta destreza y qué bien lo haces todo…
Guerasim sonrió de nuevo, disponiéndose a retirarse, pero Iván Ilich se encontraba tan a gusto con su presencia, que se resistía a dejarle marchar.
—Mira: acércame esa silla, haz el favor. No; esa otra, debajo de los pies. Siento alivio cuando tengo los pies en alto.
Guerasim trajo la silla, la posó verticalmente, sin golpear con ella en el suelo, y levantó las piernas de Iván Ilich hasta dejarlas encima del asiento. A Iván Ilich le pareció que sentía alivio mientras Guerasim le mantenía los pies en alto.
—Me siento mejor cuando tengo los pies más altos —dijo—. Ponme aquel almohadón debajo.

Guerasim obedeció. Volvió a levantarle los pies y a dejarlos luego sobre el asiento. Iván Ilich volvió a sentirse mejor mientras Guerasim le sostenía los pies. Cuando los soltó, le pareció que estaba peor.
—Guerasim —preguntó—, ¿estás ocupado ahora?
—En modo alguno, señor —contestó Guerasim, que entre la gente de la ciudad había aprendido a hablar a los señores.
—¿Qué faenas te quedan por hacer todavía?
—¿Faenas? Las tengo todas hechas. Sólo me falta partir leña para mañana.
—Entonces, sosténme los pies en alto, ¿quieres?
—¿Por qué no? Claro que sí —Guerasim le levantó más los pies, y a Iván Ilich le pareció que en aquella postura no sentía en absoluto el dolor.
—Y la leña, ¿qué?
—No se preocupe el señor. Ya la partiré.
Iván Ilich le mandó a Guerasim que se sentara sosteniéndole los pies en alto, y se puso a charlar con él. Y, cosa extraña, le pareció que así se encontraba mejor.
A partir de entonces, Iván Ilich llamaba algunas veces a Guerasim para que le sostuviera los pies sobre sus hombros, y le gustaba platicar con él. Guerasim se prestaba a ello de buena gana, simple y llanamente, con una bondad que conmovía a Iván Ilich. La salud, la fuerza y la vitalidad de las demás personas ofuscaban a Iván Ilich, y únicamente la fuerza y la vitalidad de Guerasim no le afligían, sino que le calmaban.
Lo que atormentaba a Iván Ilich era la mentira, esa mentira que todos adoptaban, no sabía por qué; la mentira de que él sólo estaba enfermo pero no se moría, de que él sólo necesitaba estar tranquilo y cuidarse para que resultara algo muy bueno. Sin embargo, a él le constaba que, se hiciera lo que se hiciera, no resultaría nada más que sufrimientos aún mayores y luego la muerte. Y le atormentaba aquella mentira, le atormentaba que no quisieran confesar lo que todos sabían y también sabía él, sino que quisieran seguir mintiéndole con respecto a su horrible situación y le obligaran a él mismo a tomar parte en esa mentira. La mentira, esa mentira que descargaban sobre él en vísperas de su muerte, la mentira destinada a rebajar el terrible y solemne acto de su muerte al nivel de las visitas, los cortinajes o el esturión del almuerzo… era horriblemente atormentadora para Iván Ilich. Cosa extraña, muchas veces estuvo en un tris de gritarles cuando se valían de sus argucias con él: «¡Basta ya de mentir! Vosotros sabéis, y yo también lo sé, que me muero. Conque, ¡dejad de mentir, por lo menos!». Pero nunca había tenido el valor de hacerlo. Se daba cuenta de que el terrible y espantoso acto de su extinción era reducido por cuantos le rodeaban al grado de un contratiempo fortuito, en parte indecoroso (así se trata, sobre poco más o menos, a la persona que, al entrar en un salón, despide un olor desagradable), en virtud de ese mismo «decoro» del que había sido esclavo toda su vida; se daba cuenta de que nadie le compadecía porque nadie quería comprender siquiera su situación. Tan sólo Guerasim comprendía esta situación y le compadecía. Y por eso se encontraba a gusto Iván Ilich únicamente en compañía de Guerasim. Se encontraba a gusto cuando Guerasim se pasaba a veces las noches sosteniéndole las piernas y se negaba a retirarse a dormir, diciendo: «No se preocupe el señor. Ya tendré tiempo de dormir, Iván Ilich»; o bien cuando añadía, pasando a tutearle de pronto: «Si no estuvieras enfermo… Pero, así, ¿cómo no voy a atenderte?». Guerasim era

el único que no mentía; el único, a juzgar por todos los indicios, que comprendía lo que pasaba y no consideraba necesario disimularlo, compadeciendo sencillamente a su señor, consumido y debilitado. Una vez que Iván Ilich insistía en que se retirase, llegó incluso a decir claramente:
—Todos hemos de morir. ¿Cómo va uno a reparar en estos cuidados? —replicó, dando así a entender que no le pesaba su trabajo precisamente porque lo dedicaba a un moribundo y tenía la esperanza de que también para él asumiría alguien el mismo trabajo cuando le llegase su hora.
Aparte de esa mentira, o como consecuencia de ella, lo que más atormentaba a Iván Ilich era que nadie se condoliese de él tal y como él hubiera querido que se condolieran. Había momentos en que, después de una prolongada crisis dolorosa, y aunque le diese rubor confesarlo, lo que hubiera deseado era que alguien le mimase como a una criatura enferma. Hubiera querido que le acariciasen, le besaran y llorasen con él lo mismo que se acaricia y consuela a los niños. Sabía que era imposible —debido a la importancia de su posición social, a su barba entrecana— y, sin embargo, lo deseaba. En sus relaciones con Guerasim había precisamente algo parecido y por eso encontraba consuelo en ellas. Iván Ilich tenía ganas de llorar, deseaba que le mimasen y llorasen con él, cuando en esto llegaba su colega, el juez Shebek, y entonces Iván Ilich, en vez de llorar y buscar consuelo, adoptaba una expresión rigurosa, grave, sesuda, y por inercia planteaba y defendía a rajatabla su punto de vista sobre una casación. Esa mentira, latente a su alrededor y dentro de él, fue lo que más emponzoñó los últimos días de existencia de Iván Ilich.

VIII

Era por la mañana. Y era por la mañana únicamente porque Guerasim se había retirado, siendo sustituido por Piotr, el lacayo, quien apagó las velas, descorrió uno de los cortinones y se puso a recoger poco a poco la habitación. Tanto mañana o tarde, tanto en lunes como en domingo, todo era igual, todo era indiferentemente lo mismo: el suplicio del dolor sordo, ininterrumpido; la consciencia de que la vida iba extinguiéndose irremediablemente, aunque no se había extinguido todavía; el avance de aquella muerte horrible y odiosa y siempre la misma mentira. Así, ¿qué importaban los días, las semanas o las horas?
—¿Le sirvo el té?
«Él tiene que seguir con su rutina y los señores deben tomar el té por la mañana», pensó Iván Ilich, y sólo dijo:
—No.
—¿No desea trasladarse al diván?

«Él tiene que arreglar la alcoba y yo le estorbo; yo represento la suciedad y el desorden», pensó Iván Ilich, y sólo dijo:
—No. Déjame.
El criado siguió limpiando todavía un rato. Iván Ilich adelantó una mano. Piotr se acercó.
—¿Desea algo el señor?
—El reloj.
Piotr tomó el reloj, que estaba al alcance de la mano de Iván Ilich, y se lo entregó.
—Las ocho y media. ¿No se han levantado todavía?
—No, señor. Únicamente Vasili Ivánovich (era el hijo de Iván Ilich) se ha marchado al liceo. Pro Praskovia Fiódorovna ha dado orden de que la despertaran si preguntaba usted por ella. ¿Desea que la llamen?
—No, no hace falta. —«¿Y si probara a tomar un poco de té?», pensó—. ¡Ah!… Tráeme el té, anda.
Piotr se dispuso a salir. Iván Ilich sintió pánico de quedarse solo. «¿Cómo le retendría yo? ¡Ah, sí! La medicina.»
—Piotr, acércame la medicina.
«¿Quién sabe? Puede que me alivie todavía.»
Se tomó una cucharada. «No, no me aliviará. Todo esto es una estupidez, un engaño —dictaminó, nada más percibir el sabor dulzón, que no le inspiraba ninguna confianza—. No; no puedo tener fe en esto. Pero, y el dolor, ¿por qué he de padecer el dolor? Si se calmara, aunque sólo fuese por un momento…» Dejó escapar un gemido. Piotr volvió hacia él.
—No. Vete. Tráeme el té.
Piotr se retiró. Al quedarse solo, Iván Ilich exhaló otro gemido, y no tanto de dolor, aunque era espantoso, como de angustia. «Siempre igual, siempre igual, siempre estos días y estas noches interminables. ¡Ojalá fuera pronto! ¿Pronto? ¿El qué? La muerte, las tinieblas. No, no. ¡Todo es preferible a la muerte!»
Cuando entró Piotr con la bandeja del té, Iván Ilich estuvo mirándole un buen rato, despistado, sin caer en la cuenta de quién era ni lo que hacía allí. Piotr se sintió turbado bajo aquella mirada y entonces fue cuando Iván Ilich se rehízo.
—¡Ah, sí! El té… Está bien. Déjalo ahí. Pero ayúdame a lavarme y a cambiarme de camisa.
Iván Ilich empezó a asearse. Entre pausa y pausa, se lavó las manos y la cara, se cepilló los dientes y, cuando iba a peinarse, se miró al espejo. Quedó espantado. Lo más espantoso era ver cómo se pegaban los cabellos lacios a su frente pálida.
Mientras se cambiaba de camisa rehuyó mirarse al espejo, a sabiendas de que sentiría más espanto todavía si contemplaba su cuerpo. Por fin terminó aquella operación. Se puso un batín y, envuelto en una manta de viaje, se instaló en una butaca para tomar el té. Por un momento se sintió refrescado, pero el mal sabor de boca y el dolor de siempre reaparecieron en cuanto probó el té. Acabó de tomárselo a la fuerza y se acostó, estirando las piernas. Se acostó y despidió a Piotr. Todo igual. Tan pronto brillaba un atisbo de esperanza como se encrespaba un mar de desesperación. Y siempre el dolor, siempre el dolor, siempre la angustia y siempre todo igual. Era espantosamente angustioso estar solo, habría querido llamar a alguien, pero ya sabía de antemano que en presencia de otras

personas se encontraría aun peor. «Si me inyectaran otra vez morfina… Me quedaría traspuesto. Hablaré al doctor, le diré que invente alguna otra cosa. Esto es imposible. Es imposible continuar así.»

Transcurría de esta manera una hora, luego otra… En esto sonaba el timbre del vestíbulo. Sería el doctor. En efecto, era el doctor, lozano, eufórico, obeso y alegre, con el aire de decir: «Parece que algo le tiene sobresaltado, pero en seguida lo vamos a solucionar». El doctor sabía que aquella expresión no era adecuada allí, pero la había adoptado de una vez para siempre, y no podía quitársela, como una persona que se hubiera vestido de frac desde por la mañana para hacer visitas. Animoso, confortador, se frotaba las manos.

—Traigo frío de la calle. Está helando de firme. Deje que entre un poco en calor —decía con el mismo aire que si sólo hiciera falta esperar un poco a que él entrase en calor porque entonces lo solucionaría todo—. Bueno, ¿qué tal, eh?

Iván Ilich notaba que el médico estaba a punto de soltar: «¿Cómo andan esos ánimos?», pero que, dándose cuenta de que allí no podía hablar de esa forma, preguntaba:

—¿Cómo ha pasado la noche?

Iván Ilich contemplaba al doctor con mirada que decía: «¿Es posible que no llegues a avergonzarte nunca de mentir así?», pero el médico no quería recoger la pregunta.

—Tan espantosamente mal como de costumbre —contestaba entonces Iván Ilich—. El dolor no cesa ni remite. Algo se podrá hacer…

—Los enfermos salen ustedes siempre con la misma canción. Bueno, parece que he entrado ya en calor y ni la puntillosa Praskovia Fiódorovna tendría nada que objetar a mi temperatura. Vaya, ¡buenos días! —y el doctor estrechaba su mano.

Abandonando toda su anterior frivolidad, el médico iniciaba entonces con aire grave el reconocimiento del paciente, le tomaba el pulso y la temperatura, le auscultaba… Iván Ilich tenía la firme y total convicción de que todo aquello no era más que estupidez y engañifa; pero cuando el médico, arrodillado junto a él, adelantaba el busto para aplicar su oído más arriba o más abajo al tiempo que realizaba con aire absorto una serie de movimientos parecidos a evoluciones gimnásticas, Iván Ilich se rendía a todo aquello, igual que en ocasiones se rendía a los discursos de los abogados, aunque demasiado sabía él que todos sus alegatos eran mentiras y por qué razón mentían.

El doctor no había terminado aún de auscultar a Iván Ilich cuando se escuchó cerca de la puerta el susurro sedoso del vestido de Praskovia Fiódorovna y la reprimenda que le dirigía a Piotr por no haberla prevenido de la llegada del médico.

Entró, le dio un beso al marido y en seguida se puso a afirmar que llevaba ya mucho tiempo levantada y sólo por un malentendido no se encontraba allí cuando llegó el doctor, Iván Ilich la miraba, observándola de arriba abajo y reprochándole mentalmente la blancura de su cutis, sus redondeces, la pulcritud de las manos y del cuello, el brillo del pelo y el fulgor de los ojos, llenos de vida. La odiaba con todas las fuerzas de su alma. A cualquier contacto suyo reaccionaba con un acceso de animadversión.

La actitud de Praskovia Fiódorovna hacia Iván Ilich y su enfermedad era la de siempre. Igual que el médico había adoptado hacia los enfermos una postura de la que no podía apartarse, también ella

había adoptado hacia su marido una postura determinada que no podía abandonar: la de que Iván Ilich no cumplía ciertas prescripciones necesarias, con lo cual era responsable de su estado y ella se lo reprochaba cariñosamente.
—Pero ¡si no hace caso a nadie! No toma los medicamentos a su hora. Y, sobre todo, se acuesta en una postura que de seguro le perjudica: con los pies en alto.
Y contó cómo obligaba a Guerasim a sostenerle los pies.
La sonrisa condescendientemente despectiva con que contestó el médico parecía decir: «¿Qué le vamos a hacer? Estos enfermos inventan a veces unas tonterías… Pero hay que perdonarles».
Cuando el doctor terminó el reconocimiento y consultó su reloj, Praskovia Fiódorovna anunció a Iván Ilich que, aunque no le pareciera bien, ella había llamado a un eminente doctor para que celebrara consulta con Mijaíl Danílovich (el médico de cabecera).
—Y no te opongas, por favor. Ya sabes que lo hago por mí —añadió irónicamente, dando a entender que lo hacía todo por él y, sólo con eso, le quitaba todo derecho a oponerse.
Iván Ilich callaba haciendo una mueca. Notaba que la mentira que le rodeaba estaba tan embrollada que se hacía ya difícil desentrañar nada en ella.
Lo que Praskovia Fiódorovna hacía por la enfermedad de su marido, lo hacía exclusivamente para sí misma, en efecto; pero se lo decía así para que, ante un hecho tan inverosímil, él lo entendiera a la inversa.
A las once y media llegó efectivamente la eminencia médica. Se repitieron las auscultaciones y los sesudos debates —unas veces en presencia suya y otras en la estancia contigua— en torno al riñón y al intestino ciego; se repitieron las preguntas y las respuestas con aire tan entendido que, de nuevo, en lugar de la cuestión palmaria acerca de la vida y de la muerte —la única que ahora se le planteaba a Iván Ilich— resurgía la cuestión del riñón y del intestino ciego que no se comportaban como debían comportarse y a los cuales, por eso mismo, atacarían inminentemente Mijaíl Danílovich y la eminencia médica, obligándoles a enmendarse.
El eminente doctor se despidió con expresión grave, pero no desesperanzada, y a la tímida pregunta acerca de una posible curación —que Iván Ilich le hizo levantando hacia él unos ojos donde brillaban el temor y el anhelo—, contestó que no podía asegurar nada, pero sí existía esa eventualidad. La mirada de esperanza con que Iván Ilich siguió al doctor cuando se retiraba era tan lamentable que Praskovia Fiódorovna no pudo retener las lágrimas al trasponer la puerta del despacho para abonar sus emolumentos al eminente doctor.
Poco duró la sensación estimulante que le produjo a Iván Ilich la vaga esperanza insinuada por el doctor. De nuevo se encontraba en la misma habitación, con los cuadros, las cortinas, la tapicería y los medicamentos de siempre y con su dolorido y torturado cuerpo de siempre. Iván Ilich empezó entonces a quejarse. Le pusieron una inyección y se quedó traspuesto.
Oscurecía cuando se despertó. Le sirvieron la comida. Se tomó el caldo a la fuerza; y otra vez lo mismo, otra vez la noche en ciernes. Después de la comida, a las siete, entró en su habitación Praskovia Fiódorovna, vestida de noche, con el voluminoso pecho muy ceñido y huellas de polvos de arroz en la cara. Por la mañana le había advertido ya a Iván Ilich que ella y sus hijos irían al teatro. Sarah Bernhardt estaba allí de turné y ellos tenían un palco, adquirido a instancias del propio Iván

Ilich. Pero a él se le había olvidado ya, y el atuendo de su esposa le ofuscaba ahora. Sin embargo, disimuló esa vejación al recordar que él mismo había insistido en que adquirieran ese palco y asistiesen a la función por tratarse de un placer estético e instructivo para los hijos.

Praskovia Fiódorovna entró muy oronda, pero como si tuviera algo que reprocharse. Tomó asiento, le preguntó a su marido cómo se encontraba —él se dio cuenta de que lo hacía sólo por preguntar y no por el deseo de enterarse, pues no había nada nuevo de qué enterarse— y luego se puso a decir lo que en tal circunstancia debía decir: que ella no habría ido de ninguna manera al teatro, pero que tenían ya tomado el palco; que, además, iba *Hélène*, iba Liza (la hija de ambos) y Pétrishev (el Juez de Instrucción que pretendía a Liza) y no se podía consentir que fueran solos… Ella, desde luego, habría preferido quedarse haciéndole compañía. Sólo le pedía que, en su ausencia, cumpliera las prescripciones del médico.

—Por cierto: Fiódor Petróvich (el pretendiente) quería pasar a verte. ¿Qué te parece? Y Liza también.

—Que pasen.

Entró la hija, muy compuesta, descotada, mostrando parte de su cuerpo joven. (A él, en cambio, ¡cuánto le hacía sufrir su cuerpo!) Fuerte y saludable, evidentemente enamorada, Liza renegaba de la enfermedad, del sufrimiento y de la muerte que hacían sombra a su dicha.

También entró Fiódor Petróvich, de frac, peinado *á la Capoul*, con su largo cuello musculoso apresado por la tirilla, una enorme pechera blanca, los fuertes muslos ceñidos por el estrecho pantalón negro, y la chistera en la mano donde llevaba puesto un guante blanco.

Detrás de él se deslizó como huidizamente el hijo de Iván Ilich con su uniforme de liceísta nuevecito y los guantes puestos —¡pobrecillo!— y unas tremendas ojeras cuyo origen conocía Iván Ilich.

Siempre le había inspirado su hijo cierta compasión. Y ahora era terrible ver su mirada de susto y condolencia. Iván Ilich pensaba que, aparte de Guerasim, su hijo Vasia era la única persona que le comprendía y le compadecía.

Tomaron todos asiento y de nuevo le preguntaron cómo se sentía. Se produjo una pausa. Liza le preguntó a su madre por los gemelos de teatro. Las dos se enzarzaron en una discusión sobre quién los había extraviado. Fue una escena desagradable.

Fiódor Petróvich le preguntó a Iván Ilich si había visto alguna vez a Sarah Bernhardt. Al principio, Iván Ilich no cayó en la cuenta de lo que le preguntaba, pero luego dijo:

—No. Y usted, ¿la ha visto ya?

—Sí. En *Adrienne Lecouvreur*.

Praskovia Fiódorovna opinó que estaba particularmente bien en tal papel. La hija no se mostró conforme. Se inició una conversación acerca de la elegancia y el realismo de su juego; una de esas conversaciones que son siempre iguales.

En plena charla, Fiódor Petróvich miró fortuitamente a Iván Ilich y enmudeció. Los demás le miraron entonces, y también callaron. El enfermo tenía clavados en un punto los ojos, brillantes de evidente indignación contra ellos. Era preciso enmendar aquella situación, pero no había manera de hacerlo. Era preciso romper de algún modo aquel silencio. Nadie se atrevía ante el temor de que, por alguna razón, se desmoronara repentinamente la decorosa mentira, evidenciando para todos la realidad. Liza

fue quien primero se decidió. Rompió el silencio. Hubiera querido disimular lo que todos experimentaban, pero no lo consiguió.
—Bueno… *Si hemos de ir,* ya es hora —dijo, consultando su reloj, regalo del padre; luego dirigió a su pretendiente una sonrisa casi imperceptible, como sobreentendiendo algo que sólo ellos conocieran, y se levantó, envuelta en el susurro sedoso de su vestido.
Los demás se levantaron también, todos se despidieron y se marcharon.
Una vez que salieron, le pareció a Iván Ilich que sentía alivio: no le rodeaba ya la mentira, que se había marchado con ellos, pero quedaba el dolor. El mismo dolor y el miedo de siempre hacían que se sintiera de mal en peor.
De nuevo se sucedieron los minutos, y luego las horas, sin que nada cambiara, sin que llegara el fin, ese fin inexorable y más pavoroso por momentos.
—Sí; que venga Guerasim —contestó a la pregunta de Piotr.

IX

Praskovia Fiódorovna regresó ya avanzada la noche. Entró de puntillas, pero Iván Ilich la oyó: abrió los ojos y en seguida los cerró de nuevo para volver a abrirlos cuando quiso despedir a Guerasim para quedarse ella a su lado.
—No, vete —dijo.
—¿Sufres mucho?
—¿Qué más da?
—Toma algo de opio.
Iván Ilich accedió, se tomó unas gotas, y su mujer le dejó.
Aproximadamente hasta las tres permaneció sumido en un angustioso amodorramiento. Le parecía que estaban introduciéndole a la fuerza en un angosto y profundo saco negro, que le empujaban más y más sin acabar de meterle dentro. Aquella operación, espantosa para él, le causaba sufrimiento. Iván Ilich sentía miedo y al mismo tiempo deseaba precipitarse hasta el fondo; se resistía y al mismo tiempo ayudaba al extraño proceso. Hasta que de pronto se desprendió, iniciando una caída que le despertó. Como siempre, Guerasim estaba sentado a los pies de la cama y dormitaba, tranquila y pacientemente. Y él yacía, apoyando en los hombros del criado los pies enflaquecidos con los calcetines puestos. Como siempre, allí estaba la vela, con su pantalla, y allí estaba el dolor de siempre, incesante.
—Retírate, Guerasim —susurró Iván Ilich.

—No se preocupe. Me quedaré todavía.
—No. Márchate.
Bajó los pies, se acostó de lado, con la mejilla apoyada en las manos, y sintió compasión de sí mismo. Sólo aguardó a que Guerasim pasara a la habitación contigua para romper a llorar lo mismo que un niño, sin contenerse ya más. Lloraba su desvalidez, su espantosa soledad, la crueldad humana y la crueldad divina, lloraba la ausencia de Dios.
«¿Para qué has hecho todo esto? ¿Para qué me has traído al mundo? ¿Por qué razón, por qué razón me haces sufrir de esta manera?» No esperaba respuesta, y lloraba precisamente porque no había ni podía haber respuesta. Volvía el dolor, pero él no rebulló ni llamó a nadie. «Sigue, aprieta más —se decía para sus adentros—. Pero ¿por qué? ¿Qué te he hecho? ¿Por qué?»
Luego se calmó, dejó de llorar, e incluso de respirar, convertido todo él en atención: lo que parecía escuchar no era la voz que habla con sonidos, sino la voz del alma, el discurrir de los pensamientos que tenía lugar dentro de él.
—¿Qué es lo que quieres? —fue el primer concepto que escuchó nítidamente, el primero que podía ser expresado con palabras—. ¿Qué es lo que quieres, di? —se repetía—. ¿Qué?
—No padecer. Vivir —contestó.
Y de nuevo se entregó a una atención tan sostenida que ni siquiera el dolor le distraía de ella.
—¿Vivir? ¿De qué manera? —inquirió la voz del alma.
—Pues, sí, vivir. Vivir como he vivido antes: vivir bien, de forma agradable.
—¿Vivir bien y de forma agradable como has vivido antes? —preguntó la voz.
Iván Ilich comenzó a repasar mentalmente los mejores momentos de esa agradable vida suya. Sin embargo, lo extraño era que todos esos mejores momentos de su agradable existencia le parecían ahora muy distintos a como le parecieron entonces. Todos, con la salvedad de los primeros recuerdos de infancia. Allá en la infancia, había algo verdaderamente agradable con lo que, de haberse repetido, se habría podido vivir. Pero la persona que experimentara en tiempos esas agradables vivencias no existía ya, y ahora aparecían como el recuerdo de alguien distinto.
Apenas comenzaba la época de la que había resultado el Iván Ilich actual, todas las aparentes alegrías de entonces se esfumaban, convirtiéndose en algo nimio y, con frecuencia, incluso repugnante.
Y cuanto más lejos del pasado y más cerca del presente se situaban esas alegrías, más nimias y ambiguas eran. Esa correlación se iniciaba en la Escuela de Jurisprudencia. Allí, aún había habido algo genuinamente bueno: allí existieron la alegría, la amistad, las esperanzas. Pero en los cursos superiores habían sido ya menos frecuentes los buenos momentos que proporcionaban. Luego, durante el desempeño de su primer destino de ayudante de Gobernador, surgieron de nuevo gratos minutos: eran los recuerdos del amor por una mujer. Después se confundió todo y fue decreciendo el lado amable de la existencia. Desde entonces, se redujo más y más con el paso del tiempo.
El matrimonio… Así, tan de improviso, con la desilusión, el mal aliento de su mujer, la sensualidad, el fingimiento… Y también el ejercicio de la profesión como cosa muerta, las preocupaciones pecuniarias… Un año, y otro, y diez, y veinte…, siempre lo mismo. Conforme pasaba el tiempo, más se convertía todo en cosa muerta. Exactamente igual que si, un paso tras otro, hubiera ido cuesta

abajo imaginándose que iba cuesta arriba. Y así era. Porque, conforme él ascendía a ojos del mundo, en igual medida escapaba la vida bajo sus pies… Plasta el punto en que se hallaba ahora: ¡a morir!
Bueno; pero ¿qué era aquello? ¿Por qué razón? No podía ser. No podía ser que la vida fuese tan disparatada y odiosa. Y si, en efecto, era tan disparatada y odiosa, ¿a santo de qué morir, y morir padeciendo, además? Algo fallaba.
«¿Será que no he vivido como se debe vivir? —se le ocurría de pronto—. Pero ¿cómo es posible, si yo lo he hecho como debe hacerse?», se decía, y al instante ahuyentaba como algo totalmente imposible aquella única solución de todo el enigma de la vida y la muerte.
«¿Qué quieres ahora? ¿Vivir? Vivir, ¿de qué manera? ¿Vivir como vives en la Audiencia, cuando el ujier anuncia: "¡El Tribunal!" El Tribunal, el Tribunal —se repetía—. Ahí está el Tribunal? ¡Pero, si no soy culpable! ¿Por qué razón?», gritó con furia. Dejó de llorar y, vuelto de cara hacia la pared, se puso a pensar en una sola cosa: ¿por qué y para qué existía todo ese horror?
Sin embargo, por mucho que meditó no halló respuesta. Y cuando se le ocurría la idea —como se le ocurría muy a menudo— de que todo esto sucedía por no haber vivido como se debía vivir, al instante recordaba toda la regularidad de su existencia y rechazaba tan extraño pensamiento.

X

Transcurrieron dos semanas más. Iván Ilich no se levantaba ya del diván, que prefería a la cama. Y, acostado casi todo el tiempo de cara a la pared, padecía en solitario los insolubles padecimientos de siempre, y en solitario meditaba sobre el dilema insoluble de siempre. ¿Qué era aquello? ¿Sería verdad que era la muerte? Y una voz interior le contestaba: sí, es verdad. ¿Qué objeto tendrían esos sufrimientos? Y la voz contestaba: ninguno. Luego, aparte de esto, no había nada más.
Desde el comienzo de la enfermedad, desde la primera vez que fue al médico, la vida de Iván Ilich se había dividido en dos estados anímicos opuestos y alternos: uno era la desesperación y la espera de la muerte, incomprensible y espantosa, y otro era la esperanza y el seguimiento, interesante en grado superlativo, de sus funciones vitales. Tan pronto tenía ante los ojos el riñón o el intestino, que eludía temporalmente el cumplimiento de sus obligaciones, como veía tan sólo la muerte incomprensible y espantosa, de la que no había modo de librarse.
Estos dos estados anímicos alternaban desde el inicio de la enfermedad; pero, conforme avanzaba ésta, los razonamientos acerca del riñón se hacían más ambiguos y fantásticos, mientras cobraba mayor realidad la consciencia de la muerte que se aproximaba.
Para que se desvaneciera cualquier asomo de esperanza, le bastaba recordar lo que había sido tres

meses atrás y lo que era en ese momento: le bastaba recordar cómo había ido cuesta abajo, un paso tras otro.

Durante los últimos tiempos de la soledad en que se hallaba, acostado de cara al respaldo del sofá, de esa soledad en medio de la populosa ciudad, de sus numerosos conocidos y de su propia familia —soledad que en ninguna parte, ni en el fondo del mar ni bajo tierra hubiera podido ser más total—; durante los últimos tiempos de esa espantosa soledad, Iván Ilich vivía exclusivamente con la imaginación puesta en el pasado. Los cuadros de aquel pasado acudían uno tras otro, partiendo siempre de algo inmediatamente próximo en el tiempo, para conducir a lo más lejano, a la infancia, y detenerse allí. Iván Ilich se acordaba, por ejemplo, de las ciruelas pasas hervidas que le habían ofrecido aquel día, y su recuerdo iba a las ciruelas pasas francesas de su infancia, crudas y arrugadas, a su sabor peculiar, a la abundante secreción de saliva cuando iba acercándose al hueso. Y junto a este recuerdo del sabor surgían muchos recuerdos de aquel tiempo: la niñera, el hermano, los juguetes. «No; no hay que pensar en eso… es demasiado doloroso», se decía Iván Ilich, y se trasladaba de nuevo al presente. Se fijaba en un botón del respaldo del sofá, en las arrugas del cordobán. «Este cordobán es caro y poco resistente. Tuvimos una discusión al respecto. Pero también hubo otra historia relacionada con un objeto de cordobán y otra discusión: fue cuando desgarramos el portafolios de nuestro padre y nos castigaron, y mamá nos llevó luego unos pastelillos.» De nuevo se detenían los pensamientos en la infancia, de nuevo le producían dolor a Iván Ilich, y él procuraba ahuyentarlos y pensar en otra cosa.

En seguida, al compás de ese discurrir de los recuerdos, surgían nuevamente en su alma recuerdos que seguían otro cauce: el relativo al incremento y la agravación de su dolencia. Volvía a suceder que cuanto más retrocedía, mayor fuerza vital se manifestaba. Había mayor número de elementos buenos en la vida y había también más vida propiamente dicha. Ambas cosas se confundían. «Igual que los sufrimientos van de mal en peor, la vida entera ha ido también de mal en peor», pensaba. Había un punto luminoso allá, en los comienzos, en el inicio de la vida, pero todo se hacía luego más y más negro, más y más veloz. «En proporción inversa a los cuadros de la distancia hasta la muerte», se dijo Iván Ilich. Y esta imagen de la piedra que cae con creciente velocidad se le grabó en el alma. La vida, serie de crecientes sufrimientos, se precipita aceleradamente hacia el final, hacia el más horrible de los sufrimientos. «Lo mismo me ocurre a mí…» Rebullía, estremecido, intentando resistirse, pero ya sabía que la resistencia era inútil. Y de nuevo contemplaba el respaldo del diván, con ojos fatigados por esa contemplación pero incapaces de no contemplar lo que tenían delante, y esperaba: esperaba la espantosa caída, el impacto y la destrucción. «Oponerse es imposible —se decía—. Pero al menos comprender el porqué… Tampoco puede ser. Se podía explicar en el caso de decir que no he vivido como debía haber vivido. Pero es imposible reconocer precisamente eso —razonaba recordando toda la legalidad, la corrección y el decoro de su vida—. Eso es precisamente lo que no se puede consentir ya —se decía, distendiendo los labios en una sonrisa como si alguien hubiera podido verla y dejarse engañar por ella—. ¡No hay explicación! El sufrimiento, la muerte… ¿Por qué?»

XI

Así pasaron dos semanas más. Dos semanas en el transcurso de las cuales se produjo un suceso ansiado por Iván Ilich y su esposa: Pétrishev pidió oficialmente la mano de Liza. Ocurrió durante la velada. A la mañana siguiente, Praskovia Fiódorovna entró en el cuarto de su marido cavilando en cómo le anunciaría la petición de Fiódor Petróvich, pero precisamente aquella noche se había producido un empeoramiento en el estado de Iván Ilich. Su mujer le encontró en el mismo diván, pero en otra postura: tendido de espaldas, gemía y clavaba los ojos en un punto fijo.

Praskovia Fiódorovna empezó a hablar de los medicamentos. Iván Ilich volvió hacia su mujer una mirada tan cargada de odio que la dejó cortada en medio de una frase.

—Por Cristo bendito, ¡déjame morir en paz! Hacía Praskovia Fiódorovna intención de retirarse cuando entró la hija en ese preciso instante para saludar a su padre. Iván Ilich miró a su hija igual que había mirado a su mujer y, en respuesta a sus preguntas interesándose por su salud, contestó secamente que pronto les libraría a todos de su presencia.

Ambas enmudecieron y se retiraron al poco rato.

—¿Qué culpa tiene nadie? —le dijo Liza a su madre—. ¡Ni que lo hubiéramos hecho a propósito! Me da lástima de papá; pero ¿por qué nos atormenta así?

A la hora habitual llegó el doctor. Iván Ilich se limitó a contestar «sí» o «no», sin apartar de él su mirada iracunda, y al final dijo:

—Demasiado sabe usted que no puede hacer nada. Déjeme, pues.

—Podemos aliviar el dolor —objetó el médico.

—Ni siquiera puede hacer eso. Déjeme.

El doctor pasó a la sala y le comunicó a Praskovia Fiódorovna que el estado de su marido era muy grave y que el opio era el único remedio capaz de mitigar los dolores, evidentemente atroces.

Decía el médico que los dolores físicos eran atroces, y tenía razón. Pero más atroces que los dolores físicos eran los sufrimientos morales, su mayor tormento.

Sus sufrimientos morales provenían de que aquella noche, mientras contemplaba el rostro soñoliento y bonachón de Guerasim, con sus pómulos salientes, se le había ocurrido de pronto preguntarse: «¿Y si mi vida entera, mi vida consciente, no hubiera sido, en efecto, como hubiera debido ser?».

Le pasó por la imaginación que pudiera ser cierto lo que antes consideraba de todo punto imposible, es decir, el no haber vivido su existencia entera como debía haberla vivido. Le pasó por la imaginación que sus conatos apenas perceptibles de rebeldía contra lo que las personas de alta posición consideraban bueno, esos conatos apenas perceptibles que él ahuyentaba al instante, pudieran ser lo genuino mientras lo demás podía no tener valor. Intentó defender todo aquello frente a sí mismo, pero notó de pronto toda la inconsistencia de lo que defendía y no quedó ya nada por defender.

«Siendo así —se dijo—, y si yo abandono esta vida sabiendo que he echado a perder cuanto se me había dado y no lo puedo remediar ya, ¿qué resulta?» Se tendió de espaldas y empezó a analizar su vida entera desde un punto de vista totalmente nuevo. Por la mañana, cuando vio al criado, luego a su

mujer, a su hija y al médico, cada uno de sus movimientos y cada una de sus palabras vino a confirmarle la terrible verdad que se le había revelado aquella noche. En ellos se veía a sí mismo, veía todo lo que había constituido su vida, descubriendo nítidamente que todo aquello había sido falso, que todo aquello era un espantoso y tremendo engaño para disimular tanto la vida como la muerte.

Esa convicción aumentó, decuplicó sus padecimientos físicos. Gemía, se agitaba en el lecho y tiraba de las ropas porque tenía la impresión de que le ahogaban y le oprimían.

Y por eso los odiaba a todos.

Le administraron una fuerte dosis de opio.

Perdió la noción de las cosas, pero todo se repitió hacia la hora de comer. No quería que estuviera nadie a su lado y se revolvía de un lado para otro.

Entró Praskovia Fiódorovna y dijo:

—*Jean*, querido, hazlo por mí (¿por mí?). No puede causar daño, pero a menudo alivia. Nada, no tiene nada de particular. Y muchas veces, personas que gozan de perfecta salud…

El marido abrió desmesuradamente los ojos:

—¿Cómo dices? ¿Comulgar? ¿Por qué razón? ¡No, no! Aunque…

Praskovia Fiódorovna rompió a llorar.

—Entonces, ¿quieres, amigo mío? Llamaré al nuestro, que es tan amable…

—Bien. Muy bien —profirió Iván Ilich.

Llegó el sacerdote. Iván Ilich se confesó y, apaciguado, tuvo la impresión de que se aliviaban sus dudas y, como consecuencia, también sus sufrimientos. Entonces le embargó una fugaz sensación de esperanza. Empezó a pensar nuevamente en el intestino ciego y en su posible curación. Comulgó con lágrimas en los ojos.

Cuando le acostaron, después de comulgar, se encontró bien por un momento y resurgió la esperanza de vivir. Meditó sobre la operación que le habían propuesto. «Quiero vivir, quiero vivir», se decía.

Su mujer acudió a felicitarle. Pronunció las palabras habituales en tales casos y añadió:

—¿Verdad que te encuentras mejor?

—Sí —profirió sin mirarla.

Todo lo relacionado con su mujer —la ropa, las formas, la expresión, la voz— le decía una misma cosa: «No es eso. Todo lo que ha constituido y constituye tu vida es falso; es un engaño que disimula la vida y la muerte». Apenas cuajado este pensamiento, resurgió el odio dentro de él; con el odio reaparecieron también los tremendos dolores físicos y, con los dolores, la consciencia de que la muerte era inevitable e inminente. Algo nuevo se produjo en su estado: ahora sentía retortijones, punzadas y la respiración oprimida.

La expresión de su rostro era terrible cuando profirió aquel «sí» y, nada más pronunciarlo mirando fijamente a su mujer, se volvió boca abajo con una rapidez impropia de su debilidad y gritó:

—¡Marchaos! ¡Marchaos! ¡Dejadme!

XII

Desde aquel instante comenzó a exhalar gritos, ininterrumpidos durante tres días, tan terribles que causaban espanto incluso oídos a través de dos puertas cerradas. Justo en el momento de contestarle a su mujer se había percatado de que estaba perdido, de que no había salvación, de que había llegado el final, el final irremediable, y de que la duda, a la que no había hallado solución, quedaría sin resolver.

—¡Oh! ¡O-oh! ¡Oh! —gritaba con entonaciones distintas.

Había empezado por gritar «¡No quiero!» y luego siguió, empleando únicamente la última vocal.

A lo largo de tres días, durante los cuales no existió para él noción del tiempo, estuvo debatiéndose dentro del saco negro donde le introducía una insuperable fuerza invisible. Se debatía igual que un condenado a muerte se debate en manos del verdugo, a sabiendas de que no puede salvarse; y a cada instante notaba que, a pesar de todos sus esfuerzos, se acercaba más y más a lo que le producía espanto. Notaba que su sufrimiento se debía al hecho de que estaba introduciéndose en aquel saco negro y, más aún, a que no lograba introducirse en él. Se lo impedía la convicción de que su vida había sido buena. Era esa justificación de su vida lo que le retenía, no le dejaba seguir adelante y le atormentaba más que nada.

Pero, de pronto, algo le pegó con fuerza en el pecho y en el costado, sintió la respiración más oprimida, se hundió en el saco negro y, allá al final, vislumbró cierta claridad. Le sucedió lo que a veces le ocurría en el tren cuando pensaba que iba hacia adelante pero en realidad iba hacia atrás, y de repente caía en la cuenta de la verdadera dirección que seguía.

«En efecto, nada ha sido como debía ser —se dijo—; pero, no importa. Es posible hacer que lo sea. ¿Y cómo debe ser?», se preguntó, y súbitamente se apaciguó.

Sucedía esto al final del tercer día, una hora antes de que falleciera. En ese preciso momento se deslizó sin ruido el pequeño liceísta en el cuarto de su padre y se acercó al lecho.

El moribundo seguía gritando desaforadamente y agitando las manos. Una de ellas tropezó con la cabeza del pequeño liceísta. El pequeño liceísta se apoderó de ella, la llevó a sus labios y rompió a llorar.

En ese preciso momento se hundió Iván Ilich en el saco negro, vislumbró la claridad al fondo y tuvo la revelación de que su vida no había sido lo que hubiera debido ser, pero que eso podía enmendarse todavía. Él se preguntó: «¿Y cómo debe ser?» y quedó súbitamente apaciguado, prestando atención. Entonces notó que alguien le besaba una mano. Abrió los ojos y miró a su hijo. Le dio lástima de él. Se acercó su mujer. Iván Ilich la miró. Ella le contemplaba con la boca entreabierta, una expresión desesperada y huellas de lágrimas en la nariz y en una mejilla. También le dio lástima de ella.

«Les estoy haciendo sufrir —pensó—. Les da pena de mí, pero estarán mejor cuando yo me muera.» Quiso expresar este pensamiento con palabras, pero no tuvo fuerzas para pronunciarlas. «Aunque, ¿para qué hablar? Hay que hacerlo.» Y, señalando al hijo con la mirada, le dijo a Praskovia Fiódorovna:

—Llévatelo… da pena… y de ti…

Aún hubiera querido decir «perdona», pero le salió «patrona» y, como no tenía ya fuerzas para enmendarlo, hizo un ademán evasivo, seguro de que lo entendería quien tuviera que entenderlo.

Súbitamente vio con nitidez que se resolvía de golpe, desde dos lados, desde diez lados, desde todos los lados, aquello que le atormentaba y no se solucionaba. Le daba pena de los demás. Debía hacer de modo que no sufrieran. Librarles a ellos y librarse también él de los sufrimientos. «¡Qué bien, y qué sencillo! —pensó—. ¿Y el dolor? —se preguntó—. ¿Qué se hace con él? ¿Dónde estás, dolor?»

Prestó atención.

«¡Ah, sí! Aquí está. Bueno, pues que siga ahí.»

«¿Y la muerte? ¿Dónde está?»

Buscaba su antiguo y habitual temor a la muerte y no lo hallaba. ¿Dónde estaba? ¿Cómo era la muerte? No aparecía temor alguno, porque tampoco aparecía la muerte.

En lugar de la muerte había claridad.

—¡Ah! Es eso —profirió de pronto en voz alta—. ¡Qué alegría!

Para Iván Ilich, todo sucedió en un instante, y la significación de aquel instante no variaba ya. Para los presentes, en cambio, su agonía duró aún dos horas. Algo borbotaba dentro de su pecho; su cuerpo extenuado se estremecía. Luego, los borbotones y los estertores fueron espaciándose.

—Ha terminado —dijo alguien muy cerca de él.

Iván Ilich oyó estas palabras y las repitió en su alma. «Ha terminado la muerte —se dijo—. Ya no existe.»

Aspiró aire, se detuvo a mitad de la aspiración, se estiró y murió.